

8155

RESÚMEN

DE UN DEBATE SOBRE

EL PROBLEMA SOCIAL

POR

GUMERSINDO DE AZCARATE

Profesor en la *Institucion libre de Enseñanza.*



MADRID

—
GRAS Y COMPAÑÍA, EDITORES

CALLE DE HORTALEZA, NÚM. 85, BAJO

1881.

8155

RESÚMEN

DE UN DEBATE SOBRE

EL PROBLEMA SOCIAL

POR

GUMERSINDO DE AZCÁRATE,

Profesor en la *Institucion libre de Ensenanza.*



MADRID

GRAS Y COMPAÑÍA, EDITORES

CALLE DE HORTALEZA, NÚM. 85, BAJO

1881.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- Ensayo de una Introduccion al estudio de la Legislacion comparada y programa de esta asignatura**, un tomo en 4.º, 10 rs.
- Estudios económicos y sociales**, 8.º, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.
- El Self-government y la Monarquía doctrinaria**, 8.º, 14 y 16 rs.
- Estudios filosóficos y políticos**, 8.º, 12 y 14 rs.
- La constitucion inglesa y la política del Continente**, 8.º, 12 y 14 rs.
- El poder del jefe del Estado en Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos**, un folleto, 2 rs.
- La democracia en Europa**, exposicion del libro de Sir T. Eskine May sobre este asunto, un folleto 2 rs.
- Minuta de un testamento**, publicado y anotado por W., 8 y 6 rs.
- Ensayo sobre la historia del Derecho de propiedad y su estado actual en Europa**, publicados dos tomos y en prensa el tercero y último, 24 y 28 rs. cada uno.

TRADUCCIONES.

- Estudios del Derecho Romano**, comparado en algunos puntos con el francés, el inglés y el escocés, por Lord Mackenzie, traducido, anotado y comparado con el español por S. Innerarity y G. de Azcárate, 4.º, 20 y 22 reales.
- El libre-cambio y la proteccion** por el profesor Fawcett, traducido del inglés por G. de Azcárate y V. Innerarity, 8.º, 12 y 14 rs.

Damos á la estampa por segunda vez este trabajo, que se publicó la primera en la *Revista de España*, porque la índole del *problema social* pide que se divulguen las controversias á que ha dado lugar y las soluciones propuestas por las distintas escuelas, si se ha de llegar á una *de paz y de justicia*; y nada tan á propósito para ese fin como un resúmen del importante y animado debate que sobre este tema tuvo lugar en el curso de 1877 á 1878 en el Ateneo de Madrid, en aquel palenque abierto á todas las opiniones sinceras, cualesquiera que ellas sean. Por donde comprenderá el lector, que si atribuimos valor á este libro, es únicamente por la circunstancia de ser una exposicion fiel de lo sustancial que allí se dijo, no por lo que dice el autor por su propia cuenta.

Escrito este resúmen despues de pronunciado, reproduce con entera fidelidad la doctrina y el plan, en una palabra, el fondo del discurso, pero no la forma. Además, ciertos puntos que entónces sólo fueron indicados á causa de la premura del tiempo, no obstante haber ocupado dos sesiones, aparecen aquí más desenvueltos, aunque no tanto como lo pide su importancia.

Finalmente, nos ha parecido que no sería del todo inútil incorporar á este trabajo, por vía de apéndice, varios estudios sobre el mismo problema social publicados anteriormente.

EL PROBLEMA SOCIAL.

Cuestiones que entraña y medida en que toca su solución
al individuo, á la sociedad y al Estado.

SEÑORES: Al dirigiros por cuarta vez la palabra desde este sitio, en cumplimiento de un deber reglamentario, debo comenzar declarando con toda sinceridad que, si me parecieron graves las cuestiones dilucidadas en años anteriores, ninguna se presentó á mi espíritu, cuando llegó el momento de hacer el resumen del debate, tan erizada de dificultades, al parecer insuperables, como la que habeis discutido con singular lucidez durante todo este curso. Y es que el *problema social* tiene circunstancias y caracteres peculiarísimos; desde su planteamiento comienzan las diferencias, pues cada cual lo entiende á su manera; luégo esta diversidad se acentúa más cuando se trata de fijar sus términos y de desentrañar las cuestiones que encierra, y al fin, al llegar á las soluciones, ade-

más de mostrarse eso mismo nótase en todas ellas una palidez, una falta de precisión, una vaguedad, que acusan el estado en que se encuentra al presente esta gravísima cuestión. Únase á esto que no hay aquí de por medio tan sólo una lucha de ideas, sino también otra de intereses y de clases, y que las escuelas y los partidos, que constantemente han venido luchando frente á frente en este sitio, han perdido ahora su posición respectiva, puesto que desaparecieron aquella *derecha* y aquella *izquierda* de otras veces para ser substituidas por el individualismo y el socialismo, ambos patrocinados por conservadores y por liberales, ambos, por añadidura, subdivididos en varios matices, y comprenderéis el temor que siento al tener que discurrir ante vosotros sobre este difícilísimo y trascendental problema, y lo muy necesitado que estoy de que me concedais aquella benevolencia que en otras ocasiones me habeis otorgado y que yo no olvidaré jamás.

Y digo discurrir sobre este problema, porque hartos se os alcanza que me es completamente imposible hacer un verdadero resumen. Dadas las condiciones del tema y las del prolongado debate á que ha dado lugar, lo único que mis fuerzas consienten es hacer un discurso más para deciros mi opinión sobre los puntos principales que han sido materia de controversia. Para ello procuraré contestar á las dos preguntas que encierra el tema, y luego me atreveré á hacer algunas consideraciones críticas sobre las direcciones ó tendencias más señaladas que se han pre-

sentado al desenvolver aquél; es decir, que este trabajo tendrá tres partes: primera, cuestiones que entraña el *problema social*; segunda, medida en que toca su solución al individuo, á la sociedad y al Estado; y tercera, crítica de las escuelas que se han mostrado en este sitio al discutirse uno y otro punto.

I.

Mas ántes de entrar á desentrañar las cuestiones que encierra el *problema social*, preciso es considerar su carácter general, su origen y sus analogías y diferencias respecto de lo que ha sido en pasados tiempos, pues sólo así es posible hacerse cargo de la importancia que debe atribuírsele en medio de las complicaciones propias de éstos en que vivimos.

Basta atender á su términos para comprender que se trata de un problema que tiene por objeto la sociedad; y como ésta es un todo compuesto de partes, de aquí que surja la cuestión de armonizar y componer la individualidad con la totalidad, segun os decía el Sr. Moreno Nieto; la de hacer que se produzca el mismo resultado efectivo para todos, ó sea la igualdad, como decía el Sr. Vidart; la de ver si es posible que nadie deje de alcanzar una perfecta ecuación entre las aspiraciones y los medios de satisfacerlas, segun os decía el Sr. Rodriguez (D. Gabriel); y como en la realidad no existen ciertamente aquella armonía, ni esa igualdad, ni esta ecuación, se pregunta: ¿es debido el que ninguna de estas cosas se verifique, á que

son imposibles por naturaleza, ó á vicios y defectos de la organizacion social? Y si es lo segundo, ¿cuáles son los medios de corregirlos en tođo ó en parte? Hé aquí, considerado en su totalidad, el *problema social*, con sus «abismos y oscuridades.» Por fortuna, si, como ya hacía notar ántes, reina una singular diversidad de pareceres cuando de la solucion se trata, en cuanto á la existencia del problema mismo, fuera ya de alguno que otro espíritu preocupado por los prejuicios de escuela, por el interes de partido ó por un grosero egoísmo, nadie la niega, pues no hay quien deje de conocer, como dice Cairnes, que la señalada separacion de clases, combinada con chocantes desigualdades, es uno de los principales elementos de nuestra inestabilidad social.

¿Cómo surge este problema en los tiempos novísimos? ¿Qué circunstancias lo determinan en la realidad, y cuáles provocan su planteamiento en la esfera del pensamiento? Enfrente de la organizacion del antiguo régimen, que se sintetizaba en dos palabras, *absolutismo* y *privilegio*, la revolucion proclamó la *libertad* en el orden político y la *igualdad* en el orden social; aquélla, consecuencia de la exaltacion de la personalidad á que por distintos caminos llegaban filósofos, juristas y economistas; ésta, protesta contra las desigualdades creadas y mantenidas por la ley; y como la falta de *libertad* se echaba de ver en todos los órdenes de la vida, porque en todos la estorbaba ó la impedía el Estado, merced á su carácter absorbente é invasor, y el que no existiera en

la práctica esa *igualdad*, que el instinto de los pueblos, el espíritu cristiano y las utopias de algunos pensadores declaraban posible, se atribuía á los privilegios que aquél amparaba, se creyó, y se creyó con fe, que uno de los efectos mágicos de proclamar la una habría de ser el conseguir la otra. Mas pronto vino el tiempo á mostrar cuán ilusoria era esta esperanza, pues siendo la libertad un *medio*, y no un *fin*, claro es que es *condicion* para todo, pero que por sí sola no es *causa* de nada; así como resultó que la desaparicion de la desigualdad *jurídica* y áun *política* no podía llevar consigo la de la desigualdad *social*, ántes, por el contrario, parecía surgir de la libertad una análoga á la que ántes produjera el privilegio. Y entónces se cae en la cuenta de que la libertad abstracta y el individualismo atomístico no pueden resolver la cuestion, y aparece aquella serie de proyectos más ó ménos utópicos de organizacion social, que, distintos en cuanto unos pretenden que el Estado ha de ser el fundamento de ésta y otros prescinden de él, coinciden en aspirar á conseguir una igualdad real á costa de la libertad individual, determinando una agitacion cuya decadencia comienza poco despues del año 1848. Pero al propio tiempo venía imperando en la realidad aquel socialismo gubernamental, herencia en parte del pasado, consecuencia tambien del abandono en que quedaron ciertos intereses á causa de la destruccion de los antiguos organismos, y, lo que es más de notar, del deseo de proteger otros, ménos respetables en verdad, lo cual dió lugar á que desde otro

lado se pensase que si los *aranceles de aduanas* y los *bancos privilegiados* sacaban el dinero del bolsillo de los pobres para meterlo en el de algunos ricos, como decía Bastiat, era natural el ver de idear algún sistema que produjese el efecto contrario, á todas luces ménos injusto que aquel otro. Y mientras este socialismo gubernamental continuaba y continúa en pié, y el socialismo utópico decaía, aparecen dos nuevas manifestaciones de esta protesta contra el individualismo que ha venido inspirando á la revolucion hasta aquí: de una parte, la del llamado *socialismo de cátedra*, junto con la de los economistas que disienten de la escuela *ortodoxa* y de los escritores que lamentan la desaparicion de ciertas personas jurídicas y del derecho corporativo, y censuran el espíritu de los Códigos civiles de los pueblos neo-latinos, pues que de todos ellos puede decirse lo que del de Napoleon decía Renan: que parecen escritos para un hombre *né enfant trouvé et mort celibataire*; y de otro, el *socialismo obrero*, que aprovechando la crítica del antiguo, prescinde de sus soluciones, procura organizar el proletariado frente á frente de las otras clases y aspira á hacer solidarios los intereses de todos los trabajadores afiliándolos á la conocida *Asociacion internacional*.

Mas importa hacer constar que no es peculiar y característica de nuestros dias la existencia del *problema social*, como quieren dar á entender los que ponen gran empeño en distinguir la *pobreza* del *pauperismo*, con el propósito de presentar aquélla como

consecuencia de la misma naturaleza humana y por tanto existente en todos los tiempos, y á éste como fruto desgraciado de la civilizacion moderna. No sólo ha existido ántes sino que se nos muestra en la historia con grandes rasgos de analogía, pues que siempre aparecen mezclados el interes político con el económico, y éste siempre bajo el doble punto de vista de la propiedad mueble y de la inmueble. Precisamente por esta circunstancia puede sacarse gran provecho de un estudio de este género. Aquellas dos revoluciones en medio de las que fluctuaban las ciudades griegas, una que despojaba á los ricos, y otra que les devolvía la propiedad, como dice Fustel de Coulanges; la distinta condicion que alcanzan Atenas y Esparta, en cuanto aquélla no cayó en la acumulacion de la propiedad, que ésta conoció despues de haber hecho tanto por evitarla; la reforma política y la social de Solon, en la que, como sucede más tarde con la de Servio Tulio, la riqueza sirve de base á una transformacion democrática é igualitaria; las luchas entre patricios y plebeyos en Roma con el triple objeto de alcanzar éstos el poder, poner trabas al disfrute del *ager publicus* por la aristocracia y modificar la legislacion sobre deudas; la ineficacia de las leyes agrarias y de las repetidas donaciones de tierras hechas por dictadores, triunviros y Césares, puesto que, al decir de Plinio, toda el África romana vino á pertenecer en propiedad á seis individuos; las luchas sostenidas en la Edad Média por el tercer estado, cuya suerte tanto mejoró por virtud del desarro-

llo de la industria y del comercio, para conseguir juntamente la libertad civil y la política; el hecho de unirse en todo tiempo las clases ménos favorecidas por la fortuna con la monarquía para luchar con las clases privilegiadas, como aconteció en Esparta, en Atenas, en Roma, en el Renacimiento y aún en nuestros días, hasta donde lo ha podido lograr el Cesarismo; éstos y otros hechos muestran cómo el *problema social* es de todos tiempos.

Pero no es ménos evidente que en cada época tiene un carácter especial, é importa por lo mismo notar cuál es el distintivo que reviste en la nuestra.

En primer lugar, al paso que á través de toda la historia vemos pugnando por recabar ciertos derechos y ventajas á una clase que tiene sobre sí otras con las cuales lucha, y por debajo á los esclavos, de quienes se ocupa poco ó nada, hoy no hay ya siervos que trabajen por los otros; y además, como dice M. Laveleye, el Cristianismo y la filosofía nos han enseñado que todos somos iguales; es decir, que el problema toma cierto aspecto de universalidad, y por ello, tanto como ántes era cuestion de interes, lo es ahora de principios, por más que, como veremos luégo, uno de los errores del proletariado consista en querer dar á la lucha un carácter de clase que es incompatible con el espíritu y las condiciones de la civilizacion moderna. Pero importa más señalar las diferencias entre el *problema social* de hoy y el que tocó resolver á nuestros padres, porque con frecuencia se nos presenta lo hecho por éstos y sus procedimientos co-

mo ejemplo de lo que al presente debe hacerse, sin pararse á considerar si lo puesto en cuestion es lo mismo ó por lo ménos análogo. Dejando á un lado la diversa actitud de la sociedad entónces y ahora, puesto que si en aquellos dias el espíritu público sabía bien lo que quería y él movía á todos, excepto á los privilegiados, hoy sucede precisamente todo lo contrario, hallo dos diferencias capitales: primera, que el problema social de ayer consistió en suprimir privilegios que tenían su apoyo y fundamento en un precepto legal y de que disfrutaban los ménos con daño de los más, mientras que hoy se trata de tocar á cosas que no se reforman ciertamente sólo con hacer ó deshacer una ley y que alcanzan á la sociedad toda; y segunda, que la obra llevada entónces á cabo tuvo un carácter *negativo* que se revela bien hasta en la construccion de las dos palabras en que se sintetiza, *des-amortizacion, des-vinculacion*: así que, léjos de haberse creado un derecho nuevo, lo que se hizo fué someter la propiedad de la Iglesia, la de manos muertas y la de la nobleza al derecho comun, que era y es un derecho histórico y tradicional; al paso que de lo que hoy se trata, lo que se pretende hacer, es algo indudablemente *positivo*, algo que debe crear la época actual para responder á nuevas necesidades.

Otro carácter reviste que es asimismo consecuencia de las condiciones de nuestro tiempo, y es que tratándose, en suma, de extender los beneficios de la civilizacion á todos, de ensanchar la participacion en todo género de bienes, el *problema social* es hoy tan

complejo como lo es la vida, y á él alcanza la crisis total que ésta atraviesa. Si no tuviera un aspecto *científico*, no se hablaría de la ignorancia del proletariado, ni de enseñanza gratuita, ni de enseñanza profesional, ni de instrucción integral; si no tuviera otro *religioso*, no pretenderían los unos resolverlo con los principios del Cristianismo, ni pedirían los otros desde el campo opuesto la renuncia á toda religión; si no tuviera otro *moral*, no clamarían éstos contra los vicios de unas clases y aquéllos contra el egoísmo de otras, ni enaltecerían unos y otros los efectos del ahorro, de la laboriosidad, de las virtudes todas; y no digo nada del aspecto *económico*, porque en este punto todos están conformes, y léjos de desconocer el papel importante que juega en este caso la miseria, la tendencia general es á hacer consistir en esto sólo el problema social; ni necesito decir que tiene también un aspecto *jurídico*, porque todos recordais cuánto se ha hablado en este debate de libertad, igualdad, personalidad, asociación, propiedad, arrendamiento, herencia, libertad de contratación, usura, etc., etc., que con razón ha dicho el baron de Portal que «un cambio de forma gubernamental no es más que una revolución política; una transformación en las leyes civiles es una revolución social.» Finalmente, yo me atrevo á añadir que el *problema social* tiene también un aspecto *artístico*, aunque no se nos ocurra, porque, por desgracia, los necesitados de redención en este punto somos muchos, efecto de la desestima en que se tiene el arte, el cual se considera to-

davía como un pasatiempo y no como fin esencial de la vida; y, sin embargo, es bien sabida la importancia que desde Grecia hasta hoy se le ha atribuido como elemento de la educacion de los pueblos. Recuerdo que un fabricante de Sedan ideó hace algunos años el dar á cada uno de sus obreros un pedazo de tierra para que cultivaran flores; y como dijera á uno de ellos que debía retirarse del trabajo por su edad avanzada, ofreciéndole una pension, le contestó el anciano: «¡Ahl no, señor; entónces perdería mi jardin.» En suma, de lo que se trata es de rescatar, hasta donde sea posible, al proletariado del *mal*, y claro es que éste se muestra con relacion á cada uno de los órdenes de la actividad, y así es la miseria, la ignorancia, la incultura, el vicio, la injusticia, la impiedad, el fanatismo.

Y, sin embargo, es manifesto el predominio de los aspectos *económico* y *jurídico* sobre todos los demás, hasta tal punto que, como este mismo debate lo ha revelado, suelen tomarse como los únicos y exclusivos. Este hecho tiene, á mi juicio, sencilla explicacion. De un lado, la exaltacion del derecho y el desarrollo económico son dos caractéres salientes de nuestro tiempo, y en correspondencia con ellos sobresalen naturalmente esos dos aspectos del *problema social*; y de otro, si el jurídico no puede ménos de aparecer, en cuanto el derecho es condicion para toda la vida, y en tanto elemento que muda al compas de ésta, el económico toca á un mal que no consiente espera, porque la miseria conduce al hambre, á la

inanicion y á la muerte, límite extremo que no es posible cuando se trata de los otros fines ó bienes, como la ciencia, la moral, el arte y la religion.

Esta circunstancia me impone la necesidad de considerar como fondo del problema el aspecto económico; luégo, al tratar de la medida en que toca su solucion al Estado, examinaré el jurídico; y al estudiar lo que corresponde hacer al individuo y á la sociedad, diré algo de esos otros puntos de vista de que suele prescindirse, aunque nunca por completo, porque á ello se opone la índole misma de la cuestion.

II.

Y como de lo que se trata bajo el primero de dichos aspectos es de saber si la actual organizacion económica es, por sus defectos, causa de una indebida distribucion de los bienes materiales, ó, como decia el Sr. Romero Giron, de procurar que el *cuarto estado* tenga participacion en la tierra y en el capital, es evidente que la cuestion estriba en averiguar, primero, cuál es la naturaleza de la propiedad, y segundo, cuáles los efectos que en ésta producen el cambio y la concurrencia, que son una derivacion de la condicion social del hombre. Si no hubiera propiedad, ó si, aún habiéndola, los individuos viviesen en el aislamiento, es evidente que no habría *problema social*; no serían posibles las disputas entre propietarios territoriales y colonos, entre capitalistas y obreros, ni cabría discutir las ventajas respectivas de la apropiacion individual^a y de la colectiva.

La propiedad es una, ente otras, de las relaciones esenciales que el hombre mantiene con la Naturaleza, en cuanto, como sér compuesto de cuerpo y espíritu, necesita de aquella para la vida del primero, desde el oxígeno que vivifica su sangre hasta el alimento con que repara sus fuerzas y el vestido con que cubre sus miembros. Mas, por lo mismo que no es un sér puramente corporal cuya existencia esté en todo unida á la de la Naturaleza y pendiente sólo de ella, la aplicacion de los medios que ésta le suministra para satisfacer sus necesidades pende en gran parte de la libre actividad del espíritu, el cual obra dentro de las mismas leyes naturales para conseguir que aquélla sea tan ámplia y completa como sea posible. Esto, que no parece tan evidente cuando se trata, por ejemplo, de la influencia climatológica, y eso que bien sabido es cuánto puede hacer la voluntad para aprovecharla ó estorbarla, es manifiesto en cuanto observamos la parte que el trabajo humano tiene en la produccion de una sustancia alimenticia, de una tela, de un instrumento ó máquina, etc. Ahora bien; desde el momento en que el hombre forma en su interior el propósito de hacer efectiva esta relacion, comienza el proceso de la propiedad, el cual continúa en el trazado del plan segun el que nos proponemos llevar á cabo la obra, en el apoderamiento ú ocupacion del objeto sobre que vamos á ejercitar nuestra actividad y en la transformacion del mismo mediante nuestro trabajo; y termina cuando, como resultado de todo, se consigue aquello á que aspiramos, esto es, lo que he-

mos de aplicar á la satisfaccion de nuestras necesidades, ya inmediatamente, como el pan con que nos alimentamos, ya mediatamente, como el instrumento que construimos para procurarnos ese ú otro medio necesario para la vida. Y hé aquí el fundamento de las teorías parciales sobre la propiedad, cada una de las que ha visto tan sólo uno de estos momentos del desarrollo de la relacion, ó lo que es lo mismo, hablando en términos generales: los filósofos, la actividad interior; los jurisconsultos, la ocupacion, y los economistas, el trabajo.

De donde se desprende que la capacidad general que tiene todo hombre, sólo por serlo, para adquirir la propiedad, para determinar esta relacion, se hace concreta, esto es, de individuo humano á objeto natural, mediante esta serie de hechos ó proceso que comienza en un acto interno y termina en la consecucion del fin. Mientras esto no tiene lugar, cuanto encierra la Naturaleza es gratuito y de todos, como la luz del sol y el oxígeno del aire; mas despues, como el hombre es persona y no cosa, es decir, fin en sí mismo, y no medio, y por tanto *propio* de sí, de sus propiedades y de sus actos, al incorporarse éstos á un objeto natural, éste se hace suyo para que lo sean aquellos, y para que de este modo se cumpla el fin que le ha movido á obrar; y por eso el fotógrafo hace suyo el rayo de luz que aprisiona en la plancha, como el químico hace suyo el átomo de oxígeno que incorpora á otro cuerpo en el fondo de una retorta.

Claro es que lo dicho se refiere á la *propiedad* y

no *al derecho de propiedad*, dos conceptos que andan harto confundidos, no obstante ser tan distintos como lo son la familia y el derecho de familia, la personalidad y el derecho de la personalidad. La propiedad es la relacion esencial, sustantiva y total; el derecho de propiedad es el conjunto de condiciones necesarias para que aquélla pueda realizarse y cumplirse; la primera es el fondo, el segundo la forma; aquélla el todo, éste la parte. De aquí que una vez establecido el fundamento de la propiedad, para buscar el de su consagracion social, el del derecho de propiedad, no es menester apelar á la supuesta convencion, tácita ó expresa, de que se ha pretendido hacer derivar la existencia misma de la sociedad, y ménos atribuirle á la ley, puesto que ésta no es sino expresion de algo anterior y posterior á ella, que es lo que se trata de averiguar. Desde el momento en que se reconoce la relacion de la propiedad como real y necesaria, basta atender á la naturaleza general del derecho para comprender que ha de protegerla y ampararla, como lo hace con todas las demas de la vida, *condicionándola*. Es esto tan evidente, que aunque parezca con frecuencia que cuando se trata del *problema social* lo puesto en cuestion es la propiedad y el derecho de propiedad, sucede en tal caso lo que con el punto concreto de la herencia, la cual nadie niega, áun cuando se suponga lo contrario, pues que las diferencias surgen al determinar quiénes deban ser los sucesores ó herederos, no sobre si ha de haber ó no sucesion. De igual modo, las dificultades aparecen aquí cuando

se trata de averiguar si el sujeto de esta relacion puede serlo sólo el individuo ó deben serlo tambien las colectividades, y el efecto que la convivencia social produzca en las numerosas determinaciones de la propiedad, y consiguientemente en la distribucion de ésta.

III.

Que toda persona, sea individual ó social, necesita de la propiedad, es cosa que nadie pone en duda; lo mismo el Estado que la Iglesia, un municipio lo mismo que una academia, tienen hacienda, medios económicos de vida, que son una condicion necesaria de su existencia, como lo son de la del individuo. Pero importa atender á las distintas clases de personas sociales que se forman ó pueden formarse, y á las condiciones peculiares de la propiedad de cada una de ellas.

Hallamos, en primer lugar, unas que son *necesarias*, esto es, cuyas condiciones esenciales no dependen de la voluntad de los individuos: tales son el municipio, la provincia, la nacion, la humanidad. Ahora bien, en todas ellas, con la excepcion de la última, encontramos tres géneros distintos de bienes: primero, el constituido por aquellas cosas cuya propiedad es de la persona social y cuyo uso es de todos, caso en que se hallan las calles y plazas, propias del municipio; los caminos y puertos, propios de la provincia; los rios y los costas, propios de la nacion; el aire y el mar, propios de la humanidad, los cuales son

usados y utilizados por todos los hombres; segundo, el formado por las cosas que constituyen el patrimonio, propiamente dicho, de cada una de estas personas sociales, á quienes corresponde por lo mismo, no sólo la propiedad, sino también el uso, como, por ejemplo, los edificios ocupados por las dependencias oficiales y la hacienda de cada uno de estos círculos; tercero, la propiedad vária y accidental, que no tiene nada de peculiar ni de necesaria, como las anteriores, sino que así puede existir como no; caso en que se hallan, por ejemplo, los montes, las minas, las dehesas, etc., que explotan algunas naciones, provincias ó municipios. La humanidad no tiene más que el primero de estos tres géneros de propiedad, porque los otros dos suponen una organización reflexiva y determinada, esto es, la constitución de la persona social en Estado, cosa que no se ha verificado aún respecto de aquel círculo superior y último. En los demás hallamos siempre el primero y el segundo, pero no el tercero; siempre el primero, porque las cosas que lo constituyen, las llamadas generalmente desde los romanos *públicas*, ni pueden ser propiedad de nadie, ni pueden dejar de ser del uso de todos; siempre el segundo, porque siendo los bienes económicos un medio necesario para la vida, las personas sociales necesitan, como las individuales, poseer un *patrimonio*; pero no siempre el tercero, por lo mismo que es accidental; y así, todos los Estados tienen hacienda y edificios para sus dependencias, pero los menos tienen minas y bosques; todos los municipios tienen casa

consistorial y cárcel, pero el rural, por ejemplo, tiene pastos comunes de que carece el urbano. Nótese que en el municipio concluye el uso comun de las cosas, pues que en la familia comienza la *exclusion*, y así en ella no se da nunca el primero de los tres géneros de propiedad que hemos considerado, pues que no hay en ella nada de que puedan disfrutar los miembros ajenos á la misma; se encuentra siempre el segundo, en tanto que desde la más pobre á la más rica, todas tienen su patrimonio; y se halla el tercero sólo en aquellas familias que son productoras de bienes económicos, es decir, las de agricultores, industriales y comerciantes. Este carácter *exclusivo* se acentúa todavía más al llegar al individuo, el cual tiene necesariamente el segundo de los géneros dichos, y puede tener el tercero en los mismos términos que la familia, pero nunca el primero.

Hay tambien personas sociales *libres*, cuyas condiciones, y hasta su existencia, penden de la voluntad de los individuos. Pero, segun su organizacion y segun sus fines, así varía la índole de la propiedad que poseen, bajo cuyo respecto podemos clasificarlas en tres grupos: las *asociaciones*, en las que cada individuo tiene una parte de aquélla, como sucede en la sociedad anónima por acciones; las *corporaciones*, en las que la propiedad pertenece á la persona social y no á sus miembros, los cuales sólo tienen el uso ó goce de ella, como, por ejemplo, una universidad ó un convento; y las *fundaciones*, en las que ningun individuo determinado tiene ni el uso ni la propiedad,

pareciendo que ésta pertenece á un fin ó á una idea, como un hospital ó un hospicio. Todas estas personas sociales libres coinciden en que sus bienes no son comunes ni públicos, como sucedía con los del primero de los tres géneros considerados respecto de las necesarias, sino que revisten el mismo carácter de *exclusion* que los del individuo y los de la familia, y constituyen asimismo un patrimonio.

Pero ¿por qué son estas personas sociales, unas necesarias y otras libres? Evidentemente porque las unas hacen lo que el individuo no puede hacer, mientras que las otras sólo facilitan y amplían lo mismo que el individuo hace. Éste cultiva la ciencia como la cultiva una universidad; fabrica ó explota una industria como lo hace una sociedad anónima; pero no puede sustituir á la nación ni al municipio, en cuanto á las cosas públicas, ni puede tomar el puesto del Estado en cada uno de estos círculos para realizar el fin que él realiza. Por esto la propiedad de aquellos no puede ser individual; un camino, una calle, no consienten la *exclusion*, y de aquí que puede entregarse la explotación de un ferro-carril á una compañía, pero no por eso dejan de tener todos derecho á servirse de él, á diferencia del que para su servicio particular construye un agricultor ó industrial dentro de una finca suya. Pero nótese que esta propiedad la tienen esas personas sociales, en cuanto *sociedades*, al paso que su patrimonio, su hacienda, la tienen en cuanto *Estados*; así que, mientras ésta es un medio para el fin concreto cuya realización cumplen éstos,

aquélla es un medio para todos los fines: por el camino lo mismo transitan el industrial y el obrero que el profesor y el estudiante, el sacerdote y el artista, el abogado y el médico.

Mas entre las personas sociales cabe hacer otra distincion, segun que el fin que persiguen es el *económico*, como sucede con una sociedad anónima que explota una industria, un banco, etc.; ó es otro distinto, como en el caso de una universidad, una iglesia, un hospital. Unas y otras tienen propiedad, pero es ésta para las primeras fin, mientras que es para las segundas medio; así que sólo aquéllas son sociedades productoras de riqueza; y como ésa es su misión, no tienen más límites en este respecto que los de la posibilidad humana; mientras que las otras, si dejara la propiedad de ser medio, lo que sucedería era que vendría en daño del fin propio y peculiar para cuyo cumplimiento han sido constituidas. Una sociedad agrícola, industrial ó mercantil se propone producir riqueza, sólo riqueza, y cuanto más haga en este camino, tanto más llena su misión social; pero una iglesia, un estado, una universidad se proponen el fomento de la religion, la realización de la justicia y el cultivo de la ciencia, y sólo como *medio* para estos fines han menester de la propiedad, hasta tal punto que si traspasa este límite se desnaturalizan, haciéndose industriales, cosa que la sana razón condena, llegando á considerar como indigno en ellas lo que en las económicas es precisamente todo lo contrario. Y hé aquí por qué hallábamos que era accidental

aquel tercer género de propiedad que tenían las personas sociales *necesarias* en sus diversos grados, como minas, montes, dehesas, etc.; ella las convierte en sociedades económicas, cosa que no sólo trasciende de su fin, la realización del derecho, sino que es contraria al mismo, en cuanto el jurídico es necesario, mientras que el económico es, como todos los demás, libre.

De lo dicho hasta aquí resulta que hay un género de propiedad que se caracteriza por la *exclusion*, caso en que se hallan la de los individuos, la de las personas sociales libres y la patrimonial de las necesarias; y otra, que es de *uso de todos*, cual es la constituida por las cosas comunes y por las públicas. El problema consiste en averiguar si son compatibles todas estas formas de la propiedad, y si pueden coexistir sin turbar la armonía social.

Ante todo, conviene recordar que siendo el individuo el organismo fundamental y primero de la sociedad, y ésta medio para que se cumpla el destino de aquél, todas las personas sociales son medios asimismo para ese fin, y por consiguiente sería contradictorio que por causa de ellas se negara al individuo la propiedad de que há menester, como toda persona, ó se mermara su libertad, pues que en tal caso vendrían á estorbarle en vez de servirle. La verdad es que no existe esa incompatibilidad entre la vida individual y la social ó colectiva. Por ejemplo, en la esfera científica coexisten las instituciones y los particulares que cultivan la ciencia, y no sólo coexisten,

sino que se ayudan mutuamente y se entrelazan sus recíprocos esfuerzos para bien de la ciencia. Uno puede, al mismo tiempo, ser profesor en una universidad, dar conferencias en un ateneo, colaborar en una revista y publicar libros por su cuenta. Pues si á nadie ocurre pensar que estos varios elementos sean incompatibles, sino que, por el contrario, todos reconocen las excelencias de los resultados que con su coexistencia se alcanzan, ¿por qué no ha de ser posible igual armonía en la esfera económica? Que lo es, se deduce, á mi juicio, de todo lo que queda dicho. Hay en la Naturaleza cosas que el hombre utiliza en el estado en que se encuentran, y éstas son, por eso, además de comunes, gratuitas, como el aire y el mar. Hay otras que, siendo también comunes, se hacen de propiedad exclusiva mediante el esfuerzo humano, como los animales y la tierra. Estas se harán de quien ponga el trabajo, de quien determine y concrete la relación de la propiedad en la forma dicha en otro lugar; si es el individuo, resultará la propiedad *individual*; si una persona social, la propiedad *social*. Pero si ésta es fin sólo para las sociedades económicas y para las otras es medio, es claro que el Estado, en sus diversos grados, no puede tener otra propiedad que la necesaria para el cumplimiento de su misión; y si hay propiedad que es por su naturaleza medio para todos los fines, esto es, que no lo es exclusiva y directamente de la producción económica, pertenecerá á la sociedad en cuyo seno se desenvuelven y cumplen todos aquéllos, y por consiguiente su uso

será de todos ó público. De suerte que habrá una propiedad *comun*, que es la gratuita; una propiedad *exclusiva*, que será *individual* cuando el individuo la produzca, y *social* cuando la produzca la persona social; y ésta será de *uso público* cuando pertenezca á la sociedad toda, y de *uso privativo* cuando á una sociedad que prosigue un fin particular, cualquiera que él sea, y ya sea ella libre ó necesaria.

Examinado ya lo referente á quiénes pueden ser sujetos en la relacion de la propiedad, veamos el efecto que la convivencia social produce en ésta, y consiguientemente en su distribucion.

IV.

La naturaleza social del hombre, no sólo le lleva á formar estas personas colectivas, sino que luégo determina entre todas ellas y los individuos la prestacion de una serie recíproca de medios y condiciones, un *cambio* de servicios que, sobre imponerse como una necesidad, hace que cada uno trabaje para sí y para todos, y que se produzca más, mejor y con menos esfuerzo. La cuestion en este punto, con respecto al *problema social*, consiste en averiguar si hay entre esos mutuos servicios que se cambian una verdadera equivalencia, ó si, por el contrario, por no haberla, se distribuye injusta y desigualmente la riqueza. De aquí la importancia de las doctrinas referentes al cambio, al valor, al precio, etc., en las cuales no podemos entrar sino en cuanto es preciso para nuestro propósito.

No hay producción económica sin trabajo y sin objeto natural sobre el cual se ejerza éste; la modificación operada en el uno por el otro hace que el segundo sirva al fin que nos proponemos; esto es, á la satisfacción de nuestras necesidades. Pero un individuo produce un género de medios en más cantidad de la que necesita para sí, y entónces cambia el sobrante por cosas de que há menester y que otros han producido con exceso; ó tambien solicita de los demás la ayuda para producir un determinado objeto y compensa el servicio que recibe con otros productos de que es dueño. En ambos casos se cambian los esfuerzos, el trabajo, ya vaya unas veces incorporado á la cosa, como cuando se adquiere una mercancía, ya se haya de incorporar á una que poseemos, como cuando utilizamos el trabajo de un obrero. Claro es que al verificarse este cambio, así lo que se da como lo que se recibe se estima y aprecia de algun modo por cada una de las dos partes que en él intervienen, puesto que constantemente vemos reinar en este punto la diferencia, el movimiento y la oscilacion, y siempre se discuten las proposiciones, aceptando unas y rechazando otras. ¿Con qué criterio juzgamos el mérito respectivo de los esfuerzos, el valor de los servicios que recíprocamente nos prestamos, y por tanto la equivalencia de los mismos? No lo es su utilidad, puesto que siendo tan grande la del agua y tan escasa la del diamante, aquélla nos cuesta poco ó nada, y éste mucho. No lo es la energía del esfuerzo, porque, sea éste lo que quiera, si el resultado ha sido nulo, en

nada lo estimamos. No lo es tampoco el tiempo empleado, porque entónces vendría á merecer mayor recompensa el obrero torpe que el experto, y una menor el preparado por una enseñanza prévia que el que careciera de ella. La equivalencia de los servicios, se dice, se determina por la *ley de la oferta y el pedido*. ¿Es cierta esta ley? ¿Es justa?

Es cierta á condicion de que exista una ámplia y libre competencia; pues cuando todos los productores pueden y quieren vender tan caro como sea posible, y todos los consumidores comprar tan barato como les sea dado, la experiencia muestra que los precios bajan cuando aquéllos ofrecen más objetos ó éstos piden ménos, y suben en el caso contrario. Pero esa libre concurrencia puede ser estorbada por el Estado ó contrarestada por la opinion pública ó por la costumbre. Lo primero sucede, por ejemplo, cuando un país está sometido á un régimen aduanero protector ó prohibitivo, cuando se exigen títulos para el ejercicio de determinados oficios, etc. Lo segundo, cuando una sociedad llega á considerar hasta como indigno el que los servicios que se prestan en determinadas profesiones ú oficios se sometan á las oscilaciones que la concurrencia produce en las demas; y así nadie pensará que la retribucion que en Madrid perciben los abogados y los médicos habría de experimentar alteracion porque en un dia se retiraran ó se presentaran un centenar más de los unos ó de los otros. Y sucede lo tercero, cuando la costumbre ha creado y mantenido por largo tiempo una forma ó modo de

satisfacer ciertos servicios; y así, por ejemplo, en algunas comarcas de España los arrendamientos de fincas rústicas se transmiten de padres á hijos sin alteracion en la renta, al modo que en otros de Italia se llevan las tierras en aparcería en condiciones que no varían nunca; invariabilidad que muestra cómo no rige en tal caso la ley de la oferta y del pedido, pues que no es posible que la relacion haya sido exactamente la misma entre una y otra á través de un larguísimo período de tiempo.

¿Es justo el resultado de esta ley? Puede no serlo; en primer lugar, porque en él tiene con frecuencia una gran parte el azar, y es manifiesto que éste no puede decidir racionalmente del mérito contraído por cada cual en su concurso á la produccion. Figurémosnos que en un dia dado vienen de un pueblo inmediato á Madrid dos labradores, el uno con una carga de fresas y el otro con una de melocotones; los cuales, tomando todas las circunstancias en cuenta, calculan sacar de su mercancía cien reales, una cantidad igual. Pero llegan al mercado, y se encuentran con que un tren de Aranjuez que traía fresas ha descarrilado, y que otro de Zaragoza que traía melocotones ha llegado tarde para poder aprovechar el que debía salir para el Norte; siendo el resultado que había á la venta ménos fresas de las que se esperaban, y más melocotones, porque el dueño de los de Zaragoza los lleva al mercado de Madrid. La consecuencia será que éstos bajarán de precio y aquéllas subirán, y por tanto que nuestros dos agricultores se volverán á su casa,

no con cien reales cada uno, sino con ciento cincuenta el uno y con cincuenta el otro. ¿Puede sostenerse que sea justo que una casualidad, completamente imprevista, determine esta variación en el valor de dos servicios que se calculaban equivalentes? Porque se concibe que se tenga en más el mayor, aunque suponga un trabajo menor que otro, cuando el productor sabe ó prevé las circunstancias que han de ocasionar esa mayor estimación, pero no cuando ni ha soñado con ellas y todo es debido á un puro azar. Además, siendo el precio determinado según esta ley una relación entre dos términos, el pedido y la oferta, ¿no puede ser el primero efecto de un capricho ó de una preocupación, como sucedió en Francia en aquella época en que, como os decía el Sr. Simarro, dió á las señoras por tener perritos falderos, y aumentó consiguientemente la demanda de los mismos? ¿Y no puede ser su falta efecto de la incultura de un país, como acontece allí donde los libros valen poco porque no hay quien los lea? ¿Y no pueden, por último, los productores contribuir á ese torcimiento de las exigencias sociales, ó por el contrario enderezarlo, según que escrupulicen ó nó poner su actividad al servicio de tales extravíos y obrar al compás de los mismos?

Resulta, pues, que no puede servir de criterio para apreciar la equivalencia de los servicios cambiados, ni la utilidad, ni el esfuerzo hecho, ni el tiempo empleado, y que la determinada por la ley de la oferta y del pedido no lleva en sí la garantía de la certidumbre ni

la de la justicia. ¿Será posible suprimir el elemento del azar? Parece á primera vista fácil, pues en el caso de los dos vendedores de fresas y melocotones, con tomar cincuenta del uno y dárselos al otro resultaría cada uno con los ciento que esperaba; pero repárese que luégo habría que buscar á todos los compradores de fresas para devolverles el exceso cobrado y á todos los de melocotones para cobrar de ellos lo percibido de ménos, y además indemnizar al productor de Aranjuez y al de Zaragoza y destruir los efectos producidos en los mercados del Norte por no haber llegado los melocotones de Aragon; en fin, de anillo en anillo habría que recorrer la cadena que forma la sociedad humana como consecuencia de la ley de solidaridad que la rige. Y no hay para qué decir lo difícil que es separar el azar completamente imprevisto é inesperado de aquellas circunstancias que el productor puede tomar en cuenta con más ó ménos probabilidad de acierto. ¿Será un remedio la formacion de asociaciones ó corporaciones de que por necesidad habrían de formar parte todos los individuos? No; porque, cuando ménos, surgiría la misma dificultad cuando ellas cambiasen entre sí lo que respectivamente produjeran; así que sólo sería esta solucion real constituyendo una sola asociacion en el mundo, esto es, pretendiendo el absurdo de hacer de la humanidad toda como un inmenso convento.

Parece, pues, que no hay criterio para medir el valor de los servicios, y sin embargo las gentes dicen que esto es barato y aquello es caro; que el pre-

cio de unas cosas está por las nubes y el de otras está por el suelo; y comparan, para lamentarla, la distinta suerte que alcanzan dos individuos, próspera la del uno y desgraciada la del otro, no obstante ser más meritorio el trabajo de éste que el de aquél; todo lo cual acusa la existencia de un criterio, porque sin él sería imposible ese juicio. Lo que pasa es, que no conocemos ese criterio reflexivamente, y por eso los economistas, por regla general, se han contentado hasta ahora con examinar y analizar el mecanismo de la oferta y del pedido, sin cuidarse de si los precios que él determina son los que debían ser. Que en la estimacion de los servicios entran combinados todos los elementos de que más arriba hablamos: la utilidad, el esfuerzo, el tiempo, etc.; que ni el primero ni el segundo tienen un denominador comun, por decirlo así, que permita la comparacion directa y matemática de sus várias manifestaciones, por su carácter eminentemente relativo; y que, en medio de todo, la sana razon comun se esfuerza por hallar el medio de que cada uno reciba segun su obra, como dice M. La veleye, pero vista ésta á la doble luz del mérito individual contraído y del interes social reportado, me parecen cosas que se aproximan á la verdad. Mas de todo lo dicho se desprende—y permítaseme que anticipe esta consideracion—que, cualquiera que sea la solucion que este problema alcance, nunca será el Estado quien señale ese criterio, esa medida, puesto que nada más opuesto ni refractario al carácter de fljeza y precision de las reglas jurídicas que la ley consagra,

que el de oscilacion y movimiento que por necesidad reviste todo cuanto hace relacion al valor y al precio, en una palabra, á la estimacion de los servicios cambiados. Que el individuo no puede conformarse con el precio que en cualesquiera circunstancias determine la relacion entre la oferta y el pedido, lo demuestra el que en no pocas ocasiones repugnamos utilizar todas las ventajas que por virtud del azar aquella proporciona, así como las justas censuras de que es á veces objeto el que otra cosa hace, como, por ejemplo, cuando uno prescinde de sus relaciones personales con aquel con quien verifica un cambio, de su angustiosa posicion, etc. Un industrial que comienza á trabajar, ¿no debe á veces el ponerse á la altura de los que le han precedido al favor de los que quieren ayudarle porque estiman un deber el hacerlo? ¿No está obligado un prestamista á distinguir entre el amigo y el desconocido? ¿No ha de tener más consideraciones un propietario con el colono antiguo que con el nuevo? ¿Puede mirar un capitalista lo mismo al obrero permanente que al de paso? El que compró por unos cuantos miles de reales un monte que de repente alcanza un valor de millones, como ha sucedido en España con los de esparto, ó el que ha doblado el de una finca porque se ha construido cerca de ella un ferro-carril, ¿no están obligados á devolver á la sociedad, en una ú otra forma, parte de lo que á ella ó al azar deben, y no á su propio esfuerzo?

¿Quiere decir esto que sean fundados los argumentos que se hacen contra la *concurrencia*? Véamoslo.

Es el primero, que el productor no percibe tan sólo la remuneracion de su trabajo, sino tambien algo por lo que es fruto de la Naturaleza, y que por lo mismo debía de ser gratuito. Hemos visto ántes que la produccion económica resulta del ejercicio de nuestra actividad sobre aquélla; de suerte que siempre hay objeto natural y trabajo, y de la union de estos dos elementos resulta el servicio que se presta y por el cual se recibe otro en cambio como retribucion. Que ésta no es proporcionada á la utilidad del objeto en sí, lo prueba el que el aire no vale nada, ni tampoco el agua cuando abunda y la tenemos á la mano. Que no lo es tampoco al esfuerzo nuestro, lo prueba el que pagamos una gran cantidad por una piedra preciosa adquirida quizá á costa de un pequeño trabajo. Y que ambas cosas son ciertas, se demuestra viendo que retribuimos de distinto modo objetos iguales en que se ha empleado distinto trabajo, y esfuerzos iguales ejercidos sobre objetos diferentes. De donde se deduce que no cabe discernir la parte en que son debidas á la Naturaleza y la en que lo son al hombre las condiciones que ha adquirido el objeto y mediante las cuales se hace útil y capaz de prestar un servicio cuando se cambia recibiendo por él una remuneracion. Ahora bien, no sólo es imposible verificar este deslinde, puesto que, segun hemos visto, ni el esfuerzo, ni la utilidad, ni la duracion del trabajo pueden servir de criterio para hallar esa apetecida equivalencia de servicios, sino que la *conurrencia* es la única que produce visiblemente el efecto de limi-

tar la remuneracion á la parte debida al hombre. Compárese la distinta situacion de un país, segun que esté en libre y constante relacion con todos los demás, ó que se halle más ó ménos aislado por falta de medios de comunicacion ó por un sistema aduanero prohibitivo. En el segundo caso, los productores de trigo, por ejemplo, de la única comarca que lo produzca, imponen la ley á las demás, mientras que, si llega á establecerse la libre competencia, los extranjeros les obligarán á rebajar los precios hasta llegar á un *minimum* que representará la retribucion de su trabajo. Además, desde el momento en que la produccion de un determinado objeto pide ménos esfuerzo que la de otro, la concurrencia precisamente es la que hará que sean más los que se dediquen á aquélla, determinando así la disminucion en los precios como en el caso anterior.

El segundo argumento es el siguiente. Hay un precio natural, ó sea, el que representa el coste de produccion, y un precio corriente, que es el que determina la relacion entre la oferta y el pedido: por consiguiente, cuando éste es inferior ó superior á aquél, es injusto. A lo cual contestan algunos economistas, que el mecanismo mismo de la oferta y del pedido hace que las oscilaciones del precio corriente tiendan á nivelarse con el natural, porque desde el momento en que es superior, el estímulo de la ganancia atrae á esa industria á los productores, aumenta la venta, y por tanto el precio baja; y si es inferior, los productores se retiran y entónces se verifica el fenómeno

contrario; así como en el primer caso, siendo el precio alto, disminuye el pedido y produce el descenso; y en el segundo, siendo bajo, aumenta aquél y sube el precio. Que esta ley es exacta, basta atender á los hechos para reconocerlo; pero debemos añadir con algunos economistas ingleses, como Cairnes y Fawcett, que es cierta como *tendencia*, esto es, que no se realiza con la precision matemática que se supone. Sería preciso para ello que fueran siempre posibles, igualmente fáciles y simultáneas las oscilaciones en la oferta y el pedido; y esto no sucede, en primer lugar, cuando aquéllas sólo caben en uno de los términos, como, por ejemplo, cuando se trata de un cantante de *primissimo cartello*, pues que puede variar el número de los que lo solicitan, pero no el de los que se ofrecen; en segundo, cuando el cambio de la relacion entre los términos no puede ser inmediato, y así, recogida una cosecha de trigo, durante aquel año no hay que esperar que influya en su precio el aumento de productores; en tercero, porque pueden ser debidos el aumento y la disminucion de la oferta ó del pedido á circunstancias casuales ó transitorias, y entónces claro es que no determinarán movimiento alguno de unas á otras industrias, como, por ejemplo, si estalla una guerra formidable y se solicita armamento en gran escala hasta el punto de agotar casi todas las existencias; los fabricantes subirán los precios sin temor de que otros, atraídos por la ganancia, vengán á hacerles competencia, porque, cuando estuvieran en condiciones de ofrecer sus productos, aquellas circuns-

tancias habrían pasado; y por último, se olvida un tanto lo que es la naturaleza humana al dar por supuesto que obreros y capitalistas pueden cambiar de esfera de trabajo con la misma facilidad que nos mudamos de casa ó de traje; que no es cosa tan llana que el minero se convierta en tejedor y el agricultor en industrial ó comerciante. De suerte que es efectivamente cierto que la relacion entre la oferta y el pedido no determina siempre el que se estima justo precio, esto es, el natural; pero nótese que á veces, si sucede esto, es precisamente porque hay algo que estorba y dificulta la concurrencia, y no por culpa de ella.

Además, arguyendo de este modo, se vuelve siempre á la cuestion fundamental; porque ¿qué es el coste de produccion? La indemnizacion por las primeras materias y la remuneracion por el trabajo puesto, suele decirse; y ¿cómo se mide el servicio prestado por éste? ¿cómo discernir en aquéllas, que acaso son productos de otras industrias, la parte correspondiente al esfuerzo humano? La cuestion es siempre la misma; no hace más que retroceder para aparecer de nuevo.

Que la concurrencia no produce por sí misma una distribucion justa y debida de la riqueza; que la desigual condicion de los individuos, en este respecto, no es proporcionada al mérito contraido por cada cual al concurrir á la obra social de la produccion, son cosas, á mi juicio, exactas. Pero imaginar que estos males tengan un remedio radical y efectivo, y sobre

todo que pueda imponerlo el legislador, me parece una quimera; primero, porque no veo por ninguna parte el principio que habría de informar la ley que pretendiera regular estas relaciones; segundo, porque la historia muestra el efecto contraproducente de semejantes empeños; y tercero, porque, por más vueltas que se dé, de lo que se trata, en suma, es de saber si el hombre ha de ser tan libre en la esfera económica como en los demas órdenes de la actividad.

Lo que importa, como más adelante veremos, es, no anular ni mutilar la concurrencia, ó lo que es lo mismo, el libre cambio de servicios, la amplia comunicacion de medios económicos, y sí enseñar á los hombres que en ella no es legítimo el interes sino en los términos que lo es en las demas esferas de la vida, esto es, en cuanto se le subordina á la razon y al deber; y por tanto la necesidad en que están de inspirarse tambien en este orden en sentimientos de equidad y de justicia, para que no se pueda decir de la concurrencia que es una lucha encarnizada entre intereses egoistas, que los ricos son como esos ídolos indios que aplastan con sus carros á los pobres, que el pez grande se come al chico, etc., etc.

Pero tratándose del *problema social*, debe hacerse una aplicacion de estos principios generales, relativos al cambio de servicios, á los casos concretos que determinan las relaciones entre el *capital* y el *trabajo*, entre la *tierra* y la *renta*, ya que á ellas hacen referencia las principales dificultades que aquél entraña.

V.

« ¿Qué es el capital de hoy más que el trabajo de ayer? ¿Qué es el trabajo de ayer sino el capital de mañana? » Esto decían unos obreros á sus compañeros, reunidos en congreso en París en 1867. En efecto, desde el momento en que el hombre creyó más útil consagrar parte de su trabajo, no á la producción directa ó inmediata de lo que necesitaba, sino á la de un instrumento que le facilitara aquél y le procurara más tarde un resultado más beneficioso, apareció el capital. Poner en duda la capacidad productiva de éste, equivaldría á proclamar que es más ventajoso preparar la tierra para la siembra removiéndola con las manos que con el azadon ó el arado.

En esta cuestion acontece lo que ántes os decía respecto de la de la propiedad y la de la herencia; no hay quien niegue aquélla capacidad; lo que se discute es cómo deben distribuirse los productos del capital, y por esto el problema surge en cuanto interviene el cambio, no ántes. Si uno se dedicara á la caza empleando un palo ó sirviéndose de piedras, y encontrando que de este modo conseguia bien poco, dejase de cazar unos dias para fabricar un arco ó una honda, es seguro que habría de reconocer el poder productivo de este pequeño capital al ver que en el tiempo que ántes lograba seis piezas, cazaba ahora doce. Pero supongamos que fueran dos los cazadores, y que mientras el uno se retiraba para construir aquellos útiles,

el otro continuaba cazando; es claro que al ver éste el resultado que alcanzaba su compañero con el arco ó la honda, sentiría el deseo de tener él otros iguales. Pues bien, el dueño de éstos le diría: yo con mi arco y con mi honda cazo doce piezas, mientras tú sólo matas seis; te prestaré uno de ellos, y entonces matarás doce; tú te quedarás con nueve y me darás tres; y así, con el mismo trabajo obtendrás un mejor resultado gracias á mí, y yo obtendré la remuneracion por el esfuerzo y el tiempo que he empleado en fabricar el instrumento que te presto. Entónces surgiría la cuestion de averiguar la proporcion de la parte de cada uno, que es la misma que, acrecentada hasta el infinito por el desarrollo inmenso de la riqueza, se nos presenta hoy con caracteres tan alarmantes entre el capital y el trabajo, esto es, en el cambio de servicios entre capitalistas y obreros.

Si examinamos las relaciones que entre éstos pueden darse, y de hecho se dan, hallarémos que revisiten una de estas tres formas: una de distincion, ó sea el *salario*; otra de union, ó sea la *participacion en los beneficios*; y otra de confusion, ó sea la *cooperacion*.

Es la primera la más general, la predominante, y por lo mismo la que ha sido objeto de más apasionadas censuras y de más apasionados elogios. Sus defensores hacen valer la seguridad que procura al obrero, el cual tiene en el salario una remuneracion fija de su trabajo sin correr ninguno de los numerosos riesgos que hoy más que nunca corren las industrias; mientras que sus contradictores presentan el contraste que

hay entre la rapidez con que los capitalistas aumentan su fortuna, y la dificultad, á veces imposibilidad, con que el trabajador consigue ni áun lo necesario para vivir, concluyendo por decir con Chateaubriand, que el salario es la última forma de la esclavitud. Los unos sostienen que el aumento de la riqueza lleva consigo el de los salarios; y otros responden que si la poblacion aumenta al mismo tiempo, y los artículos de primera necesidad encarecen, y se inventan nuevas máquinas que producen crisis transitorias, sí, pero inevitables, los trabajadores pueden perder, aunque la sociedad gane. Aquéllos arguyen que la ley de la oferta y el pedido es favorable á los obreros, porque si la oferta de trabajo cesa y el salario baja, aumentará la demanda de aquél por los capitalistas y se restablecerá el equilibrio; y éstos replican que esto no es exacto, porque los capitales no se improvisan, ni pasan tan fácilmente de una esfera de accion á otra, y que además los obreros no pueden disminuir la oferta retirándose ó dejando de ofrecer su trabajo, como pueden hacerlo los capitalistas, porque la abstencion significa la privacion de lo necesario para la vida, y vale más comer mal que morirse de hambre; sin que pueda aducirse en contra la recíproca accion entre la oferta y el pedido que, segun hemos visto ántes, determina la aproximacion del precio corriente al precio natural, porque el capital no deja con facilidad una industria para ir en busca de otra, y ménos pueden hacer esto los trabajadores cuando semejante cambio supone siempre la pérdida de la destreza adquirida, y con

frecuencia un cambio de domicilio á que determinadas razas son refractarias. Por último, los unos presentan, en apoyo de su punto de vista, hechos como, por ejemplo, el de haber resultado que de 137 fábricas de tejidos que había há poco en Bradford, los dueños de 74 de ellas habían sido obreros; y los otros citan en comprobacion de sus críticas el de haberse distribuido los 85 millones de duros producidos en un año por las célebres minas de Bonanza, en los Estados-Unidos, percibiendo 58 sus dueños, que, si no recuerdo mal, son cuatro, uno de ellos Mr. Mackay, el hombre más rico del mundo, é invirtiéndose 27 en *salarios*, máquinas, etc., segun decía recientemente el corresponsal de un periódico inglés con motivo de la fuerza que iba adquiriendo en aquel país el *partido obrero*.

En mi juicio, yerran lo mismo los que consideran el salario como una forma de remuneracion del trabajo radical y necesariamente injusta, que los que la estiman como la ideal y la mejor. No es lo primero, porque, sobre ser manifiestas las ventajas que producen la fijeza y la seguridad, hay casos en que, no sólo es la debida, sino que no hay otra posible. ¿Cuál que no sea ésta, ó el destajo, que es lo mismo, cabe, por ejemplo, cuando se trata de una obra accidental, transitoria ó extraordinaria? ¿Va el dueño de una casa á pagar con una parte de la renta al albañil que blanquea ésta ó que la reteja? ¿Habría de dar el de una fábrica participacion en sus beneficios á los obreros que llama por cuatro ó seis dias para sacar escom-

bros, achicar agua ó espalar nieve? De igual modo hay casos en que, aún siendo permanente el trabajo, no cabe otra forma de remunerarlo, como sucede con todos los empleados públicos, con la sola excepcion de los encargados de recaudar los impuestos. No es lo segundo, porque el salario tiene el gravísimo inconveniente de que, léjos de establecer la solidaridad que es de desear entre todos los que contribuyen á la produccion, hace al obrero casi por completo extraño é indiferente á ésta; y si en unas ocasiones recoge las ventajas de la fijeza y de la seguridad, en otras se ve privado de las que produce la prosperidad de las industrias; y así, cualquiera que sea la proporción en que se distribuyan las ganancias entre el capital y el trabajo, como es una abstraccion tomar éstos cual si fueran dos entidades metafísicas, el hecho es que, por regla general, como los capitalistas son pocos, se enriquecen, y como los trabajadores son muchos, apénas si pueden vivir.

Por estas razones debe, á mi juicio, preferirse, siempre que sea posible, la segunda forma, ó sea la *participacion en los beneficios*. Ella tiene la ventaja de que establece entre el capitalista y el obrero vínculos de union y una solidaridad de intereses que no consiente el salario. Son bien conocidos el caso del pintor de París M. Leclair, que vió convertidas las pérdidas en ganancias adoptando esta forma con sus doscientos obreros, y el de la Compañía del ferro-carri! de París á Orleans, que hizo una cosa análoga. En Inglaterra ha sucedido recientemente otro que merece

ser recordado. M. Briggs, minero de Methley, cerca de Leeds, viendo las pérdidas que experimentaba á causa de las huelgas de obreros, iba á retirarse, cuando uno de sus hijos le propuso hacer lo siguiente: dividir el capital, que ascendía á 13.500.00 rs., en 900 acciones de 1.500 cada una; reservarse M. Briggs las dos terceras partes de éstas, y ofrecer las restantes á los trabajadores, dándoles la consiguiente representacion en la junta directiva; además, cuando las ganancias pasasen de cierto tipo, la mitad del sobrante, una vez satisfecho el interés del capital, se distribuiría entre los obreros en proporcion de sus salarios. Así se hizo, y los resultados no han podido ser más satisfactorios. Claro es que habrá ocasiones en que el trabajador no podrá ó no querrá correr el azar de que lo que esperaba había de ser un aumento de remuneracion se convierta en una merma; pero, aparte de que por esto mismo os decía ántes que no era justo rechazar el salario en todo caso, ese inconveniente puede obviarse hasta cierto punto de dos modos: uno, con la propagacion de las cajas de ahorro, de las de seguros, en una palabra, de todas las instituciones de prevision, que permitirán más y más al obrero correr esos riesgos; y otro, combinando ambas formas, esto es, procurando satisfacer con el salario lo estrictamente necesario para la vida, y el resto con la participacion en los beneficios probables.

Pero la tercera forma, ó sea la *cooperacion*, no sólo es preferible á las otras, sino que, en mi juicio, es la ideal, y á su realizacion es deber de todos ayudar

y contribuir. Si, como se ha dicho, la asociacion resuelve la antinomia entre el capital y el trabajo, que no resuelve el salario, y por existir en parte, la resuelve hasta cierto punto la participacion en los beneficios, aquí que es completa y acabada, queda naturalmente resuelta. Porque toda la cuestion entre el capital y el trabajo consiste en señalar la parte que corresponde á cada uno en los beneficios de la produccion, como os decía el Sr. Moreno Nieto, el cual, dando una prueba más de su sinceridad, por nadie puesta en duda, declaraba que no hallaba criterio para determinar esa proporcion, y añadía: desde el momento que hay contrato, hay justicia; pero histórica, no absoluta. Es la misma cuestion de la equivalencia de servicios de que en general os hablaba ántes, y de la que no es ésta más que una aplicacion concreta; y si entónces no hallábamos criterio preciso para resolverla, claro es que lo propio ha de suceder ahora. Pues bien, la forma de la cooperacion tiene la inmensa ventaja de que la resuelve *suprimiéndola*, en cuanto desaparece el dualismo entre los dos términos, entre el capital y el trabajo, puesto que la sociedad cooperativa es la dueña de aquél, y sus miembros los que prestan éste, al modo que el pequeño industrial que trabaja sólo y por su cuenta es á la vez capitalista y obrero. Y hé aquí por qué soy de los que atribuyen grandísima importancia al movimiento cooperativo, léjos de mirarle con el desden con que lo miran algunos economistas y los más de los socialistas radicales.

En resúmen, de las tres formas de remunerar el trabajo: el salario, la participacion en los beneficios y la cooperacion, la segunda aventaja á la primera, y á ambas la tercera, la cual me parece llamada á prevalecer con el tiempo. Pero no por esto las estimo incompatibles; ántes, por el contrario, creo que habrán de coexistir siempre, porque hay casos en que una de ellas es posible y las otras no; así como tampoco sostengo que la cooperacion no será una panacea para todos los males, ni medio de resolver todas las cuestiones, puesto que en el seno de las sociedades formadas sobre esa base pueden surgir algunas al tratar de resolver el problema, que por todas partes nos sale al paso, de la equivalencia de los servicios. Que la situacion del obrero no es tal como la pintan los adversarios apasionados del salario, lo demuestran hechos como el de Bradford, que há poco os recordaba, y lo comprueban datos estadísticos publicados en Inglaterra, segun los cuales el consumo de trigo era por cabeza, hace treinta años, 311 libras; en 1868, 335, y en 1876, 341; los capitales depositados en las Cajas de Ahorro, eran: en 1830, á razon de 11 chelines y 4 dineros por cabeza; en 1850, 21 ch., y en 1876, 42 ch. y 6 d.; y el número de pobres era: entre los años 1813 y 1830, 1.500.000; en 1841, 1.250.000, y en 1876, 752.000. Pero siendo todo esto cierto, no puede negarse que al predominio del salario, como forma de retribucion del trabajo, se deben en gran parte las que llama Cairnes chocantes desigualdades de fortuna y las consecuencias que de aquí se deri-

van. No hay que hacerse ilusiones ni pedir imposibles; nadie podrá convencer á los obreros que trabajan en las minas de Bonanza de que es justo, útil, bueno y hasta santo que de 85 millones de duros que aquéllas producen, ingresen 58 en las arcas de cuatro individuos, y con 27 se paguen los *salarios* de millares de trabajadores, las máquinas, etc., etc., etc.

VI

Veamos ahora el punto trascendental de la *renta de la tierra*, ó sea de la relacion de los servicios cambiados entre los dueños de aquélla y los que la cultivan. Ante todo debo llamar vuestra atencion sobre la inexactitud en que se incurre con frecuencia al llamar, como por antonomasia, propiedad á ésta, que no es más que una especie de la misma; equivocacion que tiene el gravísimo inconveniente de que, como la propiedad es ciertamente, segun hemos visto ántes, una condicion necesaria para que el hombre pueda cumplir su destino, se deduce de aquí que el derecho que todos tienen á ser propietarios lo tienen á serlo de la tierra, siendo así que éste no es más que uno de los medios de que podemos disponer para aquel efecto; y es más de extrañar que se incurra en este error en tiempos como los actuales, en que la riqueza mueble ha adquirido tan inmenso desarrollo y constituye la base exclusiva de la fortuna de muchos, al modo que lo es la inmueble de la de otros.

Lo grave de esta cuestion de la propiedad de la

tierra y de la legitimidad de la renta nace, á mi juicio, de dos circunstancias: primera, de la diferencia que hay entre aquélla y las demas formas del capital; y segunda, de las relaciones que respecto de la misma determina el cambio. Cuando el hombre con su trabajo construye un instrumento ó una máquina ó logra un producto, su accion no sólo es manifiesta, sino que es imborrable, puesto que una vez transformado el objeto natural, no recobra su anterior estado; mientras que la tierra parece en muchas ocasiones que al cabo de cierto tiempo vuelve á ser lo que ha sido. Así, por ejemplo, el arado es tal arado y sirve para su destino, merced al trabajo puesto al efecto por el constructor, de igual modo el primer día que el último, y lo que produce la tierra cada año es indudablemente debido al trabajo que durante el mismo se ha puesto en ella; pero no es fácil determinar hasta qué punto lo es tambien á un trabajo anterior; y por esto la verdadera cuestion surge cuando dos ó más individuos la han cultivado sucesivamente. Si nos figuramos que uno sólo, dia tras dia y año tras año, la riega con su sudor, no es difícil demostrar su derecho sobre ella y sobre sus frutos; pero si vemos que él cesa y otro le reemplaza, instintivamente atendemos á la entidad, duracion y efectividad del trabajo de aquél para decidir si debe ó no compartir con éste los frutos que ulteriormente produzca. Decid que el holandés que disputa al mar la tierra, y se la arranca, y luego la hace productiva, ó el *pionnier* norte-americano, que á costa de penosos esfuerzos va haciendo productivos

los terrenos del lejano Oeste, descuajando montes y corriendo riesgos sin cuento, no tienen derecho á ser propietarios de eso que crean,—pues que en este caso bien puede aplicarse la enérgica frase de Michelet, *L'homme fait la terre*,—y la sana razon os contestará que eso no es posible. Pero decid que hace siglos un individuo llegó á las pampas de Buenos Aires, montó á caballo, recorrió un territorio de leguas, lo amojonó, y sin más trabajo lo hizo suyo y lo transmitió á sus herederos, y entónces una duda asaltaré á todo espíritu imparcial.

Lo que esto demuestra es que la ocupacion por sí no funda la propiedad de la tierra; es sólo la condicion para que el trabajo la haga nacer; y de ahí que, cuando éste cesa por parte del dueño y lo sustituye el del colono, parece que llega un momento en que el derecho de aquél pierde todo lo que el de éste gana. Quizá os parezca grave esta indicacion, y sin embargo, en ese principio se han inspirado reformas llevadas á cabo en nuestros dias en la propiedad en Prusia, en Rumanía, en Rusia, al emancipar á los esclavos, y recientemente en Irlanda; y ese principio han proclamado en nuestro país dos escritores ilustres que no os pueden ser sospechosos, sobre todo uno de ellos: el Sr. D. Fermin Caballero, quien, hablando de las Provincias Vascongadas, dice en su célebre *Memoria sobre la poblacion rural* que «el aldeano, léjos de apesarse de que sus mayores beneficiasen la casería y la heredad ajena, vé en estas mejoras la prenda de su seguridad, el lazo indisoluble

que lo une al terreno, el derecho, en fin, que lo constituye en dueño de la finca, haciendo imposible el desahucio para él y para sus hijos; imposible, porque si un dueño avariento y cruel lo pretendiese, aparte de las reclamaciones pecuniarias, se vería condenado por la opinion del país y abrumado bajo el peso de la pública execración;» y el Sr. D. Francisco Cárdenas, el cual en su notable obra sobre la *Historia de la propiedad en España*, dice que «como el trabajo constituye sobre la materia una especie de derecho, que es título moral de dominio, y la agricultura no prospera sin la estabilidad y seguridad del cultivador en la posesion de sus tierras, los beneficiados tendían constantemente á ampliar y asegurar sus precarios derechos;» y en otro pasaje se leen las siguientes palabras: «este lento progreso del derecho y de la libertad del colono, á costa de la autoridad y del derecho del señor, es lo que constituye á la vez la historia de la propiedad y de las clases sociales durante la Edad Média.»

Pero veamos cuántas y cuáles son las formas en que puede presentarse la relacion entre el propietario territorial y el trabajador. Prescindiendo del caso en que el dueño es un individuo y cultiva él la tierra, porque, ó lo hace por sí mismo, y entónces no hay cuestion, ó se sirve de obreros, y en tal caso puede retribuir el trabajo de éstos segun hemos visto al tratar del capital, esto es, por medio del salario ó de la participacion en los beneficios, con la cual hasta cabe combinar un principio de cooperacion, son, en mi

juicio, posibles tres formas, análogas á las que examinamos con relacion al capital y al trabajo: la de separacion ó distincion, esto es, la *renta*; la de union, ó sea la *aparcería*; y la de confusion, ó sea la *cooperacion*.

La primera, por ser, como el salario, la comun y ordinaria, ha sido, al igual de aquél, objeto de apasionadas controversias. Pero, despues de lo dicho, no tengo que entrar propiamente en la cuestion de la legitimidad de la *renta*, porque es claro que ella se resuelve en la de la legitimidad de la propiedad de la tierra; y por eso, cuando el trabajo ha transformado ésta de un modo análogo al que crea el capital, esto es, dándole una capacidad productora permanente, la renta es tan justa como el interes, y se funda en los mismos principios. Pero cuando la huella de aquel trabajo anterior se pierde y sólo obran el trabajo presente y la fuerza productora de la tierra, ¿qué extraño es que los socialistas hayan dicho que la renta es una «usurpacion injusta,» si ántes dijeron que era un «privilegio necesario» Smith, Say, Estrada, Blanqui, Senior, Sthorch, Rossi, Rau y tantos otros economistas? En este terreno debe, á mi juicio, ponerse la cuestion, y por eso tienen razon los unos cuando, presentando *hechos concretos*, nos muestran cómo la tierra se hace y permanece productiva por virtud del trabajo hecho en un principio; y la tienen hasta cierto punto los otros, cuando, presentando asimismo *hechos concretos*, nos muestran esa fuerza productiva debida casi sólo, ó por lo ménos acrecentada y

conservada por el trabajo del que la cultiva y no por el anterior de su dueño; sin que tenga, á mi parecer, el punto de la espontánea capacidad productiva de aquélla un interes particular ó peculiar en esta cuestion, pues que yo no veo que suceda aquí otra cosa que lo que acaece en todo cambio, esto es, que se da un objeto natural transformado por el trabajo cuya utilidad es debida á ambos elementos, pero en una proporcion que es imposible discernir.

En Inglaterra tiene lugar una combinacion de crédito en relacion con la propiedad territorial, que demuestra á la vez la parte de verdad que tienen las opiniones sostenidas en uno y otro sentido. Hay sociedades que prestan á los propietarios un capital para invertirlo en mejorar sus fincas, el cual reembolsan pagando el 6 por 100 durante veintidos años, todo mediante un aumento de renta que la compañía percibe, y que los colonos pagan con gusto porque á ellos va á parar el beneficio inmediato de las mejoras. Ahora bien, en este caso es manifiesta la correspondencia de la renta con el interes, ó de la tierra con el capital, puesto que el aumento de la primera es debido á la incorporacion de éste á la finca; mas á la vez resulta en esta combinacion que el propietario, si durante los veintidos años sigue percibiendo la misma renta, puesto que el prestamista se cobra con sólo el exceso aumentado en razon de las mejoras, pasado ese período, como recibe el total de aquélla, se encuentra con que, sin haber desembolsado un céntimo y sin haber hecho nada por su parte, la finca ha su-

bido de valor y le produce una renta más crecida. ¿Puede decirse que ésta es toda ella remuneración por el trabajo incorporado á la tierra por el dueño ó por sus antepasados? ¿No es manifiesto que él no lo ha puesto? ¿No lo es asimismo que, de quien quiera que sea, quedan pagados los intereses y reintegrado el capital en los veintidos años?

Así, pues, dando por supuesto que tratamos de los casos en que la *renta* es legítima, veamos su naturaleza para compararla con las otras dos formas. El juicio que se forme de la *renta* varía según las condiciones del arrendamiento, esto es, según su duración, según que la cuantía de aquélla se determine por la costumbre ó por la competencia, según que sea fija en todo caso ó se modifique en parte en vista de las condiciones de cada cosecha, y según, por último, que por ley ó costumbre el colono tenga ó no derecho á ser indemnizado por las mejoras que haga en la finca. En un arrendamiento á corto plazo, el trabajador se identifica ménos con la cosa arrendada, que considera como extraña, esquilma la tierra yendo en busca del mayor producto posible é inmediato, y no se siente inclinado á hacer mejoras cuyo fruto no ha de recoger él. Cuando se determina la cuantía de la renta por la competencia, tiene el grave inconveniente de que, como ha observado el profesor Fawcett, el poder productor de la tierra no influye en la parte de los frutos que corresponde al colono, porque éste puede llegar á contentarse con percibir lo que considera retribución de su trabajo é interés del capital consti-

tuido por los aperos y demas instrumentos de trabajo, y entregar el resto al propietario; de donde resulta que si para cultivar tres fincas de distinta fertilidad, que podemos representar por 6, 8 y 10, se necesita el mismo trabajo y el mismo capital, cuya retribucion, la de ambos, vale 4, el arrendador de la primera finca llegará á pagar de renta 2, el de la segunda 4 y el de la tercera 6. Cuando la renta es absolutamente fija, el contrato es, en cierto modo, aleatorio para ambas partes, que toman como base de su compromiso el término medio de los productos en cierto número de años; de suerte, que si en los que hay mala cosecha gana el propietario, en aquellos otros en que es buena gana el colono; pero tiene para éste, sobre todo en ciertos países, la desventaja de que él no puede soportar tan fácilmente como el dueño las consecuencias de una equivocacion; tanto, que si se repiten, lo que para el uno es sólo una pérdida ó merma en sus intereses, es para el otro una completa ruina. Por último, gana el colono y gana la sociedad con que aquél tenga derecho á ser indemnizado por las mejoras que haga, porque sin esto es natural que no las emprenda, sobre todo tratándose de arrendamientos cortos y cuyas condiciones se determinan por la competencia, y entónces es claro que la tierra dejará de producir todo lo que debía esperarse. Así, en resúmen, puede decirse que son beneficiosos los arrendamientos largos, regulados por la costumbre, pendientes en parte de los productos anuales de la finca, y en que se estipula la indemnizacion por las mejoras

al colono; que son perjudiciales los cortos, regulados por la competencia, de renta fija é invariable y sin indemnizacion; y que serán más ó ménos lo uno ó lo otro, segun que todas estas condiciones se combinen contrabalanceándose sus efectos. De uno de estos extremos es ejemplo la suerte del colono irlandés; el *cottier*, que no tiene seguridad en la posesion de la tierra, paga una renta determinada por la competencia, y no tiene derecho alguno á indemnizacion por las mejoras, males á que en parte han puesto remedio las célebres leyes de 1870. En Inglaterra tambien se rige aquélla por la competencia; pero allí hay un intermediario entre el propietario y el trabajador, que es el *farmer*, el cual, como es un empresario ó capitalista, puede sostener la lucha con los dueños, y en último caso dedicar su capital á otro género de industria; pero la suerte de los trabajadores del campo es tal, que un economista inglés dice que, si se convirtieran en esclavos, los amos por interes les darían mejor alimento que el que toman hoy. En España hallamos ejemplos de todas esas formas de arrendamiento; hay provincias en que, por estar la propiedad muy acumulada, toman las fincas en arriendo verdaderos empresarios, como los *farmers* de Inglaterra, quienes las cultivan por medio de obreros, cuya condicion no es muy envidiable; otras, en que los arrendamientos son á corto plazo, cambian sin cesar, se rigen por la competencia, y en que por añadidura han caido en desuso prescripciones legales que amparan el derecho de los colonos; y otras, en que de tal modo imperan

la costumbre y los largos arriendos, que éstos se transmiten de padres á hijos, hasta el punto de considerarse como una semipropiedad de las familias, y la renta, léjos de sufrir las oscilaciones inevitables en un régimen de libre competencia, es tan fija, que casi parece, más que renta, cánon que se paga por un censo.

La segunda forma, la *aparceria*, corresponde á la participacion en los beneficios en las relaciones del capital con el trabajo, y tiene, respecto de la renta, análogas ventajas á las que tiene aquélla respecto del salario. En primer lugar, se establece naturalmente una verdadera solidaridad de intereses entre el propietario y el trabajador, puesto que á ambos pertenecen los frutos; luégo, no sólo tienen uno y otro intereses en la producción, sino que tienen el mismo; y como consecuencia, léjos de mirarse como extraños, ménos aún como enemigos, se consideran como verdaderos socios que llevan á cabo una obra en comun. Si además la cuantía de la participacion respectiva se determina por la costumbre, y por virtud de ésta las fincas continúan siempre en las mismas manos, sin que la competencia venga á traspasarla de las de unos cultivadores á otros, entónces las ventajas de la *aparceria* sobre la renta son más manifiestas. Por reunir todas estas circunstancias se citan como ejemplo de esta forma de relacion entre el propietario y el trabajador agrícola algunas comarcas de Italia, singularmente el Piamonte y la Lombardía, cuya prosperidad y adelanto en la agricultura son notorios, y don-
ap se conoce con el nombre de *mezzadria*. En España

no es desconocida esta forma; pero, si no me engaño, sólo existe con carácter excepcional.

Pero así como las cuestiones entre el capital y el trabajo desaparecen cuando se verifica entre ellos una verdadera fusión, lo propio sucede naturalmente cuando desaparece el dualismo entre el propietario de la tierra y el trabajador que la cultiva, lo cual acontece en dos casos: cuando el mismo propietario cultiva por sí la tierra, y cuando ésta pertenece á los mismos obreros que la trabajan constituyendo una sociedad. En el primero se encuentran esos *labriegos propietarios* que pululan en Francia, en gran parte de Suiza, Holanda, Noruega, Italia, Alemania, en los Estados septentrionales de la Union Americana y en nuestro país, singularmente en las provincias del Centro y del Norte, condicion que sería de desear se extendiera más y más. Dueños de la tierra á la vez que cultivadores de ella, es imposible suscitar respecto de ellos ninguna de estas gravísimas y delicadas cuestiones referentes á esta especie de propiedad y á la renta; y si no las maravillas que nos pintaba el señor Navarrete, cuando en alas de un entusiasmo que le honra describía los efectos de esta organizacion entre sus paisanos los *roteños*, la comparacion, dentro de nuestro país entre unas y otras comarcas, comprueba las excelencias y ventajas de ella.

El segundo caso tiene lugar mediante la aplicacion de la *cooperacion*, la cual viene á resolver la especie de antinomia que hay entre la conveniencia, á veces necesidad, de la propiedad extensa, de las gran-

des fincas, y las ventajas que acaba mos de ver tiene la organizacion de la propiedad cuando está distribuida entre pequeños propietarios que la explotan y trabajan por sí; y por esto el profesor Fawcett dice que se puede anticipar que en el porvenir la tierra pertenecerá en propiedad á asociaciones de obreros y será cultivada por ellas. Esta forma, léjos de ser nueva, es muy antigua; se encuentra en el comienzo de la historia de todos los pueblos; el es *comunario*, áun hoy subsistente en la India Inglesa; es la primitiva propiedad de la tribu germana, mantenida hoy en el *allmend* suizo y en Alemania, así como en Rusia y en algunas comarcas del imperio austriaco du ran formas análogas de origen eslavo; son los bienes de aprovechamiento comun de Francia y de nuestras poblaciones rurales; son todas esas organizaciones cuyo pasado y cuyo porvenir con tanto entusiasmo han ilustrado en estos últimos años escritores tan distinguidos y de sentidos tan diversos como Fustel de Coulanges, Sumner Maine, Le Play, Laveleye, etc., etc.

De todo lo dicho se desprende, á mi juicio, que la *aparcería* es preferible á la *renta*, y á ambas la fusion del dueño y el colono, ya en los pequeños propietarios, ya en las asociaciones de obreros por medio de la *cooperacion*. Pero estimando esto último lo llamado á prevalecer, no por eso creo que desaparecerá la forma de la *renta*, sino que continuará al lado de las otras dos, porque, al modo que sucede con el salario, hay circunstancias en que es la única posible; sólo que, en ese caso, claro es que debe darse la pre-

ferencia al arrendamiento que reúna las condiciones de duración, seguridad, etc., de que há poco os hablaba. Así como, pudiendo y debiendo verificarse aquella apetecida fusión de dos maneras, claro es que han de ser compatibles, y sólo lo pueden ser la propiedad individual de los cultivadores particulares y la social de las sociedades de obreros, organizándose éstas sobre la base de la *asociación libre* y no por imposición del Estado.

Cómo deba verificarse esta transformación, lo veremos en la segunda parte de este resumen, esto es cuando me ocupe de la medida en que toca al individuo, á la sociedad y al Estado la resolución del *problema social*. Aquí sólo debo repetir, para concluir este punto, que si el economista alemán Thaer tenía razón para decir que entre la tierra propia y la arrendada hay la misma diferencia que entre la mujer legítima y la concubina; y si el célebre escritor inglés Arturo Young estaba en lo cierto cuando exclamaba: «dad á un hombre la posesión segura de una roca desierta, y la convertirá en un jardín; dadle arrendado por nueve años un jardín, y lo convertirá en un desierto,» no cabe duda que el ideal en este punto, y lo más conforme con el interés social, es el acercarse cuanto sea posible á una organización de la propiedad territorial en que el dueño, individuo ó asociación, sea quien la cultive.

VII.

¿Cuáles son, en conclusión, las cuestiones que,

bajo el aspecto económico, entraña el *problema social*? Dos; una, la de la armonía de la propiedad individual con la social; otra, la de la equivalencia de los servicios que se cambian, la cual encierra á su vez otras dos principales: primera, la referente á las relaciones entre capitalistas y obreros; segunda, la referente á las relaciones entre los propietarios de la tierra y los cultivadores de la misma. Ahora bien; si, segun hemos visto, por virtud de las tendencias hasta el presente dominantes en la sociedad, ésta ha venido á parar á un *atomismo*, en cierto modo inorgánico, que se refleja en el predominio del individualismo en la constitucion de la propiedad; si en las condiciones económicas que recíprocamente se prestan los hombres, en el cambio de servicios que se verifica en medio de una amplia y libre concurrencia, impera el interes personal, en vez de estar sometido á la razon, como debe exigirse así en ésta como en las demas esferas de la vida; si en las relaciones entre capitalistas y obreros predomina la forma del salario, y sólo por excepcion existen la participacion en los beneficios y la cooperacion que son preferibles á aquélla; así como, análogamente, la renta es la forma general de las relaciones entre propietarios territoriales y trabajadores agrícolas, y excepcionales la aparcería y la cooperacion; y si, por último, lo que hay en el fondo del *problema social* es una protesta contra el individualismo dominante, es la aspiracion á hallar la armonía entre la totalidad y la individualidad, á alcanzar el reinado de la igualdad posible, á

aproximarse cuanto sea dado á la ecuacion entre las aspiraciones y los medios de realizarlas, á extender y acrecentar la participacion en éstos del proletariado, claro es que las imperfecciones que en el organismo económico actual hemos encontrado son, más ó ménos, causa de que esos bienes no se realicen y de que los males opuestos se produzcan. ¿Tienen éstos remedio en todo ó en parte? Eso es lo que vamos á ver examinando la segunda parte del tema; esto es, *la medida en que toca la solucion del problema social al individuo, á la sociedad y al Estado.*

VIII

Ante todo, debo comenzar por la de fensa de los términos empleados en la redaccion del tema, ya que mi querido amigo el Sr. Rodriguez los censuraba manteniendo que uno de ellos era redundante, en cuanto nada podía decirse de la sociedad que no cuadrara al individuo, ó lo que es igual, que no tenía aquella otros medios que los mismos de que éste dispone, ni otros deberes que los que á éste alcanzan. No se oculta á vuestra ilustracion que hay aquí algo más que una cuestion de palabras, y que, por el contrario, tiene este punto una gran trascendencia para la resolucion del problema que nos ocupa; porque, en sustancia, de lo que se trata es de saber si la sociedad es una suma de elementos, si es un todo orgánico, ó si es una pura abstraccion. Los individualistas, naturalmente, se inclinan á lo primero, en cuanto no ven

otros seres reales y sustantivos más que los individuos, siendo para ellos la sociedad la suma de éstos. Los socialistas, por el contrario, cayendo en el extremo opuesto, afirman lo primero la sociedad, y ante ella se borra la sustantividad del individuo, el cual queda reducido á un accidente, y por eso le sacrifican tan fácilmente al interes social. Ahora bien, en el fondo de esta cuestion hay otra metafísica, la mantenida en todos tiempos entre empíricos é idealistas sobre si el todo es suma de partes ó es algo, no sólo distinto, sino diferente de éstas é independiente de ellas; problema que comprendéis bien que yo no voy á discutir, contentándome con hacer notar que la sana razon comun protesta contra ambos conceptos; porque si uno dijera que una casa era la suma ó conjunto de materiales, contestaría que eso era un monton de escombros, no una casa; y si otro afirmara que ésta era un sér por sí y extraño á aquéllos, objetaría que eso era una abstraccion, porque sin materiales no había casa, y sin pretender penetrar en abstrusas consideraciones metafísicas argüiría que todo lo que se daba en los materiales se daba en la casa ciertamente, y por eso el peso de ésta es la suma del peso de aquéllos, pero que tambien había en la primera algo que no existía en los segundos, puesto que es evidente que ni su belleza ni su comodidad, por ejemplo, son propiedades de sus elementos componentes, y sí del todo, lo cual muestra la existencia de éste como un sér propio, puesto que se le atribuyen cualidades que no se daban en aquéllos. Por fortuna, discutiendo con

el Sr. Rodriguez, tampoco es menester entrar en este género de investigaciones, porque basta, á mi juicio, hacerle notar las consecuencias lógicas que se desprenden de dos principios por él reconocidos. Recordaréis que, contestando al cargo que se había hecho á los de su escuela de que para ellos la sociedad era una mera suma de individuos, decía: no es exacto; yo sostengo que es algo más que eso, en cuanto es un *organismo*. Pues bien; yo le digo á mi vez: ese *algo más*, eso es la sociedad, y por eso es distinta del individuo. De otro lado, el Sr. Rodriguez distinguía á éste con gran empeño del Estado; ¿y cómo no había de hacerlo, él que ha venido luchando toda su vida por el reconocimiento de esta conquista de la civilización moderna? Pues de aquí se sigue igualmente la verdad de lo que vengo sosteniendo; puesto que es seguro que no ha de incurrir en el error de confundir el Estado con los que son sólo sus *poderes oficiales*, y por tanto admitirá que aquél es la sociedad toda, aunque dirigida y encaminada al solo cumplimiento del fin jurídico; y si reconoce la distinción entre el individuo y la sociedad jurídica ó el Estado, ¿cómo no ha de reconocerla entre el individuo y la sociedad toda?

El individuo es ciertamente el elemento fundamental y con finalidad propia, y los organismos sociales particulares, como la sociedad toda, medios para el cumplimiento del destino de aquél, y por eso es una abstracción esa supuesta antinomia entre el interés social y el individual; pero de que todos esos

círculos y organismos tengan tal carácter, no se sigue que carezcan de existencia real, de personalidad propia, y, por lo mismo, tienen energías, medios y deberes adecuados á su fin. ¿Qué significa la historia de un pueblo? ¿habrá álguien capaz de distribuirla en pedazos entre sus hijos? ¿cómo es que hay crisis en que las sociedades perecen, miéntras algunos individuos se salvan? ¿quién será capaz de determinar el número de opiniones particulares que constituyen la opinion pública, ó el número de actos individuales que constituyen la costumbre de que con la profundidad de siempre nos hablaba el Sr. Pisa? Nada de esto podría producirse sin el individuo; pero desde el momento que éste entra á formar parte de un organismo, sea natural, sea creacion del hombre, aparece un todo distinto, con fin propio y medios correspondientes.

No sólo sostengo la procedencia de los términos empleados en el tema, sino que me atrevo á decir que lo primero y más importante que hay que hacer para resolver el *problema social* es llevar al ánimo de todos el convencimiento acerca de la distincion real y fundamental entre el individuo, la sociedad y el Estado. No es menester insistir en la que existe entre el primero y el último, porque ella viene informando la civilizacion moderna por espacio de un siglo; pero no sucede lo mismo cuando se trata de distinguir entre el individuo y la sociedad, y entre ésta y el Estado; porque si respecto de lo primero hay quienes se niegan á admitirla, como hace el Sr. Rodriguez, cuando se trata de lo segundo no falta quien, por confun-

dir aquellos dos términos, allí donde ve un deber social pretende convertirlo en deber jurídico. De donde resulta que los unos, por más que protesten de su deseo de dejar á salvo el principio de la personalidad y de no renunciar á lo conquistado en este punto por la revolucion, lo que hacen realmente es volver á la constitucion de un Estado absorbente é invasor, análoga á la del antiguo régimen, aunque hubiese de inspirarse, naturalmente, en otros ideales; y los otros, por su empeño de no ver más que el individuo, favorecen aquella tendencia, no obstante serles tan repulsiva, porque desde el momento en que se hace notar un mal á que el individuo no puede poner remedio, como ellos no reconocen verdaderos deberes en la sociedad, sus adversarios, que confunden ésta con el Estado, aprovechan en favor de su concepto de éste la ineficacia de las soluciones de los otros. Así, viniendo á la práctica, para concluir con este punto, si se confunde la sociedad con el Estado; desde el momento en que se afirman verdades tan evidentes como que un pueblo debe ser rico, culto, religioso, etc., lógicamente se va á parar al Estado productor, á las Iglesias oficiales, etc.; y si se confunde el individuo con la sociedad, aquél sólo se cree obligado á lo que puede hacer por sí sólo, mientras que, en otro caso, al lado de los deberes individuales reconoce otros sociales que le precisan á obrar en concurrencia con los demas y como miembro de la sociedad, y á promover y conservar la formacion de organismos particulares que faciliten la rea-

lizacion de lo que se apetece; es decir, hace cuanto está en su poder: como individuo, en su esfera propia; como miembro del todo, en la propia de éste.

Legitimada la distincion dicha, veamos lo que toca hacer al *individuo* en la resolucion del *problema social*.

IX.

Lo primero y más urgente en este punto es que se rectifique el sentido errado dominante respecto de las relaciones entre la moralidad y la vida económica. De tal modo se admite como cosa indudable que es ésta la esfera propia del interes individual, que resulta entre los que trabajan en ella y los que se dedican á otras profesiones una diferencia singular y chocante. El sacerdote, el político, el militar, el científico, el artista, todos se creen obligados á pensar, ántes que nada, en la religion, en la patria, en la ciencia ó en el arte, y sólo despues de servir á estos fines objetivos, sólo subordinadamente á ellos, les es lícito pensar en sí mismos; de tal suerte, que la sociedad condena á los que, haciendo lo contrario, *comercian* con la religion, convierten en *industria* la política ó cultivan la ciencia ó el arte *pane lucrando*. ¿Sucede lo mismo con los que se consagran á la produccion de la riqueza, con los agricultores, industriales y comerciantes? No, en verdad; para ellos no hay fin objetivo; el único que persiguen es el hacerse ricos; aquí desaparece la distincion entre el bien social y el

particular; aquí no debe pensarse primero en aquél y despues en éste, sino al contrario; y la sociedad, que condena al sacerdote ó al sabio que sacrifican la religion ó la ciencia á su provecho, cuando se trata de los productores de riqueza, no le ocurre que deban pensar más que en aquél. Ahora bien: ¿cómo es posible que la unidad del deber se rompa, constituyéndose dos castas de hombres, la de los que tienen que tomar en cuenta el fin racional, universal y humano, y la de los que sólo deben atender al suyo particular? ¿Es extraño que se miren con cierto desden las profesiones económicas, y se las considere ménos dignas de estima que las otras, si se da por supuesto que en ellas ocupa el egoismo el lugar que en las demas ocupa el desinterés? ¿Es extraño que se olvide que «la propiedad impone deberes á la par que da derechos?» No hay motivo para semejante separacion; en la vida económica hay ideal, hay fin comun, humano y objetivo, como en todas las demas esferas de la actividad, el cual no es otro que la produccion de la riqueza misma como medio para la satisfaccion de las necesidades de todos; no es otro que el procurar el bienestar social. Por esto sostengo resueltamente, que así como falta á su deber el genio que emplea en escribir una zarzuela bufa el tiempo que debiera dedicar á hacer un hermoso drama, todo porque le es más provechoso, de igual modo falta al suyo el agricultor, industrial ó comerciante que entre dos caminos, uno de los cuales conduce á un aumento de la riqueza y bienestar social, y el otro á la suya par-

ticular, escoge el segundo y abandona el primero. ¿Es posible que los unos estén obligados á sacrificar su bienestar, y hasta la vida misma, á la verdad, á la humanidad, á la patria, á Dios, y que á los otros no alcance este deber?

Las consecuencias que de aquí nacen, y que podemos observar en la práctica, no pueden ser más lamentables. En primer lugar, el interes es el único inspirador de la conducta en las relaciones económicas; el productor piensa sólo en vender caro, y el consumidor en comprar barato; el propietario territorial en que crezca la renta, y el colono en que disminuya; el capitalista en que bajen los salarios, aunque los obreros se mueran de hambre; el obrero en que suban, aunque los capitalistas se arruinen; unos y otros ceden cuando les conviene, no cuando deben. En segundo, la ausencia de toda moralidad en este género de relaciones es á veces pasmosa, porque, por ejemplo, en punto á tratos, el engaño y el fraude pasan como la cosa más natural del mundo, en términos de que un mercado se divide en dos grupos de personas, las que tratan de engañar y las engañadas. Si en una feria os acercáseis á uno que tuviera un caballo á la venta, y le dijérais que estaba obligado, en conciencia, á decir al comprador la edad verdadera de aquél y todos sus defectos, se os reiría en las barbas, ya fuese un *cristiano* campesino ó un *caballero* de la ciudad, y continuaría procurando hacer creer á las gentes que era jóven, sano y completo el animal re-
viejo y lleno de alifafes y resabios. ¿Por qué ha de

ser lícita la *mentira* en este género de relaciones, cuando, si de otras se tratara, los mismos que en aquéllas la emplean serían incapaces de valerse de ella?

Pero la consecuencia] acaso más funesta es la idea equivocada que se forma del trabajo. Si el único fin de éste es hacerse rico, es claro que el que ya lo es, está dispensado de prestarlo; y de ahí, naturalmente, la existencia de una clase rica y ociosa, de aquellos ricos holgazanes cuya conducta anatematizaban con igual severidad el Sr. Sanchez y el Sr. Borrell, y que, como dice el economista Cairnes, deben tomar «el puesto que les corresponde, el de zánganos de colmena, al asistir á un festin al cual con nada han contribuido.» Hace algunos años, el Sr. Reynals, perdido desgraciadamente para la ciencia y para su patria, decía en un notable folleto sobre la propiedad individual y colectiva: «Hoy hay rentistas, muchos rentistas, y el pequeño industrial, propietario ó comerciante, y quizá también el grande, han realizado su propiedad, su industria y su casa de comercio para tomar tan *descansado* oficio... hoy hay sociedades anónimas y accionistas, y de algunos años acá, tenedores de obligaciones, accionistas *más descansados* todavía, accionistas que no han de ocuparse en el negocio del que son coparticipes, y que sólo han de cobrar cuando se les llama.» Es decir, que el trabajo no se mira como un deber que alcanza á todo hombre, sino como una carga de la que se libra el que puede, de donde resultan dos graves males; el uno, que la sociedad se ve privada de los frutos que tiene derecho

a esperar de los que permanecen en la inaccion; el otro, que es punto ménos que imposible evitar que las clases trabajadoras formen un torcido concepto de su condicion y de sus deberes.

Por todas estas razones precisamente, el *problema social* parece una lucha entre dos pasiones, entre el egoismo de las clases conservadoras, ó ricas, para hablar con más exactitud, y la concupiscencia del proletariado, y justo es reconocer que en las censuras que recíprocamente se dirigen hay mucho de exacto. M. Le Play, que no puede ser sospechoso, llega á decir que «la era de regeneracion que se quiso inaugurar en 1789, no se abrirá definitivamente mientras *no se restaure el espíritu del deber en las clases directoras*» y que las naciones que tienen lo que él llama vicio vergonzoso de la actual constitucion, ésto es «la existencia de una clase inmensa privada de toda propiedad y viviendo en cierto modo en un estado de desnudez hereditaria», lo remediarán, «no por el medio »impotente de la explotacion de los ricos, sino *por la »reforma moral de todas las clases.*» En efecto, es preciso que los ricos no olviden sus deberes sociales y que sigan, cada cual en su esfera, el ejemplo del ilustre Peabody, que hace años entregaba millones de duros para los pobres de Inglaterra y de los Estados-Unidos, como le sigue en estos momentos M. Porter, donando á la Universidad de Yale quince millones de reales; el doctor Guinard, premiando con 40.000 cada cinco años al que hace un descubrimiento que conduzca á la mejora material ó moral de la clase

obrero, y la duquesa de Galliera donando á la ciudad de Génova una vasta propiedad, en la que va á construir además á sus expensas un hospital cuyo coste se calcula en ochenta millones de reales. Es preciso desarrollar esa grande institucion que se llama el *patronato*, es decir, la proteccion del débil por el fuerte, reconociendo la profundidad y la exactitud con que lord Palmerston anunciaba la regeneracion moral de la sociedad, sólo con que cada uno de sus miembros no pobre se encargase de proteger á otro que lo fuese. Es preciso que los propietarios territoriales y los capitalistas productores no atiendan en sus relaciones con los cultivadores y trabajadores á su propio interes, sino conjuntamente al de éstos, sin esperar á que una huelga les imponga lo que voluntariamente debieron hacer por instigacion de su conciencia. Es preciso que todos se convenzan de que son obreros que concurren á una obra social que es de interes comun y general, y por tanto, que el cumplimiento del fin mismo es lo primero, esto es, que ántes deben pensar en *la* riqueza que en *su* riqueza; y, por tanto, que léjos de resistir las reformas y transformaciones que el progreso de los tiempos vaya exigiendo en el organismo económico, es deber de ellos meditar en ellas y adoptarlas.

Al propio tiempo, los obreros pueden y deben hacer no poco en este respecto; primero, redimiéndose del vicio, uno de los aspectos del problema social, mediante la regeneracion moral y la práctica de la virtud, que no es privilegio de ninguna clase deter-

minada; segundo, tomando como educacion y distraccion, despues del trabajo material, el espiritual, que produce como frutos la educacion y la instruccion; y tercero, utilizando, mediante el ahorro y la economia, las ventajas que el desarrollo creciente de las instituciones de crédito y de prevision les proporciona para mejorar su situacion. Líbreme Dios de cometer la injusticia de atribuir la triste situacion del proletariado en primer término á sus vicios; pero conviene no ménos huir de la tendencia á convertir en circunstancias eximentes las que sólo son atenuantes al estimar la responsabilidad por aquéllos, porque eso quita fuerzas para luchar con la contrariedad y facilita las transacciones con la conciencia. Pretender que los obreros pueden, ahorrando, economizando y siendo morigerados, cambiar su situacion y poco ménos que resolver el *problema social*, es manifiestamente absurdo; desconocer que pueden hacer mucho, es olvidar ó ignorar que hay un pais de Europa en que gastan al año trescientos millones de reales en tabaco y seis mil en bebidas inútiles ó malsanas.

Mas no son los individuos consagrados á la produccion los únicos que pueden y deben procurar el reinado del desinteres, de la más pura moralidad en esta esfera; es necesario que ellos y todos nos valgamos para conseguirlo del ejemplo más que del precepto; porque, si me perdonais lo vulgar del adagio, á todos, liberales y conservadores, individualistas y socialistas, católicos y no católicos, se nos puede aplicar más ó ménos aquello de: «una cosa es predicar

y otra dar trigo.» Así, pues, propaguémos, como ha dicho un escritor, el sentimiento del honor practicando el deber, el espíritu de independencia, practicando la templanza y el trabajo, la armonía social, practicando el amor del prójimo y la tolerancia; esta es la propaganda más eficaz y más segura en sus efectos.

X.

Pero el individuo no vive aislado, si no que es miembro de la *sociedad*, y dentro de ella lo es, ya de unidades en cierto modo inorgánicas, como las llamadas clases, ya de asociaciones, constituidas para la realización de uno de los fines de la vida, que entrelazándose constituyen los organismos particulares de que se compone el total organismo social. De aquí que, al examinar la medida en que toca á la *sociedad* la resolución del problema que nos ocupa, consideraremos: primero, el influjo que puede y debe ejercer aquélla tomada en su generalidad; segundo, lo que pueden y deben hacer á este fin las clases sociales; tercero, lo que toca llevar á cabo á los distintos organismos, y cuarto, lo que incumbe particularmente al orden económico.

Como no hay posibilidad de destruir la sociedad, la influencia de ésta como un todo se hace sentir siempre, en bien ó en mal, áun en las épocas más dominadas por un individualismo atomístico. Ahí están para demostrarlo el poder sancionador de la opinión pública y la fuerza incontrastable de la costumbre.

Ahora bien; ¿obran hoy, por lo general, estas dos energías en el sentido que es de desear, dados los términos del problema social? La primera, desgraciadamente, hace con frecuencia lo contrario, lo cual es tanto más de lamentar, cuanto que en ninguna época ha sido tan necesario como en la presente su benéfico influjo. Como consecuencia de una doctrina individualista incompleta y parcial, se ha formado un concepto abstracto de la libertad, se ha considerado ésta como fin y no como medio, y se ha concluido por confundirla con la pura arbitrariedad. De tal suerte predomina este sentido, que la noche en que discutieron los Sres. Sanchez y Borrell acerca de un incidente, cuyo fondo no hace al caso recordar, yo me asombraba al ver cómo incurrian ambos en este error, propio de un exagerado individualismo, pues uno y otro estaban conformes en que de la propiedad particular podía hacer su dueño lo que quisiera, lo que bien le pareciera y fuera más de su gusto. ¿Qué extraño es entonces, que cada cual se crea autorizado á disponer de lo suyo como mejor le cuadre, y que reclame, no sólo el respeto á su libre accion de parte del Estado, en lo cual tiene razon, sino, además, un respeto igual de parte de la sociedad, como si ésta no tuviera derecho á censurar y juzgar el uso que el individuo hace del suyo y de su libertad? Esta no implica semejante arbitrariedad; el hombre la tiene y la ley la ampara, para que pueda obrar por sí, siendo dueño de su destino y responsable de sus obras; pero con la obligacion de hacer de ella un uso racional dirigiéndose á

la consecucion del bien; y cuando la sancion de la propia conciencia no basta para hacerle cumplir este deber, la sancion de la sociedad está en el caso de imponérselo. Por lo mismo que el Estado ha perdido aquellas atribuciones mediante las que era supremo rector de la vida individual y social; por lo mismo que su iniciativa y direccion han sido en gran parte sustituidas por la del individuo y la de la sociedad, es más necesario que esta ilustre censure y corrija la conducta de aquél. Parece á primera vista de escasa importancia este punto, porque los efectos que produce la sancion impuesta por la opinion pública no son inmediatos, rápidos y visibles desde luego, como los que alcanza una ley; y, sin embargo, atiéndase á los que determina la actitud de una sociedad que, en presencia de ricos que no trabajan, de patronos y propietarios territoriales que piensan sólo en su negocio, sin consideracion á colonos ni á obreros, de obreros que se declaran en huelga para conseguir el alza de los salarios, ya sea posible, ya no lo sea, de gente, en fin, que no se mueve sino á impulsos de su egoismo así al adquirir la riqueza como al consumirla, que en presencia, digo, de todo esto se encoge de hombros, y dice: estás en tu derecho; y los que se determinarían si esa misma sociedad dejara caer el peso de la pública execracion sobre todos cuantos abusaran de su libertad, y animara y ensalzara á los que, por el contrario, usaran de su derecho como Dios y la razon mandan y puestos los ojos en lo que exigen la moral y el comun interés social.

Pero desgraciadamente no sólo hay de parte de la sociedad esta abstencion, motivada en ese torcido modo de entender el respeto á la libertad individual, sino que con frecuencia sale de ella para aprobar las torpezas é iniquidades de quien, dejando la conciencia á la espalda y no reparando en los medios, por reprobados que sean, consigue amasar una fortuna que le abre todas las puertas, áun las de los alcázares más elevados, y con la que llega hasta adquirir nobleza... la que se compra, no la que se merece. Y entónces claro es que las consecuencias son todavía más funestas, porque cuando los pocos escrupulosos saben que el éxito en este órden, es decir, la riqueza, todo lo borra y todo lo allana, se avienen á pasar por la vergüenza de ser señalados con el dedo miéntras son unos pobretes, seguros de que segun vayan creciendo, irán bajándose los dedos con que los apuntaban, y levantándose las manos que pidan estrecharlas entre las suyas. Y en presencia de cosas tales, ya podeis calcular la disposicion de ánimo con que el proletariado oirá las explicaciones segun las que el capital es trabajo acumulado y la propiedad una cosa sacratísima, ó los consejos de que se moralice, se instruya y ahorre, etc., etc.

Y no necesito deciros nada de la costumbre; puesto que siendo ésta expresion del modo de sentir y pensar de la sociedad, claro es que tiene una relacion íntima con el influjo de la opinion pública de que acabo de hablaros. Cuando ésta se fija y dicta, por decirlo así, repetidos fallos sobre una misma cosa,

llega á imponerse, y aquellos se convierten en reglas de conducta para los individuos, y por tanto, en reglas de la vida social. De aquí que esa tendencia á la abstencion en el juicio, que lamentábamos ántes, influye naturalmente en la escasa fuerza de la costumbre cuyo poder hemos tenido ocasion de examinar, por ejemplo, al hablar de la condicion de los cultivadores de la tierra en algunas comarcas de Italia y de España; y cuando la opinion pública se muestra, pero es para sancionar lo que debia merecer su condenacion, dicho se está que si el extravio se hace duradero, la costumbre llegará á formarse, pero será la que desmoraliza y corrompe, tanto más cuanto que el individuo se guarece y cubre con el error de la sociedad, que en vez de ser fiscal y acusador del vicio, se convierte de este modo en su defensor y patrono.

XI.

Hallamos luégo que los hombres forman esas colectividades á que denominamos *clases sociales*. Es verdad que su existencia ha sido negada ó puesta en duda por algunos de los oradores que han tomado parte en este debate, los cuales preguntaban: ¿dónde está el *cuarto estado*? Pero ellos se contestaban á sí mismos, puesto que á seguida nos hablaban de la clase *media*, denominacion que acusa la existencia de otra por bajo de esa que es sucesora de la que en pasados tiempos se llamó *tercer estado*. Claro es que, por fortuna, ya no existen entre ellas aquellos límites

señalados que eran consecuencia de la distinta condicion *jurídica* de cada una, pero subsisten los que determina la diferente condicion *social*, consistiendo el problema que estudiamos precisamente en discernir lo que en ella es debido á la naturaleza misma del hombre y lo que á defectos ó imperfecciones en el organismo de la sociedad; y como uno de los caracteres más alarmantes de aquél es, segun hemos visto, la señalada separacion entre las clases, de aquí que importa hacer notar cómo estas pueden contribuir á que desaparezca. Que hay entre ellas prevenciones, antipatías, desconfianzas, alejamiento, es cosa que nadie puede negar, así como todos han de reconocer que sólo acercándose, conociéndose y ayudándose pueden sustituir á aquellos sentimientos otros más eficaces para producir la armonía social. Los que pertenecen á la clase elevada ó á la média se sienten siempre inclinados á creer que el proletario los mira como enemigos y está siempre dispuesto á decir lo que un obrero frances, quien, como le preguntaran por qué no votaba para concejal á un duque que vivía en la localidad y era una excelente persona, contestó: «el señor duque es una perla, *mais nous ne voulons pas des bourgeois entre nous;*» pero esto es una lamentable equivocacion, cuyas consecuencias son más funestas de lo que se cree. No hace mucho tiempo se presentaba en un *meeting* de obreros, de los *trades-unions*, en Inglaterra, un individuo que fué recibido con aplausos que se repitieron mientras habló y cuando hubo terminado. ¿Pensais que era algun trabaja-

dor ó algun socialista encopetado? Era un fabricante, Mr. Brassey, que posee un capital de algunos millones de duros, pero que comparte el tiempo y la actividad entre sus negocios y las cuestiones que interesan á la clase obrera. Hace pocos dias tenía lugar en Berlin un *meeting*, cuyos asistentes, salvo ligerísimas excepciones, eran mujeres, y que presidía una de ellas; los oradores, sin distincion de sexos, comenzaban por achacar á la religion la culpa de los males sociales, y por proclamar resueltamente el ateísmo. El tono de los discursos era tal, que á cualquiera ocurriría, al leerlos, decirse: ¡qué sería de un *cura* que se presentase en esta reunion! Y sin embargo, se presentó uno, revestido, es verdad, de un carácter que impone respeto á todo el mundo, pues era un pastor de las misiones de África, que fué escuchado en silencio; y si no convirtió al auditorio, mereció que el orador que le siguió en el uso de la palabra reconociera su sinceridad y la honradez de su intencion. Yo podía citaros, en nuestro país, el ejemplo de un digno profesor que, aunque no figura en las filas de la democracia, se ha captado las simpatías de los obreros de la ciudad en que vive, por el interes que en favor de ellos ha demostrado estudiando estos problemas y trabajando por conseguir en algo su solucion práctica; aludo al Sr. Perez Pujol, profesor de la Universidad de Valencia. Y podría citaros otro ejemplo, si no temiera herir la modestia de alguién que está presente... pero, ¿por qué no decirlo? En el año 1870, como todos sabeis, se celebraron en San Isidro unos *meetings*

de obreros, cuyas ideas no eran un misterio para nadie, y á los que fueron invitadas várias personas muy conocidas por su competencia en las ciencias sociales, acudiendo, por cierto, sólo dos de ellas, el Sr. D. Félix Bona y el Sr. D. Gabriel Rodriguez. Excuso decirlos el antagonismo radical que había entre las ideas de éste último y las de los concurrentes á aquellas reuniones, que, sin embargo, escucharon con atencion y tolerancia todo cuanto aquél dijo. Vino el año 1871, y el día 2 de Mayo, en que fueron algunos de aquellos obreros objeto de un ataque, que por honor de la patria vale más no recordar, el Sr. Rodriguez evitó la agresion y reclamó enérgicamente para ellos la proteccion que se les debía. Más tarde, en 1872, discutióse en el Parlamento la legalidad de la *Asociacion internacional*, y con igual energía la defendió el orador economista. Ahora bien; yo apelo á la sinceridad del Sr. Borrell para que diga si aquellos obreros no han sentido y sienten una profunda simpatía por el Sr. Rodriguez, por el acérrimo contradictor de sus ideas en San Isidro, pero decidido campeón de su derecho en la calle de Alcalá y en el Congreso. ¡Ah; señores! para ganarse la buena voluntad de los hombres, vale mucho defender la justicia que les asiste y darles pruebas de amor y de interes.

Una de las causas de que se desconozca la trascendencia que tienen el trato y comunicacion entre las clases, procede del error de no ver en el *problema social* más que su aspecto económico, porque de ahí se concluye que, como no sea para darle un pedazo

de pan, apénas si para otra cosa hay que acercarse al proletario. ¡Qué equivocacion! ¿No son, ni valen nada, el consejo, la instruccion, el consuelo, el interes, la simpatía, el amor? ¡Cuántas veces el mendigo mismo agradece más que se le niegue una limosna con cortesía, que no que se le dé volviéndole la espalda! Los abismos que separan á las clases sociales nunca los cegarà la riqueza por sí sola; sólo será capaz de hacer esto el sentimiento de humanidad, cuando llegue á desenvolverse en todo su rico contenido y á penetrar profundamente en la realidad y en la vida.

XII.

Y hé aquí por qué éste es el momento de deciros algo sobre el modo cómo los distintos organismos contenidos en la sociedad pueden y deben contribuir á la solucion del problema social. Os dije, al comenzar, que era aquél tan complejo como la vida, y que por esto tenía un aspecto religioso, otro moral, otro científico, otro artístico, además del económico y del jurídico, por nadie puestos en duda, y en los que luego me ocuparé.

Que algo toca hacer á la *religion*, lo muestran vuestros discursos, hasta los de aquellos que negaban la competencia de ésta para el caso, y lo muestran sobre todo los hechos, pues es harto manifiesto que si en las clases acomodadas cunde la indiferencia, del proletariado son dueños el fanatismo, dominante en los campos, y el ateísmo, que va invadiendo las ciu-

dades. Y como la religion es, ántes que otra cosa, la inspiracion en lo absoluto, el reconocimiento de fines universales á que deben subordinarse todos los particulares, y funda por consiguiente la abnegacion como móvil de nuestra conducta, y pone el bien en sí, y no nuestro bien, como ideal á cuya realizacion debemos aspirar, es evidente que puede ejercer un influjo inmenso en la remocion de las causas á que hemos referido en gran parte el problema social. Cuando me ocupe de la escuela conservadora; de la religiosa y de la socialista radical, verémos si la religion es algo más que un freno necesario hoy para sujetar al proletariado, si la Iglesia es ó no capaz de resolver por sí sola el problema todo, y si es verdad que lo que importa es renunciar á toda creencia religiosa.

Que la sociedad en general y las instituciones particulares referentes al orden *moral* tienen que hacer no poco en este respecto, lo demuestran las acusaciones que recíprocamente se dirigen las distintas clases sociales, tildadas unas de egoísmo, otras de concupiscencia; lo demuestran los vicios y pasiones que mantienen separadas á aquéllas, y sobre todo la necesidad de que penetre en la vida económica una moralidad más elevada y pura que la que aconseja al comerciante que sea honrado porque sólo así podrá tener crédito. Si, segun hemos visto, los obreros consumen millones y millones en bebidas inútiles ó perjudiciales, ¿no podrán contribuir á remediar este mal las *sociedades de templanza* establecidas en algunos países? Si el salario es con frecuencia insuficiente para las ne-

cesidades de la vida, de tal suerte que el obrero no puede afrontar la primera contrariedad que la suerte le depara, como una enfermedad, la falta de trabajo, etcétera, ¿no deberá la sociedad crear y mantener todas esas instituciones benéficas que cuidan de los huérfanos, de los ancianos y de los enfermos? Si, por ejemplo, es, por muchas razones, de grandísima conveniencia que los trabajadores tengan hogar, ¿puede desconocerse el servicio que prestan las sociedades que construyen casas para cederlas á aquéllos en condiciones tales que es facilísima su adquisicion como la de Mulhouse, de que nos habló el Sr. Fliender, las várias que existen en Inglaterra, y la que con el nombre de *Constructora benéfica* se ha constituido recientemente en Madrid?

Por lo que hace al aspecto *científico*, de lo que se trata es de atacar el mal en esta relacion, es decir, la ignorancia, y es harto manifiesta y no ménos evidente la necesidad de remediarlo; cuestion que puede mirarse principalmente bajo dos puntos de vista: la instruccion primaria y la profesional. En cuanto á la primera, cabe discutir si debe ser gratuita ó retribuida, voluntaria ú obligatoria, problemas puramente jurídicos de que más adelante habré de decir algo; pero no es posible el disentimiento acerca de la urgencia de que se extienda y alcance á todas las clases sociales. Y en cuanto á la segunda, cada dia va reconociéndose más y más la conveniencia de facilitarla, como lo prueban la creacion en todas partes de *escuelas de artes y oficios*, que responden á lo que hay de funda-

do en la pretension envuelta en la fórmula de la *instruccion integral* pedida por el radicalismo socialista. En Madrid mismo, la Asociacion de las Escuelas Católicas, nacida, como tantas otras, al calor de la libertad religiosa proclamada por la revolucion de Setiembre, ha tenido el buen acuerdo de crear talleres en los que reciben enseñanza de este género los que ántes han asistido á las escuelas, hasta que se capacitan para ejercer un oficio.

Por último, es preciso abrir al proletariado el camino á un órden de la actividad á que es ajeno casi por completo; me refiero al *arte*, á la belleza. La falta de educacion y de cultura no le permite siquiera gozar de la que se muestra en el inmenso teatro de la Naturaleza, ni de la que el hombre puede hallar en el interior de su sér ó contemplar en medio de los accidentes dramáticos de la vida social. En este punto los griegos aventajaban en gran manera á los pueblos modernos, poco atentos á procurar la difusion de la educacion artística, que, aparte de otros efectos directos, produce el inapreciable de suavizar las costumbres y abrir nuevos horizontes, nuevas esferas á la actividad ántes ociosa ó mal ocupada. Sólo pueden citarse hoy las *sociedades corales* y algunas otras de artesanos consagradas á la música, al arte dramático, etcétera.

Y basta con lo dicho, por lo que hace á estos aspectos del *problema social*, pues sería materia larga el desenvolver lo que sobre cada uno de ellos podría decirse. Pero ántes de concluir este punto, permitid-

me que insista en hacer notar por qué refiero el cumplimiento de todos estos deberes á la sociedad y no á los individuos. Claro es que aquélla no tiene otros órganos que éstos, y por lo tanto, los deberes que tiene la primera arguyen deberes en los últimos; pero hay una diferencia esencial entre decir á uno que tiene determinada obligacion como individuo, ó que la tiene como miembro de la sociedad. En un caso obra por sí, aisladamente y bajo su exclusiva responsabilidad, como cuando se trata de la que tiene el hijo de alimentar y cuidar al padre, ó vice-versa, de la que tiene el patrono de conducirse de cierto modo con el obrero, etc.; mientras que en el otro ha de obrar de concierto con los demas para constituir organismos que, relacionándose sucesivamente, lleguen á hacer posible que se sienta con energía la accion social. Así, por ejemplo, un individuo se considera obligado en conciencia á procurar la difusion de la instruccion; se encuentra con que carece de medios bastantes para el caso, porque no tiene capacidad para hacerlo por sí mismo, ó porque sus recursos no alcanzan á retribuir un maestro, y sin embargo, asociado con otros, su esfuerzo tendrá eficacia, y cuanto más se extienda el círculo de la asociacion, los resultados serán más satisfactorios. Por esto, precisamente, sucede á veces que en momentos de crisis la sociedad se pierde y el individuo se salva; bástale á éste haber querido cumplir con su deber como miembro de aquélla. Además, en la misma proporcion que el mal es más grave y más general, disminuye el alcance de la accion indi-

vidual y se hace precisa la accion social. Donde sólo unos cuantos carecen de instruccion, podeis dejar á otros cuantos el procurársela; pero donde la ignorancia se extiende sobre clases enteras, entónces es menester recordar á la sociedad misma el deber de hacerla desaparecer. Si los distintos organismos que atienden al cumplimiento de estos varios fines de la actividad tuvieran la constitucion robusta del Estado y de la Iglesia, su unidad y su energía, no habría quien dejase de ver claramente la diferencia que hay entre el individuo y la sociedad. Entre tanto, partamos siémpre de la distincion, para que por lo ménos sepan todos que, cuando se trata de cumplir un deber social, no basta obrar, como sucede con los deberes individuales, sino que es preciso hacer obrar á los demas, entendiéndose y concertándose con ellos, en una palabra, organizándose.

XIII.

Veamos ahora con más detencion lo que toca hacer á la sociedad en lo referente al órden *económico*.

Si recordais lo que al principio os decía acerca de las que eran, en parte, causas del problema social en esta esfera, comprenderéis fácilmente que lo que en este respecto debe hacer ante todo aquélla es imponer por medio de la sancion pública las soluciones que pueden conducir á la reforma de la vida económica; primero, procurando que penetre por todas partes el sentimiento moral, á fin de que el interés per-

sonal se subordine al interes general y humano, y el egoísmo se someta á la conciencia y á la razon; y luégo, procurando que estos principios tengan una aplicacion á las relaciones entre capitalistas y obre-ros, entre propietarios territoriales y trabajadores. Y como, segun hemos visto, la participacion en los be- neficios es preferible al salario, y preferible á ambos la cooperacion, así como ésta y la pequeña propiedad cultivada por el mismo dueño lo son respecto de la aparcería, y más aún de la renta, claro es que es de desear que la sociedad, una vez convencida de lo que es el ideal en este punto, influya sobre sus miembros á fin de que, espontáneamente y por considerarlo, no sólo conveniente, sino debido, se presten de buena fe á coadyuvar á la lenta transformacion de estas relacio- nes, prefiriendo las más progresivas á las que son ménos, cuando sea posible, é inspirándose siempre en aquel sentimiento de solidaridad sin el cual son im- posibles la paz y la armonía social. Que el estado ac- tual es insostenible, lo prueban las *huelgas*; que el ca- mino para salir de él es el indicado, lo prueba el *mo- vimiento cooperativo*.

Las coaliciones de obreros y capitalistas, así como las huelgas de aquéllos y la abstencion de éstos, son inevitables miéntras las relaciones entre unos y otros sean una mera lucha de intereses; y por esto, como medios históricos y transitorios, no pueden ménos de aceptarse; pero por eso tambien la razon no puede dar su aprobacion á un recurso que arguye injusticia de una parte respecto de la otra: de los que vencen,

si los vencidos ceden, no ante la razon y sí por temor de mayores perjuicios; de los vencidos, si conceden por conveniencia lo que ántes debieron otorgar por deber y por equidad. ¿Cómo ha de estimarse bueno en absoluto un procedimiento cuya primera consecuencia es la paralización de la producción, esto es, una radicalmente contraria al cumplimiento del fin económico? Todos conocéis la pasmosa frecuencia con que en este mismo año se han repetido las huelgas en Inglaterra, con detrimento del interés de éstos las unas, del de aquéllos las otras, de la riqueza pública siempre. Pues si al fin todas han concluido, ya cediendo los patronos, ya cediendo los obreros, ya unos y otros, ¿puede caber á nadie duda de que lo que se ha hecho tarde, con daño de todos y despues de un estado de hostilidad prolongado por más ó ménos tiempo, puede hacerse desde luégo, sin perjuicio de nadie y en el seno de la paz y de la armonía? Por esto tienen una importancia innegable los *jurados mixtos*, que determinan hoy en las relaciones del capital con el trabajo análogo papel del que representa el *arbitraje* en las internacionales. Entre tanto, me parece tan equivocando el medir las *huelgas* con el mismo rasero y considerarlas todas buenas, como el ver en ellas una prueba de la indisciplina de los obreros; pues la experiencia demuestra á la vez que, si éstos en ocasiones piden cosas imposibles, injustas, como cuando pretenden excluir á los operarios extranjeros ó de otra raza, otras solicitan cosas hacederas y debidas, como la práctica ha probado que lo era la demanda de aumen-

to de salario hecha por los obreros agrícolas de Inglaterra, pues que de otro modo no habrían conseguido las *agricultural unions*, organizadas por Mr. Arch en 1873, el de 2, 3 y 4 chelines por semana, según los condados.

En cambio, el movimiento *cooperativo* que, según se ha dicho, tiene por padre al Socialismo y por madre á la Economía política, es una de las señales del tiempo; y por mi parte, lejos de hacer de él el poco aprecio que merecía á los Sres. Romero Giron y Borrel, le doy toda la importancia que le atribuía mi amigo el Sr. Pedregal. Hasta ahora, las sociedades cooperativas de *consumo* y las de *crédito* han alcanzado un desarrollo de que están muy distantes las de *produccion*. De las primeras había 1.378 en 1874 en la Gran Bretaña, donde las iniciaron los célebres *pionniers* de Rochdale, y sólo 1.026 de ellas contaban 411.252 miembros y tenían un capital de 390 millones de reales. De las segundas, que comenzaron en Alemania en 1851 bajo la iniciativa del ilustre Schulze-Delitzsch, había ya 961 en 1865; sólo 498 comprendían 170.000 miembros y prestaban al año mil millones de reales; hoy, según nos decía el Sr. Pedregal, son 3.000 las sociedades cooperativas de crédito en aquel país. En cuanto á las de *produccion*, aparte de algunos ensayos felices hechos en Inglaterra, Francia nos suministra dos ejemplos muy dignos de ser notados, porque se trata de dos sociedades de este género á que se negó en 1848 el auxilio ó subvencion que el Estado facilitó á otras, que, sin embargo, fra-

casaron. Me refiero á la de albañiles, fundada en aquel año, reorganizada en 1852, y cuyo capital, que era al terminarse el mismo tan sólo de 1.450 reales, ascendía en 1854 á 68.000, y en 1860 á 1.450.000, con 107 miembros; y el de los 14 pianistas, de París también, que comenzaron con 4.500 reales, vendieron el primer piano en 1.900 rs. á un panadero á cambio de pan, y que hoy hacen negocios por valor de 800.000. No necesito deciros que á mi juicio es de desear la propagacion de estas sociedades de *produccion*, puesto que ya recordais la importancia que he dado á la cooperacion como medios de resolver la discordia pendiente entre el capital y el trabajo. Se dice que ofrece más dificultades el establecimiento de éstas que el de las de consumo y las de crédito; pero, aunque eso sea hasta cierto punto exacto, hay la circunstancia de que el desarrollo de las últimas favorece grandemente la fundacion de las primeras, puesto que es evidente que las de consumo, haciendo más baratas las subsistencias, y las de crédito, facilitando capitales, colocan al obrero en condiciones de obviar algunos de esos obstáculos de que se habla.

A este fin pueden contribuir con no ménos eficacia todas las instituciones de prevision, como las Cajas de ahorro, por ejemplo, que van adquiriendo un desarrollo asombroso. En Francia han llegado á reunir más de cuatro mil millones de reales, y se han creado últimamente las llamadas *escolares*; en Inglaterra, además de las 458 particulares, se establecieron en 1858 las de *correos*, que son nada ménos que 5.668, con

un capital, entre unas y otras, de 7.296 millones de reales; y en Italia, según el distinguido economista Luzzati, que ha hecho en su país lo que Schulze-Delitzsch en Alemania, tienen estas instituciones invertidos en préstamos hipotecarios, fondos públicos, etc., más de 900 millones de reales. Todos éstos son frutos de la *asociación libre*, de este principio fecundo que ha de servir de base en el porvenir á la reorganización social sin mengua de la libertad, porque es incompatible con él la intrusión del Estado, característica del antiguo régimen. No puedo entrar en el exámen de todas las combinaciones á que ha dado lugar, pero permitidme que diga algunas palabras sobre dos de ellas: las *sociedades de seguros* y las *sociedades anónimas*.

Tienen las primeras algunas ventajas tan manifiestas, que en todo tiempo y por todo el mundo han sido reconocidas, y excusado es por lo mismo el recordarlas. Deseo tan sólo haceros notar las esperanzas que es lícito abrigar respecto de su eficacia, si atendemos al camino que llevan en su desarrollo. Es sabido que el *seguro* tiene: por fin, eludir las consecuencias de un daño; por base, el cálculo de probabilidades, y como medio casi siempre la asociación, unas veces visible, como sucede en el caso de una sociedad de *seguros mutuos*, otras real también, aunque no lo parezca, como cuando un particular ó compañía asegura los buques ó las mercancías que se conducen á bordo de ellos, pues es claro que implícitamente los navieros y comerciantes asegurados vienen á formar-

la. Pues si observamos lo que era el seguro en sus comienzos y lo que es hoy, veremos que el progreso se caracteriza por estas tres circunstancias: primera, el número creciente de golpes de azar cuyos efectos se garantizan, pues si ántes fueron sólo el incendio de los edificios y los riesgos del mar, hoy se aseguran los muebles, las cosechas, la vida, etc.; segunda, la utilización de sus beneficios por un número de personas que es cada día mayor, hasta tal punto que, respecto de ciertos peligros, es de uso corriente y constante; y tercera, el ensanche incesante de las asociaciones y sociedades aseguradoras, en términos de que aquéllas abarcan á veces toda una nación, y éstas, como algunas de Inglaterra, vienen á ser el centro de la tática que forman interesados de todo el mundo. Ahora bien; si lo que hacen estas tres circunstancias es prevenir cada día más los lamentables efectos del azar en la producción económica y en la riqueza, estableciendo relaciones de *solidaridad* en sustitución del anterior aislamiento; y si, según hemos visto, ese azar es una de las causas de la indebida distribución de la riqueza y uno de los obstáculos que estorban la mejora de la condición de los trabajadores, ¿no es racional esperar que la multiplicación de este género de instituciones pueda ayudar á la resolución del *problema social*? Y si, como también hemos notado, es debido éste en parte al atomismo dominante, ¿no es lícito confiar en que contribuyan á hacerlo cesar estas asociaciones y sociedades, puesto que su base fundamental es la solidaridad? Todavía más; ¿no hay mo-

tivo para meditar, por lo ménos, acerca de si será posible aplicar á la produccion del *bien* estos principios y combinaciones que hoy sólo se dirigen á evitar el *mal*?

Las *sociedades anónimas* merecen consideracion especial por otro motivo; porque, sobre ser características de nuestro tiempo y quizá por eso, han sido objeto de censura por parte de distinguidos escritores, representantes por cierto de opuestas tendencias. Los partidarios del antiguo régimen dicen: hé ahí lo que habeis creado en sustitucion de los antiguos organismos, la *sociedad anónima*, transitoria, pasajera, fruto del contrato, y buena sólo para la prosecucion de fines interesados; y de otro lado, los malavenidos con el individualismo reinante dicen: la *sociedad anónima* es asociacion de capitales, no de hombres. ¿Son justas estas censuras? ¿Pueden estas sociedades servir á la solucion del problema social, ó contribuyen, por el contrario, á agravarlo? En primer lugar, es evidente que no es ésta la forma única de asociacion, ni la que ha de ser base de la reorganizacion de la sociedad, pues otras, como las corporaciones y las fundaciones, son las que habrán de sustituir á las destruidas ó quebrantadas por la revolucion; y es igualmente exacto que á estas sociedades preside una mera solidaridad de intereses, pues los individuos que las constituyen son, por decirlo así, flotantes y desconocidos. Pero no por eso dejan de tener inmensas ventajas. En primer lugar, sólo mediante ellas cabe llevar á cabo aquellas empresas colosales que exceden las fuerzas de los in.

dividuos aún asociados en otra forma; en segundo, permiten el emprender obras que, por lo arriesgadas, sólo pueden acometerse merced á esta distribucion infinitesimal del riesgo y de la reponsabilidad; en tercero, así es posible que aquel que no es productor y posee un capital de cuyos frutos necesita para el fin de la vida á que se consagra, ó que lo es, pero no puede dar empleo á todo él en la industria á que está dedicado, lo coloque con provecho propio y de la sociedad; y por último, sería una abstraccion el separar por completo la riqueza de la persona, tomando al pié de la letra la frase de que estas sociedades son asociaciones de intereses, no de hombres, pues claro es que aquéllos son de alguién, y por consiguiente que se establece una indudable solidaridad, aunque no sea la única deseable. La del Canal del Istmo de Suez la ha establecido, no ya entre individuos, sino entre pueblos. Y si ahora las examinamos bajo el punto de vista del interes de la clase obrera, nos merecerán un juicio distinto segun que atendamos á lo que son ó á lo que pueden ser; porque, dada su organizacion, basada en una grande division del capital, es evidente que facilita la transformacion del trabajador en capitalista, en cuanto puede aquél interesarse y llevar allí sucesivamente sus pequeñas economías como las lleva á una Caja de ahorros; y además contribuye á la fusion de las clases, puesto que se encontrarán unidos y asociados para un mismo fin el rico, dueño de muchas acciones, y el pobre, que tiene pocas ó sólo una. Pero en la práctica no se alcanzan, hoy por hoy, es-

tos resultados, porque el hecho es que aquella division del capital es más aparente que real, en cuanto se acumulan en pocas manos numerosas participaciones, resultando que todas ellas están en poder de capitalistas y propietarios, á veces de unos pocos. Mas como este mal no es consecuencia necesaria del modo de ser de estas sociedades, claro es que puede muy bien desaparecer y producirse aquellos otros bienes.

Como veis, no es poco, en verdad, lo que toca hacer á la sociedad para la resolucion del problema que nos ocupa, ya la consideries en su totalidad, formando la opinion pública, creando costumbres é imponiendo su sancion para encaminar á todos por la senda del deber, poner un freno á los abusos de la libertad individual y mantener en alto el interes general y humano; ya atendais á las clases que en su seno se agitan, obligadas á poner de su parte todo lo que es menester para que al desvío, á la prevencion y áun al odio que las separan sustituyan el amor, la benevolencia y la simpatia; ya á las várias instituciones particulares, cuya mision en este respecto es procurar al proletariado el pan del alma, ilustrando su conciencia religiosa y haciendo llegar á su espíritu los frutos de la instruccion y de la cultura; ya, finalmente, al organismo económico, reemplazando, para decirlo en una palabra, el aislamiento y el egoismo reinante con la reorganizacion fundada en la asociacion libre y en la solidaridad entre los productores todos y con el reconocimiento de la finalidad moral en esta esfera de la actividad.

Quédame por examinar el aspecto *jurídico* del problema, ó lo que es lo mismo, *la medida en que toca su solución al Estado*.

XIV.

Comprendeis bien que no puedo entrar aquí en el exámen detenido del concepto del Estado; bástame recordar que de lo que há poco os decía sobre la distincion entre él, la sociedad y el individuo, se deduce que no es aquél otra cosa que la *sociedad jurídica*, esto es, la sociedad toda, y no tan sólo los poderes oficiales, pero únicamente en cuanto se dirige al cumplimiento ó realizacion del derecho. Tampoco me es posible dilucidar en este momento el concepto de éste, pues que me llevaría demasiado léjos, y he de contentarme asimismo con asentar que es para mí el conjunto ú organismo de medios de que el hombre necesita para poder cumplir su destino; por lo que importa tener presente que el derecho es *condicion*, no *causa*, de la vida, de donde se desprende el carácter de su intervencion en los problemas de la misma, todos los cuales tienen un aspecto *jurídico*, pero además otros varios que tocan é interesan á la sociedad y al individuo, no al Estado.

Para estudiar con algun órden lo que á éste corresponde hacer en la resolucion del *problema social*, debemos tener en cuenta que él es: primero, la institucion de derecho llamada á declararlo y hacerlo efectivo; segundo, una persona social que, como to-

das, tiene un régimen económico, y tercero un organismo que por razones históricas ejerce hoy una tutela respecto de aquellos otros que atienden á los distintos fines de la actividad y constituyen con el jurídico el total organismo social. De aquí la necesidad de examinar la cuestion bajo tres puntos de vista.

El primero comprende nada ménos que todas las reformas que deben hacerse en el derecho, así en el privado ó civil, esto es, en el de la personalidad, en el de propiedad, en el de familia, en el de sucesion y en el de obligaciones, como en el público, esto es, en el penal, en el procesal y en el político; y no incluyo el administrativo, porque, si atendeis á lo que constituye su principal contenido, veréis que toca más bien al tercero de los puntos de vista notados. Veamos, pues, siguiendo este mismo orden, las modificaciones que deben hacerse en cada una de estas esferas del derecho; y excusado es decir que, dado lo vasto del asunto, no puedo hacer más que sumarísimas indicaciones.

Bajo el punto de vista del problema que nos ocupa, el derecho de la *personalidad* envuelve cuatro que importa considerar: el mismo de la *personalidad*, tomado en sentido estricto, el de *actividad*, el de *libertad* y el de *igualdad*. La exaltacion de todos estos derechos es uno de los caracteres de la época moderna, y su consagracion el empeño que con más resolucion ha procurado llevar á cabo el siglo actual. Pero en el modo de concebirlos, se ha incurrido en el error que acusa la equivocada denomi-

nacion de *derechos individuales* con que son conocidos, porque, por referirlos al individuo y no á la persona, se ha desconocido el valor y la autonomía de las *personas sociales*, y de aquí que, miéntras respecto de aquél se proclaman absolutos, superiores y anteriores á toda ley, cuando de éstas se trata, de la ley depende toda su vida, desde el nacimiento, que se atribuye á la autorizacion administrativa, hasta su muerte, determinada á veces por la disolucion que acuerda el poder. La revolucion se propuso, y con acierto, libertar al hombre de las numerosas trabas que el Estado y otras instituciones sociales, por éste amparadas, ponían á su libre desenvolvimiento; pero ño vió que, al cerrar la puerta á la creacion de otros nuevos organismos, dejaba, como se ha dicho, un gigante, el Estado, enfrente de millones de enanos, los individuos. De aquí el poco favor en que tuvo la *asociacion*, cuyo desarrollo reclama en la legislacion civil reformas que hace ya cuarenta años echaba de ménos el ilustre Rossi, y de ahí ese individualismo que predomina en los Códigos civiles de los pueblos neo-latinos, y de que os hablaba ántes al recordaros que del de Napoleon se ha dicho que parecía escrito para un hombre, expósito al nacer, y celibatario al morir. No hace muchos dias que leía con asombro en el *Journal des Débats* que en Francia «están actualmente prohibidas las asociaciones de obreros por la ley que abolió las asociaciones de oficios ó gremios en 1791, aunque de hecho son toleradas.» Despues de lo que he expuesto acerca de la necesi-

dad de que la sociedad se reorganice sobre la base de la *asociacion libre* y de los frutos que ha dado ya este fecundo principio, no hé menester afirmar que para esto la condicion primera es que el Estado reconozca la *personalidad* de las instituciones que en su virtud se constituyan, con todas las consecuencias que de ella se derivan, y con el mismo sagrado respeto que se tributa á esos derechos cuando del individuo se trata.

Es uno de éstos el que garantiza el ejercicio de la *actividad*, libre hoy de las trabas de otros tiempos, salvo las que todavía ponen las industrias estancadas, los títulos profesionales, etc. Pero aquí importa recordar que el derecho es *condicion* y no *causa*, para proclamar que son cosas muy distintas el *derecho de trabajar* y el *derecho al trabajo*, y que por lo mismo el Estado, que está obligado á amparar al primero, no puede reconocer el último, porque si lo hiciera, vendría á constituirse en causante de la vida, cuando sólo debe condicionarla. El individuo está facultado para exigir que no le pongan en su camino obstáculos que impidan ó dificulten la libre expansion de sus facultades, pero el procurarse medio en qué desenvolverlas, así como la direccion de las mismas en su ejercicio, son cosas que á él tocan; pues si no, de una en otra, el destino de todos y cada uno caería en manos del Estado, con mengua de la libertad y de la responsabilidad del individuo. Y por iguales razones me parecen inaceptables medidas como la tasa del salario, de que os hablaré al ocuparme de la contratacion, y la limi-

tacion de las horas de trabajo; aun cuando respecto de la última deba hacerse una distincion entre varones adultos, mujeres y niños. Cuando los padres de éstos abusan de una manera visible y manifiesta del poder que la ley les confiere, explotando á sus hijos en vez de educarlos, es deber del Estado evitar que se desnaturalice y contraríe radicalmente el fin de la patria potestad; así como si lleva á tal extremo la necesidad, y no la codicia, es deber de la sociedad el procurar que aquélla no exista. De igual modo, cuando las mujeres trabajan en condiciones tales que se hace del todo imposible para ellas el cumplimiento de los deberes que su mision en la vida les impone ante todo en el seno del hogar, y cuya falta refluye en primer término sobre la educacion de los hijos, la ley puede tambien poner un límite á las horas de trabajo. Pero ninguna de estas razones puede alegarse respecto de los varones adultos, y por añadidura no se conseguiría lo que se apetece; pues, salvo que se establezca la tasa del salario, éste descendería á medida que el tiempo de trabajo se rebajara, y por tanto, lo que el obrero ganara en alivio de esfuerzo, lo perdería en la cuantía de la retribucion.

Respecto de la *libertad*, ¿será preciso renegar de esta conquista de la civilizacion moderna y retroceder desandando lo andado? Ciertamente que á su sombra han surgido, en vez de la igualdad soñada, muchas de las desigualdades chocantes que dan vida al *problema social*; pero no ha de ser, en verdad, por virtud del restablecimiento de los absurdos privilegios y mo-

nopolios de otros tiempos, ó de la reglamentacion legal, ni por la continuacion de sistemas aduaneros prohibitivos y proteccionistas y de Bancos exclusivos, cómo se ha de evitar ese mal; ántes, por el contrario, se agravaría y tendríamos,—en parte la tenemos—sobre la desigualdad, producto de la concurrencia, la que es fruto del privilegio. Además, por mucho que los proteccionistas utilicen el sofisma del *trabajo nacional*, en que caen á veces los obreros, y por mucho que los adversarios de la libertad de crédito pinten con vivos colores los peligros que ésta envuelve, nunca dejaría de ser verdad que con esos aranceles de aduanas y esos Bancos privilegiados lo que se hace, como dice Bastiat, es sacar el dinero del bolsillo de los pobres para meterlo en el de los ricos, lo cual, sobre no ser muy favorable en verdad para el proletario, tiene el gravísimo inconveniente de poner á éste en el caso de pensar que sería más justo, ó si se quiere, ménos injusto, el volver la oracion por pasiva. No hay que fenegar de la libertad, no; ántes, por el contrario, es preciso consagrarla por entero, haciendo desaparecer los obstáculos que todavía la estorban, así en la vida religiosa y en la científica como en la económica. Lo que importa en este punto, con relacion á nuestro problema, son dos cosas: primera, reconocer la completa *libertad de asociacion*, para que no encuentre traba alguna la formacion de las personas sociales, condicion indispensable de la reorganizacion de la sociedad; y segunda, la rectificacion del concepto abstracto de este principio, que conduce á considerar la libertad

como un fin y no como un medio, y á confundirla con la pura arbitrariedad, errores cuyas desastrosas consecuencias en la vida práctica hemos observado ántes. El Estado cumple con ampararla; los frutos que dé, dependerán del uso que de ella haga el individuo, así como del influjo que en bien ó en mal, ejerza sobre éste la sociedad.

Por último, si el problema social es, como aquí se ha dicho, el problema de la *igualdad*, ¿qué toca hacer al derecho para que ésta exista en la sociedad? Es ésta una de aquellas cuestiones siempre en pié y que al parecer no dan un paso, efecto, á mi juicio, de los términos en que se plantea. Si se comenzara por distinguir la igualdad esencial ó de naturaleza, la social, la jurídica y la política, se llegaría á un acuerdo que, en otro caso, es imposible. Los hombres son *esencialmente iguales*, en cuanto todos tienen la misma naturaleza, la naturaleza humana, y por esto todos tienen cuerpo y espíritu, inteligencia, sentimiento y voluntad, es decir, las mismas propiedades. Pero eso, que es lo mismo en todos, se da de distinto modo en cada uno, por virtud de una peculiar combinación de aquellos elementos, y así cada cual, teniendo idénticas facultades, tiene una existencia espiritual peculiar, así como, teniendo las mismas facciones que los demás, tiene una fisonomía propia; en una palabra, todos son iguales en cuanto *hombres*, y todos distintos en cuanto *individuos*. Ahora bien, esta última cualidad tiene que determinar siempre la diferente posición social de cada uno en el mundo, por-

que ella es causa de la vocacion que nos lleva por diferentes caminos y de los varios resultados que en uno mismo alcanzan los que le siguen: así, miéntras unos se consagran al arte ó á la ciencia, o tros se dedican á la industria ó al comercio; y miéntras unos avanzan por estas sendas, otros se quedan rezagados; y, por tanto, la *igualdad social* es imposible, como todo el mundo reconoce, pues nadie ha tenido la pretension de hacer que desaparezcan de la vida las diferencias entre robustos y débiles, torpes y dispuestos, sabios é ignorantes, buenos y malos, etc. Pero, para que cada cual pueda cumplir su destino, comun á todos en cuanto humano, propio de cada uno en cuanto individual, son necesarias determinadas condiciones, aquellas cuyo conjunto constituye el derecho, esto es, el respeto á la vida, á la actividad, á la libertad, á la propiedad, etcétera., igualmente precisas á todos, cualquiera que sea el fin que prosigan y cualquiera que sea el éxito que les acompañe; y de aquí que la *igualdad jurídica* es, no sólo posible, sino obligada, porque esas condiciones se deben al hombre como tal y no como individuo. Mas la declaracion y mantenimiento del derecho constituyen el fin del Estado, esto es, de la sociedad convertida á este fin, de la cual formamos todos parte y todos con los mismos derechos y deberes, y por eso todos influyen en la marcha de aquél y todos contribuyen á su sostenimiento, y de aquí la *igualdad política*, la cual no implica el que todos estén facultados para ejercer las que son, propiamente hablando, *funciones*, y no derechos, porque es claro que eso lo pueden

hacer sólo los que tengan capacidad para el caso.

La exactitud de estas indicaciones la comprueba la Historia. Mientras que las antiguas preocupaciones acerca de la diferencia de origen, naturaleza y destino de los hombres han desaparecido por completo desde que la religion y la filosofia de consuno proclamaron la *igualdad esencial* de todos, la *desigualdad social* ha subsistido en medio de incesantes cambios y mudanzas á través de los siglos, como no podía ménos de suceder, dada la base en que se funda. Por el contrario, la *igualdad jurídica* ha venido realizándose sucesivamente, y la gloria de haberla consagrado corresponde á la época moderna, que ha borrado casi por completo las diferencias que en este respecto había ántes entre libres y esclavos, nacionales y extranjeros, ortodoxos y heterodoxos, nobles y plebeyos, ecétera.; y lo propio sucede con la *igualdad política*, puesto que la obligacion de soportar las cargas del Estado y el derecho á intervenir, por lo ménos indirectamente, en la gestion de los negocios públicos, van extendiéndose y aplicándose á todos los miembros de la sociedad.

Ahora bien; que segun que exista ó no la igualdad jurídica, así serán menores ó mayores las desigualdades sociales, es cosa manifiesta. Cuando en el antiguo régimen se negaba á los esclavos el derecho á adquirir, ó se dejaba sin proteccion la propiedad de los extranjeros ó de los heterodoxos é infieles, ó se concedia á éste ó á aquél un privilegio ó un monopolio, claro es que por virtud de la intervencion del Es-

tado se hacía mejor la condición de los unos con daño de los otros, como acontece hoy mismo con los títulos profesionales, con los aranceles protectores y con los bancos privilegiados, puesto que vienen á conceder á unos medios de vida que se niegan á otros. Pero confundir estas dos especies de igualdad, hasta el punto de pretender que la social ha de ser, ni aún en la parte que es posible, producto directo de la jurídica, es, en mi juicio, un gravísimo error, porque el Estado no tiene medios para conocer la vocacion de cada cual, el mérito que contrae por su trabajo, la recompensa que se le debe, y sin esto quedaría siempre en pié la fuente perenne de desigualdad, así como con ello resultarían radicalmente negadas la actividad, la libertad, en una palabra, el principio mismo de la *personalidad*. Que existen desigualdades chocantes, que son la causa primera del problema que estudiamos, debidas en mucha parte á vicios de la organizacion social, y que el ideal á cuya realizacion de be caminarsé es á que subsistan las diferencias esenciales y necesarias y desaparezcan las facticias y artificiales, son cosas que ántes he reconocido; pero, segun hemos visto, una parte de esto, la mayor, corresponde al individuo y á la sociedad, y otra, la menor, al Estado, el cual puede hacer mucho en este respecto, no buscando directamente una igualdad imposible, sino de un modo indirecto, mediante las reformas convenientes en otras esferas del derecho, así como en su propio régimen de vida, para que por lo ménos «desaparezcan con el tiempo las grandes des-

igualdades, que por su enormidad pueden ser peligrosas,» como dice el Sr. Cárdenas.

En resumen; podemos decir, por lo que hace al *derecho de la personalidad*, que, léjos de exigir el problema social que se retroceda en el camino andado, deben llevarse á su cabal término las conquistas alcanzadas por la civilizacion moderna en este punto, mediante la plena consagracion de la libre actividad y del comercio social en todas las esferas de la vida.

XV.

Vengamos al *derecho de propiedad*, cuya relacion directa con el problema que nos ocupa es evidente y manifiesta. Como aquél es una derivacion del de la personalidad, en cuanto no hace sino garantizar el ejercicio de nuestra actividad cuando recae sobre la Naturaleza para el cumplimiento del fin económico, se reflejan en él naturalmente los caractéres que reviste el otro en la actualidad. Si casi todos los juriconsultos conciben el derecho de propiedad de un modo análogo, desde Savigny, que lo consideraba como «el imperio absoluto y exclusivo de una cosa,» hasta Taparelli, que lo define: «derecho de servirnos de un objeto con exclusion de otra persona,» no es extraño que haya venido á ser el famoso *jus utendi et abutendi* de los romanos, torcidamente entendido, la expresion del sentido dominante, y que se dedujeran, como decía el Sr. Reynals, estas dos consecuen-

cias: el ideal del dominio es ser individual y ser libre. De aquí la relación estrecha entre las reformas llevadas á cabo en los tiempos modernos en el derecho de la personalidad y en el de propiedad, en términos que todo lo dicho de las unas cabe decirlo de las otras. Si en las primeras hemos observado el desconocimiento de las personas sociales, en las segundas salta á la vista la antipatía á la *propiedad social* ó corporativa; y si la libertad que por aquéllas se concede al individuo se toma por el libre albedrío ó pura arbitrariedad, la reconocida por éstas al propietario se entiende y traduce en igual forma; en una palabra, lo mismo en una que en otra esfera, se ha inspirado la revolución en un liberalismo abstracto é individualista.

Claro es, por tanto, que yo no he de hacer en este punto más que repetir en cierto modo lo ántes dicho. Hay en el sentido que ha presidido á las reformas en el derecho de propiedad dos errores: uno, que puede y debe rectificar la ley; otro, que pueden y deben rectificar el individuo y la sociedad. Consiste el primero en negar, estorbar ó dejar sin garantía la propiedad corporativa, ya negando la capacidad de tener bienes á las personas sociales, ya poniendo trabas á su adquisición, ya abandonándolas á merced de la arbitrariedad del Estado. Los defectos indudables que tenía este género de propiedad en el antiguo régimen, pudieron corregirse devolviendo al dominio, en todo caso y circunstancia, sus condiciones esenciales; pero se prefirió destruir á reformar, y así, además de

desaparecer, sobre todo por virtud de la *desarmortización civil*, cosas que debieron respetarse, se cerró la puerta á la libre formacion de nuevos organismos, porque para éstos, como para los individuos, es la propiedad una condicion necesaria de vida, y el negársela en todo ó en parte es imposibilitar ó entorpecer su constitucion. Consiste el segundo en olvidar que, si se autoriza al propietario para disponer de sus bienes, no es para que haga con ellos lo que mejor le cuadre, hasta llegar al *abuso*, como se suele decir, dando al *jus abutendi* de los romanos un sentido que éstos no le dieron, y sí para que use racionalmente de su libertad y de su derecho sirviéndose de lo suyo, como dice el Código de las Partidas con recto sentido, *segun Dios é segund fuero*. Pero así como el remedio á lo anterior toca ponerlo á la ley reconociendo ó amparando lo que hoy en mucha parte desconoce ó desampara, el que pide esto último no puede venir sino de la reforma moral del individuo ó del influjo que para la consecucion de esto mismo debe ejercer la sociedad, pues que el Estado no podía poner mano en esos abusos sin negar *ipso facto* la libertad que está obligado á garantizar. Y no se diga que este remedio es poco eficaz: observad las diferencias que, respecto de la actitud del proletariado, se observan entre unos y otros países, y, dentro de uno mismo, entre unas y otras provincias; atended á la frecuencia con que toma pié aquél para sus quejas y reclamaciones del uso que de su riqueza hacen en determinados casos los propietarios, y decidme luégo si será lo

mismo que éstos compartan sus rentas entre sus atenciones personales y el deber de ayudar á los que de auxilio necesiten y el de interesarse en el mantenimiento y desarrollo de las instituciones piadosas, científicas, benéficas, etc., ó que las empleen todas en satisfacer caprichos propios ó de los suyos sin ventaja de nadie, que ya no hay quien crea exacta la máxima de que la extravagancia del rico es la ganancia del pobre. Ciertamente que si hubiera en el mundo muchos Peabodys, sería más respetada la propiedad individual; miéntras que si los proletarios oyen que la señora de un capitalista ha empleado en alhajas y piedras preciosas cincuenta millones de reales, hecho de que acaban de dar cuenta los periódicos, yo no sé cómo se ha de evitar el que se les ocurra que con ese capital, invertido en un objeto de puro lujo á impulsos de la vanidad, podrían ser felices más de mil familias.

Pero, aparte de la cuestion de la herencia, en que me ocuparé luégo, hay ciertos puntos especiales sobre los que debo decir algo despues de lo expuesto respecto del derecho de propiedad en general: me refiero al *arrendamiento*, al *censo* y á la *hipoteca*.

Si recordais lo que al hablar de la renta os manifestaba acerca de las diferencias que hay entre unos y otros *arrendamientos*, segun su duracion, segun que la cuantía de aquélla se determine por la costumbre ó por la competencia, segun que sea fija ó se modifique en parte, en vista de las circunstancias de la cosecha, y segun, por último, que el colono tenga ó no

por ley ó costumbre derecho á indemnizacion por las mejoras que haya hecho en la finca, comprenderéis bien que me he de inclinar á que algo debe hacer el Estado en favor de aquellas condiciones del arrendamiento que son, á mi juicio, más justas y convenientes. Pero si ha de quedar á salvo, como debe quedar en mi sentir, el principio de libertad de contratacion, lo que en este respecto está al alcance del legislador no es tanto como á primera vista puede parecer. Porque los arrendamientos largos sean preferibles á los cortos, ¿va á prohibir éstos? ¿Es ni siquiera posible que imponga al propietario las condiciones que sean de costumbre en vez de las que determine la competencia? Si aquél rebaja la cuantía de la renta á fin de contar con una fija, y el colono encuentra esto ventajoso, ¿habrá la ley de imposibilitar tal arreglo, haciendo depender en todo caso aquélla de las circunstancias de la cosecha? Por último, ¿será justo y conveniente obligar en todo caso á la indemnizacion por las mejoras, cuando puede suceder que en gracia de ellas el propietario conceda la finca al colono por muchos años y por una renta módica? Además, es preciso no perder de vista que á veces serían contraproducentes las medidas que se encaminaran á esos fines, porque, so pena de llegar á una completa reglamentacion, el propietario á quien se impusiera un requisito buscaría la compensacion en la designacion de los demas. El Estado puede hacer mucho garantizando la seguridad del colono, como lo ha verificado en España la Ley hipotecaria; decla-

rando los casos en que la costumbre alcanza el carácter de verdadera fuente de derecho; concediendo la facultad de pedir la rebaja ó condonacion de la renta en ciertos casos, como lo hacen las leyes de Partida, y la de reclamar indemnizacion por las mejoras hechas, cuando no se opone á una y otra cosa el contexto terminante del contrato; é interpretando, finalmente, el silencio de éste en cualquier otro punto de acuerdo con las que hemos considerado condiciones más favorables del arrendamiento. Todo lo demas habrá de ser fruto de la costumbre y del convencimiento por parte de los propietarios mismos.

En cuanto al *censo*, léjos de hallar fundada la profunda antipatía, casi el odio, con que lo ha mirado la Revolucion, lo estimo llamado á prestar en lo futuro servicios análogos á los que prestó en lo pasado, y que se desconocen ó se olvidan. En la Edad média, gracias á él, los derechos de los siervos, tan precarios que apenas si merecen la denominacion de propiedad aunque se añada el epíteto de servil, se transformaron, convirtiéndose ellos en hombres libres y propietarios censatarios, para constituir luégo un elemento del tercer estado, y más tarde de la clase média. El error ha consistido, de una parte, en suponer que todas las instituciones censales procedían de los abusos del feudalismo, cuando muchas emanaban de contratos celebrados libremente y con ventaja de los colonos; y de otra, en considerar, bajo el influjo del concepto unitario que formaron los romanos del dominio, la consolidacion de éste como único ideal, en vez de

aquella division del mismo en directo y útil, característica del régimen feudal. En éste, como en otros muchos puntos, importa reformar y no destruir; esto es, tomar lo esencial de la institucion y adaptar ésta á las nuevas necesidades. En buen hora que se hagan todos los censos redimibles, porque sólo siéndolo pueden cumplir su mision, y que se supriman ciertos derechos insostenibles, como algunos de los que caracterizan á la *enfiteúsis*; pero ¿por qué no se ha de mantener y ensalzar el *censo reservativo*, que tanto se acerca al largo arrendamiento, y que puede prestar el inmenso servicio de ir transformando suavemente y sin daño de nadie los colonos, primero en censatarios, y despues, por virtud de la redencion, en propietarios? ¿Por qué no admitir el *censo consignativo*, que da al escaso de recursos el medio de proporcionárselos para mejorar su finca ó satisfacer sus deudas en vez de vender aquélla ó hipotecarla?

Y hé aquí uno de los motivos por qué entiendo que es pertinente, cuando se trata del problema social, decir algo acerca de la *hipoteca*. El Sr. Romero Giron nos habló ya de ella, pero fué para condenarla, fundándose en que, á su juicio, nos llevaba á la sustitucion del crédito *personal* por el *territorial*, lo cual le parecía un retroceso. Hay en esto, en mi sentir, un error fácil de desvanecer. Si nos figuramos frente á frente dos individuos, uno pidiendo dinero prestado y otro exigiendo en garantía una hipoteca, es evidente que éste no tiene confianza en aquél y que teme que no querrá ó no podrá pagar la deuda en su dia;

pero esto, que tiene algo de antisocial y egoísta, desaparece desde el momento en que contemplamos funcionando un *Banco Hipotecario*, puesto que ni éste conoce personalmente á los millares de particulares que toman sus cédulas, ni los que adquieren éstas en el mercado saben siquiera los nombres de los que han hipotecado sus fincas en garantía de las mismas. Ahora bien, la importancia de la hipoteca en los tiempos actuales hay que apreciarla á través de estas instituciones de crédito, que facilitan al propietario la adquisición de capital en condiciones singularmente favorables por lo bajo del interés y por lo largo y la forma del reembolso. Por esto puede servir esta institución para ayudar á resolver el *problema social* en lo referente á la tierra, pues, utilizando las ventajas que proporciona el crédito territorial, el pequeño propietario conservará sus fincas en vez de verlas pasar á manos tal vez de un usurero sin conciencia, ó adquirirá otras tomando dinero sobre las que ya posee, y el colono censatario podrá procurarse el capital necesario para redimir el censo, haciéndose así dueño absoluto de los bienes gravados.

XVI.

El *derecho de familia* no tiene ciertamente con el problema social tan estrecha relación como el de propiedad; pues, aunque parezca deducirse lo contrario del contenido de la conocida obra de M. Le Play, ya que el mantenimiento, ó mejor restablecimiento, de

lo que llama *famille-souche* es para este escritor la base fundamental de la reforma, es lo cierto, que el medio que al efecto propone en primer término entra en la esfera del derecho de sucesiones, en que luego me ocuparé; y lo demás, esto es, que la familia se continúe mediante la asociacion y union de las que proceden de cada una, en vez de disolverse á la muerte de su jefe, tiene indudables ventajas, entre ellas la de reaccionar contra el atomismo dominante y la de levantar el sentido de la institucion de la familia, de la que se ha dicho, no sin razon, que en la actualidad no era más que una sociedad económica; pero estimo que, aparte de lo que en este respecto pueden influir las reformas en el derecho de sucesiones, es más obra del individuo y de la sociedad que no del Estado el conseguirlo. Así, por ejemplo, no cabe duda que es una medida eficaz y directa para la solucion del problema social el no contraer matrimonio cuando se carece de los medios indispensables para levantar las cargas del mismo; pero ¿no sería injusto é inconveniente convertir esta regla de conducta individual, cuya propagacion la sociedad debe procurar, en un precepto jurídico, como se hace en Noruega?

El *derecho de sucesiones* está en muy distinto caso, y así no es maravilla que se traiga siempre al debate la cuestion de la *herencia* cuando se trata del problema social, no para negarla, pues esto ni siquiera es posible hacerlo, sino para discutir el modo de regularla; sin que deba sorprendernos que á veces se proclamen en esta materia muchos absurdos, puesto

que, como se ha hecho notar por un escritor, son consecuencias de principios consagrados en el derecho civil y admitidos por los jurisconsultos antiguos y modernos, que con frecuencia, por ejemplo, han conmovido los cimientos mismos de esta institucion diciendo que era de derecho *civil* y no de derecho *natural*. Veamos sumariamente las reformas que deben hacerse en la sucesion testamentaria y en la intestada.

En la primera, urge acabar con la institucion de las *legítimas* y consagrar la libertad de testar. Aquéllas son un anacronismo hoy, puesto que con la emancipacion del hijo por edad es incompatible la cooportunidad de la familia de otros tiempos, único fundamento racional en que pueden basarse; son una negacion del derecho del padre como propietario, pues que el Estado le impone una determinada distribucion de sus bienes; son una traba que se pone al ejercicio de la patria potestad, porque se le priva de un medio de premiar y castigar á sus hijos; contribuyen á dar á la familia un carácter interesado y puramente económico, puesto que cada miembro de ella piensa en la parte que tiene en el haber de la misma, al modo que piensa el accionista en el de una asociacion ó compañía; autorizan el torcido sentido de la herencia, segun el cual sólo se ven en ésta los bienes económicos, considerándolos en sí mismos, y no como medios para el cumplimiento de fines sociales; impiden al individuo «permanecer en la sociedad que deja y prolongar su existencia entre los hombres,» uno

de los fines del testamento, segun Proudhon; y, por último, tienen el gravísimo inconveniente de que, como dice Le Play, «el Estado, que se arroga la facultad de distribuir los bienes entre los descendientes del propietario difunto, se inclina por esto mismo hácia todas las doctrinas que le autorizarían para operar esta distribucion en un círculo más extenso.» Y es verdad; el legislador desconfía del testador, teme que no se inspire en su deber al disponer de su fortuna, y para evitar los inconvenientes de ese posible extravío, impone y señala en la ley aquello á que estima está obligado en conciencia el propietario. Pues bien; desde el momento en que eso hace, la cuestion queda planteada en estos términos: ¿en qué principios debe inspirarse el testador al distribuir sus bienes? ¿á qué deberes habrá de atenerse? Y cómo, además de los que se refieren á sus hijos y á sus ascendientes, el hombre los tiene para con sus parientes, sus amigos, las instituciones de que ha sido miembro, el pueblo en que ha nacido ó vivido, etc., etc., ¿por qué se ha de imponer el cumplimiento de algunos de estos deberes y no el de otros? Admitidas las legítimas, la justicia y la lógica llevan á establecerlas, no sólo en favor de los descendientes, sino tambien de ascendientes, colaterales, esposos, amigos, instituciones, etcétera; como lo han hecho algunos cantones suizos, donde se obliga á dejar una parte de los bienes al Municipio, á la Iglesia ó á las instituciones de enseñanza, al modo que se obligaba entre nosotros á dejar las llamadas mandas forzosas, como la pía de Jerusa-

len, las destinadas á redencion de cautivos, casamiento de huérfanas, etc.

Además,—y esto interesa más directamente todavía á nuestra cuestion,—las legítimas, circunscritas, por lo general, á descendientes y ascendientes, contribuyen á mantener una de las causas que agravan el problema social: el egoísmo de familia, tanto más temible cuanto que, por no ser repugnante como el egoísmo individual, pasa por virtud, y se extiende y arraiga más y más, cegándose así una de las fuentes del bienestar social. Cuando se trata de la *libertad de testar*, es frecuente citar el ejemplo de aquellos países en que se hace uso de ese derecho para dejar toda la herencia al primogénito, sin inspirarse en otros motivos que en una vanidad pueril, y olvidar el de aquellos otros en que se ejercita para distribuir racionalmente los bienes atendiendo á las diferencias de sexo, edad y posicion de los hijos, á la naturaleza misma de la propiedad, con cuyo desmembramiento se perjudica gravemente á veces la riqueza pública, la deber de ayudar al sostenimiento de las instituciones religiosas, científicas y benéficas, al de contribuir al fomento y mejora del país en que se vive ó del pueblo en que se ha nacido, etc., etc.

¿Necesito deciros cuánto podría contribuir á la resolucion del problema social la *libertad de testar*, si el Estado la consagrara y la sociedad consiguiera de sus miembros que la ejercitaran inspirándose en esos móviles? El único argumento que se aduce contra este principio, y en favor del opuesto de

las legítimas, es el temor al abuso; es decir, uno que, á tomarlo en cuenta, concluiría con todas las instituciones; además de que tal puede ser aquél, que no merezca, en verdad, respeto de parte del legislador, el cual haría muy bien en declarar nulos los que llamaba Mirabeau testamentos *ab irato, á decepto, ab imbecilli, á delirante*.

En la sucesion intestada urge no ménos introducir reformas en el sentido que proponían los Sres. Revilla y Romero Giron, aunque, á mi juicio, se equivocan así los que las temen como los que esperan mucho de ellas, porque no cabiendo duda de que ha de atenderse en todo caso á la familia en primer término, y no habiendo de tener lugar los llamamientos del legislador sino á falta de testamento, es claro que la ley en este punto sólo habrá de tener una aplicacion excepcional. Pero cualquiera que sea su trascendencia, es absurdo conceder la herencia á parientes en décimo ó duodécimo grado, que el muerto ni conocía quizá siquiera, anteponer muchos de éstos al cónyuge, como hacen la legislacion de Castilla y la francesa, y por último, en sustitucion de ellos no hallar otro heredero que el Estado; cosa que ni los mismos romanos hicieron, pues ántes que á éste llamaban á la iglesia, á la corporacion, á la legion y á la ciudad de que era miembro el difunto. No creo ciertamente que deba limitarse el derecho de suceder *ab intestato* á la línea directa, como decía el Sr. Revilla; pero estimo que no debe pasar en la colateral de aquel grado de parentesco á que damos valor en la

realidad, esto es, de los descendientes del abuelo. Despues de éstos, y salvo el cónyuge superstite, que debe compartir más ó ménos, segun los casos, con todos ellos la herencia, deben ser llamadas, ya las personas unidas al muerto por los estrechos vínculos que crean una verdadera amistad ó la larga cooperacion á una obra comun, ya las instituciones de que aquél ha sido miembro activo, ya el pueblo ó pueblos á que tenfa una señalada adhesion por haber nacido y vivido en ellos. La sucesion intestada, tal como hoy la regulan las más de las legislaciones, es ilógica, porque presume interpretar la voluntad del testador, y ya hemos visto cómo lo cumple; y es inconveniente, de un lado, porque incurre en el error, que ántes censurábamos, de no ver otros deberes sociales que los que impone la familia, y de otro, porque el llamamiento en favor del Estado autoriza que se propongan por algunos, en lugar de ese, otros, aquellos precisamente de que es costumbre asombrarse y escandalizarse cuando los proclama el socialismo.

En el *derecho de obligaciones*, una sola cuestion nos interesa, pero es fundamental. ¿Debe mantenerse el principio de libertad como base de la contratacion, es decir, garantizarse la libre concurrencia, ó, por el contrario, habrá la ley de poner trabas á ésta, tasando, por ejemplo, el salario en el arrendamiento ó locacion de servicios y el interes del capital en el préstamo, rescindiendo los contratos en que haya lesion para una de las partes, é interviniendo en el cumplimiento y ejecucion de todos? Si teneis presente

lo que os decía al exponer este punto del problema social, sospecharéis que no he de hallar justa ni conveniente semejante intrusión del Estado, no porque crea que es bueno y excelente todo cuanto pasa y sucede en un régimen basado en la libre concurrencia, sino porque, según vimos, los males que á su sombra se producen sólo pueden remediarlos el individuo y la sociedad. Lo que importa es, como os decía al hablar ántes del propietario y hace un momento del testador, que todos y cada uno se convenzan del deber en que están de hacer un uso racional de ésta como de todas las demás libertades; en una palabra, que la moralidad penetre en esta esfera de la actividad. Entonces el interés continuará siendo en la vida un móvil importante, cuya legitimidad no puede ponerse en duda; pero como habría de subordinarse á la razón, dejará de ser la concurrencia esa lucha inhumana entre intereses egoístas que los socialistas han pintado, unas veces con exactitud, otras con exagerados colores.

XVII.

¿Es esto decir que á ninguno de esos abusos debe poner remedio la ley? La respuesta á esta pregunta nos lleva ya á una rama del derecho público, al *derecho penal*. El respeto á la libertad individual y á la libre contratacion acaba allí donde comienza el delito, y éste empieza allí donde aparecen la mala fe y el engaño; en una palabra, la estafa. Por eso está en lo

justo nuestro Código criminal al castigar al que defrauda á otro en la sustancia, cantidad ó calidad de las cosas que se entregan en virtud de un título obligatorio; al que defrauda á otro usando de nombre fingido, atribuyéndose poder, influencia ó cualidades supuestas, aparentando bienes, crédito, comision, empresa ó negociaciones imaginarias; á los plateros y joyeros que cometen defraudacion alterando en su calidad, ley ó peso los objetos relativos á su arte ó comercio; á los traficantes que defrauden, usando de pesos ó medidas falsas en el despacho de los objetos de su tráfico; á los que se coaliguen con el fin de encarecer ó abaratar *abusivamente* el precio del trabajo ó regular sus condiciones; y últimamente, á los que, esparciendo falsos rumores ó usando de cualquier otro artificio, consiguieren alterar los precios naturales que resultarían de la libre concurrencia en las mercancías, acciones, rentas públicas ó privadas ó cualesquiera otras cosas que fuesen objeto de contratacion. Hé aquí una serie de trabas que encontrarán muy molestas ciertas gentes, pero que no merman ni un ápice la absoluta libertad de un hombre honrado. Pero, por desgracia, son letra muerta estas prescripciones, si no me engaña mi experiencia en esta materia, que es escasa, no obstante ser abogado. Los únicos casos de que tengo noticia son, cosa rara, dos referentes á coaliciones de obreros, y en los que, por cierto, se entendió de distinta manera por los tribunales el término *abusivamente*, que por su vaguedad se presta á interpretaciones injustas y peligrosas. En cuanto á los

otros artículos del Código Penal, no sé si habrán caído en desuso todos ellos, como el que castiga á los que usan de pesos ó medidas falsas; y digo esto, porque con frecuencia oímos que á los tahoneros de Madrid que tal hacen no se impone otra pena que el decomiso del pan mal pesado.

Otros dos puntos de derecho penal nos interesan: el de la *vagancia* y el referente á los *establecimientos penitenciarios*. Respecto del primero, no he de discurtir aquí incidentalmente si ese vicio trasciende ó no de la esfera moral, y debe por lo mismo ser incluido en Código criminal; pero no vacilo en afirmar que, castigar la vagancia de los pobres y dejar impune la de los ricos, es una iniquidad, porque sobre ser la falta la misma bajo el punto de vista puramente individual, bajo el del interes social es más grave en todos conceptos la ociosidad de los segundos que la de los primeros. Es además en alto grado inconveniente, porque equivale á proclamar en voz alta que el trabajo es una carga de que está exento el favorecido por la fortuna, error cuyas funestas consecuencias hemos visto ántes; y es, finalmente, una hipocresía, porque la prueba de que no es la vagancia lo que se castiga, es que muchos vagos quedan impunes. Y en cuanto al otro punto, con ser tan importante, he de contentarme con decir que si el proletariado, por ser la clase más numerosa y la más inculta, suministra el mayor contingente á la poblacion de los establecimientos penales, salta á la vista lo mucho que las condiciones de éstos pueden influir en la situacion de aquél.

Parece á primera vista que podía pasarse en silencio el *derecho procesal*, cuando se trata del problema que estudiamos; y, sin embargo, á todas horas oímos decir á los pobres que la balanza de la justicia se inclina fácilmente del lado de los ricos, y á éstos, que la mayor desgracia que puede sobrevenirles es un pleito con uno de aquéllos. Que ambas quejas tienen algo de fundado, me parece cosa indudable; pero no lo es ménos que el mal no procede de la ley, sino de su aplicacion. Es verdad que el Parlamento de un país, de cuyo nombre no quiero acordarme, tuvo recientemente la feliz idea de modificar el sistema de pruebas, en el juicio de desahucio, en favor del propietario y en contra del inquilino; pero tengo para mí que se obró inconscientemente al tomar un acuerdo que, si envuelve un error bajo el punto de vista del derecho, es grandemente inconveniente é inoportuno bajo el social. Los abusos reconocen por causa los inacabables é inveterados *enredos curiales*, para decirlo con una palabra. Y como la administracion de justicia es una garantía sobreentendida en todos los tratos, convenios y relaciones entre los hombres, cuando falta ó se abriga duda sobre su eficacia, aquéllos no se llevan á cabo, ó se modifican sus términos y condiciones. Preguntad al usurero por qué exige un interés exorbitante, y veréis cómo se disculpa con que lo que en unos casos gana en otros lo pierde en costas judiciales, causadas á veces en pleitos en que sale vencedor el deudor de mala fe. Preguntad al colono, al obrero, al pequeño propietario, por qué abandona

la defensa de su derecho, desconocido por el potentado, y os responderá que carece de medios y de fuerzas para sostener un litigio, cuya duracion puede aquél prolongar impunemente. No es necesario notar las consecuencias generales de tal estado de cosas; sólo observaré, con relacion á la cuestion que nos ocupa, que la afirmacion de que las leyes consagran cosas injustas se puede contestar negando que así sea y defendiendo la procedencia de los principios consignados en aquéllas; pero á la de que la justicia no se administra rectamente, ni con prontitud, ni con igualdad, no cabe dar respuesta análoga; y esto es más grave cuando la clase que formula la queja está alejada casi por completo del poder, y por tanto exenta de toda responsabilidad por los males en cuestion. Un pueblo puede vivir con leyes injustas; pero es imposible que viva con tribunales que no administren bien y pronto la justicia.

Queda por examinar la esfera del *derecho político*, respecto de la cual me he de limitar á hacer ligeras indicaciones, pues otra cosa no es posible. Para apreciar la cuestion en su totalidad, basta atender á las tres soluciones que se proponen á la misma: la de los conservadores, la de los demócratas y la de los socialistas radicales. Los primeros alejan al proletariado de la gestion de los negocios públicos, y á ese fin establecen como base del sistema electoral el *censo*; los segundos, atentos á procurar la fusion de las clases, y estimando que todos tienen derecho á influir directamente en la vida del Estado, proclaman

el *sufragio universal*; y los terceros, bajo la inspiracion de prejuicios y preocupaciones, en que más adelante habré de ocuparme, aspiran á organizar los trabajadores enfrente de los demas elementos sociales, y de aquí la pretension de constituir el *partido obrero*. La primera y la última de estas soluciones adolecen del mismo defecto, puesto que, si con la una se camina á poner la fuerza impulsiva del Estado en manos de las clases acomodadas, con la otra se pretende ponerlas en las del proletariado. El sufragio es, ciertamente, una funcion y no un derecho, y por lo mismo pide capacidad; pero ¿por dónde se ha de atribuir ésta al que tiene riqueza, y sólo por tenerla? El *censo*, además de ser injusto, tiene el inconveniente de desnaturalizar la índole de la funcion, puesto que no parece sino que el poder legislativo va á ocuparse, en primer término ó exclusivamente, de los bienes económicos, y el más grave aún de dar pretexto á la sospecha de que lo que se desea es constituir un cuerpo electoral de defensa y de fuerza contra las clases pobres. Como protesta contra él, aparece la formacion del *partido obrero*, que es ya en los Estados-Unidos una temerosa realidad, y que, si llega á consolidarse, traerá una profunda perturbacion á la vida política, sacando á ésta de sus cauces naturales para empujarla por los torcidos caminos que señalarían la soberanía arbitraria del número, el espíritu estrecho de clase y el sentimiento de venganza. Por esto creo que la justicia y la conveniencia aconsejan hoy el mantenimiento del *sufragio*

universal donde existe, y su adopción, dentro del plazo más breve que sea posible, allí donde todavía no se ha establecido. Él puede contribuir á operar la fusión de las clases, en vez de la separación que mantienen el *censo* y el *partido obrero*; él facilitaría al cuarto estado el medio legal y pacífico de hacer oír sus quejas y de formular sus aspiraciones; él haría posible que los partidos políticos se constituyesen para servir á las ideas y á los principios, y no á los egoístas intereses de clase. Y no hay que exagerar los peligros que envuelve; pues si algunos de ellos serían reales si se tratara de un régimen basado en la *democracia directa*, dejan de serlo en el *sistema representativo*, pues con sufragio universal, como ha dicho un escritor conservador, reina la armonía, y no el antagonismo, allí donde las clases directoras saben cumplir con su deber.

Hemos visto hasta aquí lo que toca hacer al Estado en cuanto es llamado á declarar el derecho y á hacerlo efectivo; veamos las reformas que deben hacerse en su régimen económico.

XVIII.

Prescindiendo de los bienes públicos, tales como caminos, ríos, costas, etc., que, propiamente hablando, son propiedad de la sociedad y no del Estado, tiene éste dos clases de medios para atender á sus necesidades económicas: los procedentes de la propiedad mueble ó inmueble que disfruta y explota, como pue-

de hacerlo cualquiera otra persona individual ó social, y los que son producto de los impuestos. Constituyen los primeros las fincas rústicas y urbanas que posee, y las industrias, estancadas ó no, que ejerce por su cuenta. Si recordais lo que al comienzo de este discurso os decía, comprenderéis fácilmente que, en mi juicio, el Estado no debe ser agricultor, ni industrial, ni siquiera propietario de fincas que haya de arrendar á los particulares; no debe monopolizar la fabricacion del tabaco, de la sal, de la pólvora, de los fósforos, etc., ni atender por sí á la de armas ó buques para la marina de guerra, como no sea absolutamente preciso, ni explotar bosques y minas; no debe, en una palabra, hacer nada que le convierta en agente directo de produccion de riqueza con daño de su carácter exclusivo de institucion jurídica. Cierto que, como toda sociedad, necesita y tiene su haber, su propiedad; pero ésta la constituyen los bienes muebles é inmuebles de que necesita para su fin, como son las cárceles, establecimientos penitenciarios, cuarteles, casas consistoriales, en fin, todos los edificios que ocupan sus dependencias, y su mobiliario, etc., y sobre todo, los productos de los impuestos. Así creo que el Estado debe desprenderse de los demas que todavía posea, y segun la forma en que lo haga, así podrá contribuir ó estorbar, y hasta hacer más fácil la solucion del problema social, el cual exige que se tome en cuenta las razones que movían al ilustre D. Fermin Caballero, en su conocida Memoria sobre la poblacion rural, á aconsejar que se distribuyan «los terrenos

baldíos en lotes entre los trabajadores, mediante el pago de una cuota amortizadora, para que al cabo de cierto tiempo se hagan propietarios territoriales y tengan un hogar y un soto donde vivir y mantenerse.» Este principio no tiene, en mi sentir, excepcion alguna, fuera de la ántes dicha, cuando se trata del Estado nacional ó del provincial; pero ¿sucede lo propio respecto del Estado municipal? Basta recordar la importancia que por todos los que escriben sobre reforma social se da á la antigua propiedad *comunal*, y singularmente á lo que queda en pié de la misma, como el *allmend* suizo, tan encomiado por Laveleye, y el *mir* ruso, aceptado como base de reorganizacion por los socialistas de aquel país, para comprender la necesidad de hacer alguna indicacion sobre este punto.

El Estado y la sociedad se hacen más distintos segun que se consideran en círculos sociales más elevados; y sucede todo lo contrario cuando se contemplan en los inferiores. Así, áun cuando todas las naciones constituyeran un Estado internacional, á nadie le ocurriría confundirlo con la sociedad humana; miéntras que, por el contrario, en la familia, que ocupa el extremo opuesto de la serie, el Estado y la sociedad se identifican. Ahora bien; como el Municipio es el círculo inmediato á éste, nada más fácil que confundir aquellos dos términos, esto es, el pueblo con el Municipio; y, sin embargo, la sola consideracion de la propiedad de uno y de otro basta para distinguirlos. El segundo posee, como el Estado nacional ó el

provincial, los bienes que para el cumplimiento de su fin necesita, y por eso tiene casa consistorial, cárcel, etcétera, y el producto de los impuestos locales; pero prueba de que la propiedad que, como la de una dehesa ó un monte, tiene por fin directo la producción de riqueza, no es verdaderamente suya, es que no le es esencial, puesto que no todos son dueños de bienes de esa naturaleza, y los que lo son, sólo lo son en la apariencia. Un ejemplo tomado de nuestro país lo pondrá de manifiesto. Si lo tomáis del Mediodía, donde por lo general cada pueblo forma un municipio, la distinción no es fácil; pero si atendeis á lo que pasa en el Centro y en el Norte, donde muchos de aquéllos constituyen uno solo, hallaréis que los *bienes comunes* son propiedad exclusiva de cada uno de esos pueblos, sin que en ellos tenga el Municipio derecho alguno. ¿Cómo podría ser esto, si verdaderamente fuese aquél dueño de ellos? Lo que sucede es que, lo mismo en un caso que en otro, es una asociación de individuos ó familias, antigua ó moderna, nacida de este ó de aquel modo, la que posee esa propiedad, que no por ser social deja de ser tan sagrada como la individual; y por lo mismo que ambas merecen igual respeto, tan injusto y tan inconveniente es sacrificar la primera á la segunda, segun se ha hecho con frecuencia en nuestro tiempo, como lo sería sacrificar ésta á aquélla, como se pretende hoy por algunos reformadores.

En cuanto al sistema de *impuestos*, sería vano el intento de resolver el *problema social* por medio de

reformas en él, pero sería igualmente erróneo desconocer la indudable eficacia de las mismas con relación á ese fin. Por ejemplo, segun en otra ocasion os dije desde este sitio, considero que la contribucion de *consumos* no sólo es inicua, sino que, al igual de las *quintas con redencion*, es un bofetón que año tras año se da en el rostro al proletariado, y no necesito decir cómo, obrando de este modo, el Estado complica y agrava el problema. Pero basta citar en apoyo de mi aserto la importancia que en este debate se ha dado á la cuestion del *impuesto progresivo*, encomiado por el Sr. Romero Giron y anatematizado por el Sr. Moreno Nieto, y sobre el cual habeis de permitirme que diga dos palabras.

Hay dos modos de entender el impuesto progresivo, y lo propio sucede con el proporcional. Puede considerarse aquél como un medio de evitar la acumulacion de la riqueza ó como un medio de distribuir equitativamente las cargas del Estado. Cuando se hace lo primero, se exige poco ó nada á las pequeñas fortunas, que de esta suerte no experimentan detrimento alguno ni hallan estorbo por este lado en su creciente desarrollo, y se recargan fuertemente las grandes, produciéndose el fenómeno contrario. Cuando lo segundo, se prescinde de la proporcionalidad matemática para alcanzar la real y positiva, esto es, la que es consecuencia del principio segun el cual todos los miembros del Estado deben contribuir á levantar las cargas del mismo en la medida de sus fuerzas, y por eso no se exige el mismo tanto por ciento á todos sin

consideracion á la cuantía de sus fortunas, sino que, estimando que es mucho más penoso para el que tiene ciento pagar cinco, que lo es para el que tiene cien mil pagar cinco mil, se modifica el tipo, pero sólo en cuanto es preciso para obtener esa igualdad real y efectiva. Por esto, al paso que el impuesto progresivo y el proporcional son antitéticos cuando aquél se entiende al modo de muchos socialistas y éste al modo de muchos individualistas, dejan de serlo entendidos ambos en la forma dicha. En tal supuesto, yo no vacilo en afirmar que importa mucho para la solucion del *problema social* establecer, donde no existe, el impuesto progresivo, ó *progresional*, como lo ha denominado un economista para distinguir este sentido del otro, á fin de que cese esa proporcionalidad matemática que es una desigualdad real y manifiesta, como que el sacrificio que impone á unos representa la privacion del pan con que alimentan á sus hijos, y el exigido á otros solamente la privacion de un coche de lujo ó la renuncia á un viaje de recreo. En algunos Estados de Alemania existe desde 1848; en Inglaterra no pagan el *income-tax* aquellos cuya renta no llega á 15.000 reales; en Austria la Cámara de Diputados, compuesta de grandes propietarios y comerciantes, acaba de establecer un impuesto sobre la renta de que están dispensados los que tienen ménos de 400 florines, y se contribuye diversamente segun las fortunas, pues que aumenta el tipo superior hasta ser el triple del inferior; y en España ha recibido una solemne consagracion este principio

al imponerse distinto descuento á los empleados públicos segun la entidad de los sueldos que disfrutaban.

XIX.

Pero aunque el Estado, considerado en la esfera puramente ideal, tenga por fin único y esencial la realizacion del derecho, hallamos que, por razones transitorias, viene influyendo é interviniendo en otros órdenes de la actividad además de aquél. Es debido esto á una institucion que juega un importantísimo papel en la historia, pero de la que se ha abusado como de ninguna otra: la *tutela*. Ha consistido el abuso en desnaturalizar, más aún, en procurar obtener por medio de ella resultados que son los opuestos y contrarios á los que la misma debe producir; porque siendo por esencia temporal, en cuanto tiene por fin el colocar al individuo, clase, institucion, pueblo, etc., á ella sujeto, en condiciones de que puedan regir su vida por sí propios, con frecuencia se han conducido los tutores de manera que aquéllos, léjos de progresar en su educacion, se han visto reducidos á una sumision perpetua y de tal naturaleza que, en vez de acercarse, se ha ido alejando más y más para ellos el dia de la vida independiente. Así la tutela de unas clases sobre otras, legítima en su origen y necesaria en todos los tiempos, condujo á instituciones tan inicuas como la esclavitud y las castas; como la de la religion sobre los demas órdenes sociales produjo en algunas partes el imperio de las teocracias, y como la de unos

pueblos sobre otros ha llevado á la conquista y á la explotacion de éstos por aquéllos. De aquí, de un lado, la tendencia en ciertas escuelas á convertir esta tutela en fin permanente y esencial del Estado; y del opuesto, la desconfianza que inspira á los individualistas una institucion que tan á menudo ha servido para destruir y hacer imposible la libertad; en lo cual yerran lo mismo los primeros que los segundos, porque si se desnaturaliza la tutela cuando se le quita su carácter esencialmente transitorio, se obra ligeramente cuando se toma pié del abuso que de ella se puede hacer para negar la bondad de su propio y verdadero fin. Ahora bien; si de todos los organismos sociales sólo el Estado y la Iglesia alcanzan hoy una robusta constitucion, así como la última ejerció en la Edad Média una tutela sobre aquéllos, tócale hoy al primero favorecer la formacion de los nuevos, pero haciéndolo de tal manera que se acelere y no se retarde el día en que alcancen su independenciam, y que ésta se lleve á cabo sin las dolorosas crisis que han tenido que atravesar la ciencia, el arte y el derecho para emanciparse de la Iglesia, por haber pretendido ésta prolongar su tutela más allá de lo debido. Así, por ejemplo, sería absurdo pedir hoy la supresion de toda enseñanza oficial y de toda beneficencia pública, pero se debe en cambio exigir del Estado que las mantenga sin estorbar las que surjan por virtud de la actividad individual y social; ántes, por el contrario, teniendo siempre la vista fija en que el ideal es que esos fines los han de realizar la sociedad y el indivi-

duo, y sólo ellos, y por consiguiente que, en la medida que éstos avancen, el Estado debe retirarse.

Ahora bien, si el *problema social* consiste, tomado en su generalidad, en llevar á cabo la reorganizacion de la sociedad, haciendo desaparecer el atomismo individualista hoy dominante, sin volver á la constitucion del antiguo régimen en que el Estado era supremo rector de la actividad toda; y, considerado en concreto, en procurar que el proletariado tenga una mayor participacion en los bienes á que el hombre aspira en los distintos órdenes de la vida, es claro que, bajo el primer punto de vista, el Estado debe ejercer la tutela, á que las circunstancias históricas presentes le obligan, facilitando la libre constitucion de aquellos organismos, reconociendo su independencia tan pronto como muestren merecerla, y renunciando por su parte á la pretension de ser el supremo director de la actividad social; y bajo el segundo, sustituyéndose al individuo y á la sociedad cuando éstos no cumplen los deberes que para con las clases inferiores tienen en todo tiempo, y los que en el actual les impone la existencia misma* del problema que estudiamos. Por esto creo que el Estado debe hoy, respecto del orden económico, favorecer el principio de la cooperacion, alentando, por ejemplo, la constitucion de las sociedades basadas en él mediante la exencion de impuestos, y procurar que la armonía sustituya al antagonismo en las relaciones del capital con el trabajo mediante la organizacion de *jurados mixtos*, que en Francia han conseguido un feliz resulta-

do en 95 casos de 100. Por esto creo que, en tanto no se despierten sentimientos que están harto dormidos, debe sostener esos establecimientos de beneficencia en que el expósito, el huérfano, el pobre valedudinario y el anciano desamparado hallan auxilio y consuelo, en una palabra, la *asistencia* que, en principio, está obligada á prestarles la sociedad, no el Estado. Y por esto, finalmente, estimo que la *instrucción primaria*, que debe ser siempre *obligatoria*, porque siempre será un deber exigible en los padres, hoy por hoy tiene que ser además *gratuita* para los pobres, miéntas que las instituciones científicas no atiendan á esta necesidad; así como los tiempos piden que en la enseñanza oficial se dé á la *profesional* mucha más importancia que la que hoy se le concede.

Hé aquí, en suma, indicado todo cuanto en mi juicio puede hacer el Estado, considerado bajo el triple carácter de institucion de derecho, de persona social con un régimen económico propio, y de tutor temporal de los demas organismos sociales. Es posible que á los preocupados por espíritu de escuela ó interes de clase parezca demasiado; y es probable que otros, comparándolo con lo complejo y grave del problema, lo hallen por demas incompleto y deficiente. En tal caso, yo diría: á los primeros, que ya ninguna institucion jurídica puede invocar el *noli me tangere*, ninguna puede asumir la condicion de entidad metafisica, que ni muda ni cambia, como decía Lermnier hablando de la propiedad; y á los segundos, que, aparte de los vacíos debidos á mi insuficien-

cia, otros lo son quizá al estado actual de la filosofía del derecho, porque al paso que ella ha revelado á la humanidad conceptos nuevos de las instituciones de derecho público, y por eso puede decirse que el penal, el procesal, el político y el administrativo hoy vigentes son en gran parte obra de la civilización moderna, no ha hecho lo mismo en la esfera del derecho privado, con el cual tiene una relación más íntima y estrecha el *problema social*; y así, por ejemplo, mientras que entre el derecho penal antiguo y el moderno hay un abismo, el derecho de la propiedad es todo él, fuera del régimen hipotecario, un derecho tradicional é histórico.

Pero ya sea mucho, ya sea poco, lo que toca hacer al Estado, queda una última cuestión por resolver: la de *procedimiento*.

XX.

En la historia no hay solución de continuidad; la vida es una perpetua transición entre la realidad y el ideal; y por esto la misión delicada del político consiste en discernir en los hechos lo que hay que suprimir y lo que hay que reformar, y en hacer encarnar en la parte sana de los mismos los nuevos principios que han de presidir al desarrollo de la sociedad; obra de arte cuyas dificultades se muestran constantemente en la práctica, en la que son causa de casi todos los errores, contrariedades y perturbaciones a que conducen así el empirismo conservador como el idealismo revo-

lucionario. Los unos, apegados á los hechos y viendo en los actuales el resultado de las evoluciones anteriores de la humanidad, miran con ciego respeto todos los accidentes de las instituciones sociales y estiman como ataque irreverente y punible á las mismas hasta la discusion de aquéllos, olvidando que si han llegado á ser lo que son por virtud de una serie de transformaciones, lo lógico es, no contrariar, sino facilitar que éstas se continúen. Los otros, embelesados con las ideas, se sienten inclinados á hacer tabla rasa de la realidad toda, con la esperanza ilusoria de sustituirla con lo que habrá de ser una encarnacion pura de aquéllas, olvidando que la sucesion y la continuidad son leyes de la vida sin las cuales no habría relacion entre la obra de unas y otras épocas, ni sería posible la composicion entre la tradicion y el progreso. Para evitar estos descaminos, lo primero que importa hacer es distinguir entre los errores y los absurdos, entre las injusticias y las iniquidades; pues que ciertamente hay gran diferencia, por ejemplo, entre las leyes que son fruto de equivocaciones en el modo de concebir una institucion, y las que lo son de abusos mantenidos y consagrados por el interes de los favorecidos con su creacion y sostenimiento. Pretender destruir las primeras y sus consecuencias, sería lo mismo que pretender deshacer la obra de la historia, error en que incurren los que piden la *liquidacion social*, como si cada época hubiera de desconocer la legitimidad de la propiedad fundada en títulos que se estimaron justos en las anteriores para organizarla ni más ni mé-

nos que si ahora comenzara á existir. ¿Es que, si prevalece, *verbi gratia*, el principio en cuya virtud se atribuye el dominio de las minas al dueño de la superficie, se ha de expropiar á todos los que las adquirieron en tiempos en que se atribuía al Estado ó en que las hacia suyas el que las descubría?

Mas, de otro lado, no es ménos erróneo pedir este respeto para absurdos é iniquidades, como aquellos abusivos derechos de los señores sobre siervos y colonos, y aquellos monopolios y privilegios que han venido al suelo á impulsos de la civilizacion moderna. Por esto, por ejemplo, las Córtes de 1812 obraron con buen acuerdo al distinguir entre el dominio particular y el señorío jurisdiccional: aquél, cualquiera que sea su origen, y aunque el título en que se funda no sea admisible hoy, merece respeto; miéntras que éste, como es absurdo y debido á una confusion lamentable del derecho público con el privado, no podía ser, ni por un momento, obstáculo á que el Estado reivindicara de golpe lo que es propio y privativo suyo. Por esto tambien comprendo que un ministro de Hacienda vaya con pulso al proponer las reformas de los impuestos, pero no me explico que sostenga, ni por un dia, un origen de renta tan indigno y tan inmoral como la de loterías.

Pero, de todos modos, la cuestion que interesa examinar es ésta: ¿qué procedimiento debe emplearse para llevar á cabo esas reformas, la propaganda pacífica ó la revolucion? Preciso es escoger entre estos dos extremos, pero con la resolucion de aceptar las

consecuencias que cada uno entraña, y en la seguridad de que no hay entre ellos término medio posible. Casi me parece innecesario decir que por mi parte opto por el primero, único posible en una sociedad bien organizada, y condicion *sine qua non* del régimen representativo y parlamentario que se asienta sobre la base del *self-government*. Pero claro es que la primera condicion, para que sea posible la propaganda pacífica, es que el Estado la autorice y proteja, y no la estorbe y persiga; que no haga lo que el despotismo, el cual, como dice M. Morison, suprime las cuestiones sociales, las arroja en la sombra y se vanagloria de dar la paz. Es preciso que los conservadores tengan presentes estas palabras de un correligionario suyo: «Es, sin duda, más fácil imponer silencio al error que demostrar la verdad; pero las clases directoras que cometen esta falta, que confieren el prestigio de la persecucion al error y le aseguran así el imperio de la opinion, se exponen de nuevo á las catástrofes que, á seguida de incurrir en la misma falta, señalaron el fin del siglo XVIII.» Por esto yo acepto y hago mias las palabras del Sr. Perier, cuando, dirigiéndose al Sr. Borrell, le decía: «Dos caminos teneis delante, la paz ó la guerra: escoged;» sólo que yo digo eso á la vez y al mismo tiempo al proletariado y á las clases conservadoras, y además no he de incurrir en la inconsecuencia de formular aquí ese dilema, y fuera de aquí sustituirle con este otro: el silencio ó la persecucion.

Mas este procedimiento de la propaganda pacífi-

ca lo desechan á la vez los socialistas radicales y los conservadores medrosos: aquéllos, por estimarlo ineficaz é insuficiente; éstos, por creer que inevitablemente conduce á la ruina y á la revolucion. Los primeros olvidan que en el seno del órden y de la paz ha transformado Rusia millones de siervos en propietarios, como lo hicieron ántes Prusia y há poco Rumania con sus colonos, y que del mismo modo han conseguido el reconocimiento de sus derechos los obreros de Inglaterra y los desgraciados cultivadores del campo de Irlanda. Los segundos no quieren ver que lo que pasa ante nuestros ojos demuestra la razon con que decía Dameth, hace años, que el socialismo militante, á causa de «la sinceridad de sus sentimientos y de la necesidad que experimenta de hacerse aceptable, se veía obligado á buscar la luz, la discusion y el estudio;» por lo cual, añadía: «su *redressement* es tan sólo cuestion de tiempo y vendrá pronto, si, en vez de comprimirlo, se le dan los medios de ilustrarse.»

Es muy de lamentar que con frecuencia no se vea más que el lado malo de este movimiento: los terribles excesos de la *Commune*, los absurdos y disparates proclamados en este ó aquel Congreso de internacionalistas y los conatos de regicidio y asesinatos de autoridades de que con manifiesta injusticia á veces se hace responsable á un partido. La imparcialidad exige tomar en cuenta tambien el lado bueno, pues sólo de ese modo es posible estimar los efectos distintos que producen la persecucion y la libertad. El verano último se celebraban casi al mismo tiempo, si no re-

cuerdo mal, Congresos de obreros en Leicester, en Gante y en Baden-Baden. En el primero los *trades unions* discutían tranquilamente puntos ciertamente controvertibles; pero, léjos de tener cosa alguna de utópicos, se trataba de su posible aceptación por el Parlamento. En el segundo, los afiliados á la *Internacional* formúlaban las absurdas soluciones sostenidas por esta asociación, no sin que surgiera la división entre anarquistas y comunalistas. En el tercero, se congregaban los representantes de las sociedades cooperativas de crédito, debidas á la iniciativa de Schulze-Delitzsch, sin producir ciertamente la más pequeña alarma. ¡Qué diferencial!

Pues bien, todas son reuniones de obreros, y lo que importa es investigar el por qué de sentidos, tendencias y aspiraciones tan diferentes. De lo acontecido en Inglaterra con las *trades unions* se desprende una grande enseñanza, que harían bien en aprovechar los demás pueblos. ¿Cómo es que estas terribles asociaciones, inspiradoras de tantos excesos, se han convertido en un elemento importante y respetable de aquel organismo social, según reconoce allí ya todo el mundo? El secreto de esta feliz transformación está en la fe absoluta que Inglaterra tiene en la libertad, y así, al mismo tiempo que castigaba severamente los crímenes que se atribuían á las *trades unions*, continuaba amparando todas las libres manifestaciones de la opinión de las clases obreras en la prensa y en los *meetings*, y hacia más: reconocía á aquéllas el derecho á la existencia, quitándoles el ca-

rácter que en cierto modo tenían las sociedades secretas, y dictaba leyes favorables á los trabajadores, como las referentes á huelgas, trabajo de mujeres y niños, instruccion primaria, propiedad de Irlanda, etc. Forma singular contraste con esta política la que en estos momentos se inicia en Alemania. El príncipe de Bismark, que estableció el sufragio universal que le pidiera Lasalle, su íntimo amigo, cuyos folletos leía y saboreaba, hasta aquellos que hacía recoger por la policía; el príncipe de Bismark, que llamaba al rey de Prusia el soberano de los pobres, que pensó en establecer los talleres nacionales y que le debió el ser diputado por el Elberfeld-Bermen á los votos de los socialistas; el príncipe de Bismark, en fin, que, en odio á la clase média y al partido liberal, favoreció y alentó el socialismo cuando el hacerlo convenía á sus planes-hoy, al ver que tiene doce representantes en el Reichstag y cincuenta periódicos en la prensa, y recordando quizá la prediccion del ilustre Schulze-Delicszch, que en 1865 decía: «si utilizais el socialismo como un instrumento político, pronto se os enroscará el monstruo á la garganta,» quiere retroceder y pretender detener aquel movimiento formidable oponiéndole como dique... ¡una ley! ¡Una ley contra una doctrina y contra un partido! Será curioso el ver cómo se va á distinguir el socialismo ateo del cristiano, el conservador del revolucionario, el radical del llamado de la *cátedra*. En Inglaterra, el camino de la libertad y de la justicia ha conducido á una solucion de paz, á una transformacion felicísima de las *trades unions*: ¡adón-

de conducirá el de la persecucion y la arbitrariedad en Alemania?

XXI.

SEÑORES:

En el dia anterior tuve el honor de exponer las cuestiones que en mi juicio entraña el *problema social*, y la medida en que toca su solucion al individuo, á la sociedad y al Estado. Es probable que los que se hayan fijado en el modo que tuve de plantear el problema me califiquen de socialista, y los que en la manera de resolverlo, de individualista. La verdad es que yo mismo no sabría cuál de estas de nominaciones aceptar, dado el sentido que de ordinario se les da; más aún, creo que rechazaría una y otra, porque, no obstante ser poco aficionado á fórmulas, que casi siempre se hacen de suyo estrechas y cerradas, me atrevo á concretar la doctrina que desenvolví el último dia, diciendo, *que, para resolver el problema social, deben inspirarse: el individuo, en la solucion cristiana; la sociedad, en la solucion socialista, y el Estado, en la solucion individualista.* Ya comprendéis que me refiero al sentido general de estas soluciones; así que no resumiría mi punto de vista en esta fórmula, si no esperara que lo dicho en el dia anterior servirá para explicarla y para que se entienda rectamente.

Expuesto mi criterio, ya puedo examinar á grandes rasgos, pues otra cosa no es posible, las escuelas

que se han mostrado en este prolongado é interesante debate, y de las que apénas he hecho mencion hasta aquí . La extension con que he hecho lo uno me permitirá abreviar lo otro, así como ahora será ocasion de llenar algunos de los muchos vacíos que habréis observado en la primera parte, los más de los cuales subsistirán por la desproporcion que hay entre la dificultad del problema y la escasez de mis fuerzas.

Si atendemos á los verdaderos términos de la cuestion, no hallaremos más que dos escuelas fundamentales: la individualista y la socialista, y luégo una intermedia que, segun que logre ó no componer estos dos sentidos opuestos, será armónica ó ecléctica. Y la razon de esto es obvia: se trata , en principio , de la coexistencia del todo con la parte, de la sociedad con el individuo, y segun que se sacrifica éste á aquélla, ó al contrario, surge una ú otra de dichas tendencias; y se trata, en la práctica, de armonizar la libertad con la igualdad, y segun que la balanza se inclina del lado de la una ó de la otra, aparecen asimismo uno ú otro de aquellos sentidos. Y sin embargo, si nos fijamos en los distintos puntos de vista generales mostrados en este debate, hallaremos que son cinco las escuelas que han estado en él representadas: la conservadora, la religiosa, la individualista, la socialista autoritaria ó gubernamental y la socialista radical. La tercera y las dos últimas, matices éstas de una misma, pero que importa examinar separadamente por la diferente significacion que tienen aquí y fuera de aquí, son, si así puede decirse, las únicas pertinentes al caso, como que han nacido preci-

samente con motivo de un género de problemas á que pertenece el que estudiamos, miéntras que las otras dos, la conservadora y la religiosa, tanto no lo son, que, como habeis visto, han revestido distinto carácter segun que se han inclinado á uno ú otro sentido, y así los Sres. Moreno Nieto y Rodriguez San Pedro representaban ambos á la escuela conservadora, y sin embargo, el primero mantuvo una doctrina individualista que el segundo contradijo resueltamente; y de igual modo los Sres. Perier é Hinojosa llevaron la voz de la Iglesia católica, y esto no obstante, aquél defendió las soluciones individualistas, miéntras que éste se declaró francamente socialista. De aquí que, respecto de ellas, me habré de limitar á examinar su actitud y línea de conducta con relacion al problema social, pues sus soluciones doctrinales coinciden más ó ménos con las de las otras escuelas en que me habré de ocupar con más detencion.

XXII.

La escuela *conservadora*, bajo el punto de vista de la lógica, ha estado representada en este debate por el Sr. Rodriguez San Pedro, el cual, adversario consecuente del individualismo, forzosamente había de sostener soluciones que entran en la esfera del socialismo gubernamental. Pero, bajo el punto de vista de las tendencias dominantes en las clases conservadoras, debemos considerar como representante más legitimo de ella al Sr. Moreno Nieto, segun el cual, «el derecho

se expresa por la libertad, por la individualidad, y que con su acostumbrada ingenuidad nos decía que en todo lo que se refiere al orden económico siempre había defendido la libertad; y de aquí el sentido señaladamente individualista de la doctrina expuesta por el ilustre orador, en términos de que apenas si quedaban en él vestigios del infatigable y constante contradictor de los economistas en otros tiempos. Y lo primero que ocurre preguntar al ver esta actitud, es el por qué de tal inconsecuencia; ¿por qué tanto miedo á la libertad cuando se trata de la ciencia y de la religion, por ejemplo, y tan completa confianza en ella cuando de los intereses económicos se trata? ¿No son tan posibles los abusos y los descarríos en esta esfera como en aquéllas? ¿Es que se cambia de criterio porque en el último caso los favorecidos por la libertad son en primer término los propietarios y con más eficacia segun que tienen más propiedad? El Sr. Moreno Nieto, hablando *ex abundantia cordis*, hizo una declaracion que autoriza esta sospecha, pues un dia nos dijo que, si se limitaba la propiedad y la libertad en *favor del proletariado*, la medida era socialista; de donde parece deducirse lógicamente que, si se hacía en favor de otra clase, ya no lo era. Yo creía que una ley revestía ó no ese carácter segun el concepto de la individualidad, de la sociedad y del Estado que la inspiraba; pero nunca me figuré que dependiera de que resultaran favorecidos éstos ó aquéllos, porque adonde conduce este camino es á sustituir el principio de justicia con el interes de *clase*.

Pero hay todavía otro rasgo en lo expuesto por el Sr. Moreno Nieto, que es característico del modo de sentir de las clases conservadoras, de las cuales se hacía aquél eco en este punto sin saberlo ni pensarlo. Decía—mejor dicho, nos repetía, porque, según él nos recordaba, en otra ocasión oímos de sus labios esta frase, que por mi parte no había olvidado, pues me hizo entonces una impresión dolorosa—*que la llave de la propiedad estaba en el santuario*. Yo no sé cómo se ocultaba á mi ilustre y respetable amigo que decir esto equivale casi casi á arrancar á Dios de ese santuario para poner en su lugar el becerro de oro. Estamos tan acostumbrados á barajar la propiedad con la religion, para presentarlas como instituciones igualmente fundamentales é importantes, como instituciones que corren iguales peligros, como cosas que se deben recíprocamente protección y ayuda, que hasta aquellos que están tan libres de toda sospecha interesada como el Sr. Moreno Nieto, cuando observan que para sostener la religion no queda otro registro que tocar ni otra fibra que herir que la del interés, ponen el dedo en ese registro y en esa fibra, sin reparar que después vendrá alguien que, traduciendo la fórmula á términos más claros y para todos inteligibles, dirá á los proletarios: Ahí teneis lo que es la religion; no es una necesidad del espíritu, es sólo un freno para vosotros; los afortunados no la han menester para sí sino en cuanto les garantiza la pacífica posesion y el tranquilo goce de lo que tienen. Y si se rechaza esa interpretación, preciso es admitir esta otra, que es to-

davía más grave y más merecedora de censura; esto es, que se pretende amparar y proteger con el manto de la religion, no sólo la institucion de la propiedad, sino tambien sus accidentes históricos presentes, dando á entender que el proponer reformas en esta materia arguye la misma falta de moralidad que aquella de que da muestras el que toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Si es esto último, que contesten por mí el *socialismo cristiano* y el *socialismo católico*.

Ahora bien; esa inconsecuencia de proclamar la libertad en el orden económico y negarla en las demas esferas de la actividad, eso de calificar ó no de socialistas las medidas segun que se limite la propiedad y la libertad en favor del proletariado ó de otra clase, y eso, por último, de colocar la llave de la propiedad en el santuario, son cosas todas que revelan uno de los caracteres del problema social, el más señalado y el más lamentable sin duda, el que me obligaba á decirnos en el dia anterior que parecía aquél una lucha entre dos egoismos, el del proletariado, del cual hablaré luégo, y el de las clases conservadoras. Una prueba de la exactitud de mi aserto, por lo que hace á estas últimas, es que de una manera insensible han venido á hacerse términos sinónimos las denominaciones de clases *conservadoras* y clases *ricas ó acomodadas*. No sucedería esto si se mantuviera el sentido recto de la primera, porque resultaría como cosa llana que no es la propiedad el único, y ni siquiera el primero, de los elementos tradicionales que importa defender, ni la esfera económica la sola en que lucha la tendencia

reformista con la conservadora. En nuestro país tenemos un ejemplo elocuente de ello; el partido republicano y el absolutista representan en este respecto esos dos opuestos sentidos, y, sin embargo, ambos tienen masas, ambos cuentan en su seno numerosos adeptos que pertenecen á la clase trabajadora; luego es evidente que no puede ser la riqueza base de la distincion, y por tanto que son dos cosas muy diferentes las clases ricas y las clases conservadoras, y grandemente perjudicial el confundirlas, porque aquéllas se agrupan alrededor de un *interes*, miéntras que éstas lo hacen por virtud de un *principio*.

XXIII.

La escuela *religiosa* ha estado representada, de un lado, por los Sres. Fliender y Jameson; y de otro, por los Sres. Perier, Sanchez é Hinojosa. Los primeros trataron la cuestion bajo el punto de vista moral, especialmente el segundo, que desenvolvió la importancia que para la solucion del problema tenía la renovacion interior del individuo, y lo hizo con tal acierto que mereció la aprobacion de todos los oradores, desde el Sr. Rodriguez hasta el Sr. Sanchez. Los segundos, ó sean los católicos, no dieron muestras de aquella unidad de miras y de pensamiento de que se jacta la comunion á que pertenecen, pues miéntras los señores Sanchez y Perier se inspiraban en un sentido señaladamente individualista, el Sr. Hinojosa, como ántes os decía, se declaró, en palabras terminantes, socialis-

ta conservador. Y no es maravilla que sucediera esto, porque unos católicos se fijan principalmente en la resignacion que el Cristianismo recomienda á los pobres, y otros en la caridad que impone como un deber á los ricos; y así, miéntras los primeros se inclinan á culpar al proletariado haciéndole responsable de los males de que se queja, los otros censuran á las clases acomodadas, como hacía nuestro ilustre Bálmes en las enérgicas palabras repetidas aquí por el Sr. Borrell, y en otros pasajes de sus obras que pudieran citarse todavía. Hechos recientes demuestran este dualismo; pues si de un lado, no há mucho publicaba el *Journal des Débats* un antiguo escrito del actual Pontífice Romano, que elogiaba Molinari, porque en efecto parecía un trozo arrancado de las *Armonías* de Bastiat, de otro, á la par que el obispo anglicano de Manchester se pone de parte de los obreros, y en Alemania se organiza, al amparo del protestantismo, el llamado *Socialismo cristiano*, el último obispo de Maguncia, que en su obra *La cuestion obrera y el Cristianismo* se declaró antes partidario de las doctrinas de Karl Marx y de Lasalle, proclama en el Congreso católico de Friburgo máximas como ésta: *lex injusta non est lex*; el ultramontanismo aleman se coaliga con el socialismo, y en Francia otro obispo, el de Tarbes, habla de los obreros como de «millones de encadenados.» Yo no sé la intencion política que pueda ir envuelta en este movimiento católico tan favorable al proletariado; pero, examinado en sí mismo, lo considero digno de alabanza, pues sobre ser esta tendencia más conse-

cuenta con el espíritu cristiano que la individualista, creo que puede contribuir á corregir el frío, seco é infecundo formalismo religioso hoy dominante.

Pero bajo otros respectos merece especial atención lo dicho por el Sr. Sanchez, sobre todo por la crítica que hacía de las demás escuelas para venir á parar en lo de siempre: en que sólo la Iglesia puede resolver el *problema social*. Hablaba de cuatro soluciones: la economista, la socialista, la individualista y la filosófica, — la última de las cuales me es desconocida, así como ignoro en qué se diferencia la primera de la tercera, — y las declaraba todas inadmisibles é ineficaces por la poderosa razón de que ninguna de las escuelas que las patrocinan puede hablar al *pueblo pobre* de abnegación, de Dios, de autoridad, cosa que sólo es dado hacer á los correligionarios del Sr. Sanchez.

Aparte de que la mejor contestación que á esto se puede dar es preguntar, como hacía el Sr. Alvarado: si sólo vosotros podeis resolver el problema, ¿por qué no lo habeis resuelto?, cuando yo oía al Sr. Sanchez hablar de esta impotencia de todas las escuelas, ménos la suya, pensaba que en la lucha trabada hoy entre la Iglesia y la civilización moderna, los defensores de ésta se hallan respecto de los de aquélla en una posición análoga á la que ocupó San Pablo respecto de los judeo-cristianos, atentos á convertir en religión nacional la que para aquél era religión universal, y á dar á la ley escrita la importancia que él daba á la grabada «en tablas de carne del corazón;» porque si,

segun el Apóstol, «cuando los gentiles, que no tienen ley, naturalmente hacen las cosas de la ley, esos tales que no tienen ley, ellos son ley á sí mismos; y demuestran la obra de la ley escrita en sus corazones, dándoles testimonio su misma conciencia y los pensamientos de dentro, que unas veces los acusan y otras los defienden;» y «si el que naturalmente es circunciso cumple perfectamente la ley, te juzgará á tí que con la letra y con la circuncision eres transgresor de la ley; porque no es judío el que lo es manifiestamente, ni es circuncision la que se hace exteriormente en la carne; mas es judío el que lo es en el interior, y la circuncision del corazon es en espíritu y no en letra,» bien podemos hoy, todos los que defendemos la civilizacion moderna, uno de cuyos elementos esenciales es el Cristianismo, invocar esa ley escrita en el corazon y de que da testimonio la conciencia; bien podemos decir que no es cristiano el que lo es manifiestamente, ni comunión la participacion en ritos exteriores; sino que es cristiano el que lo es en el interior, y es comunión la participacion en el espíritu y en los principios del Cristianismo. En comprobacion de esto viene una revelacion que nos hizo el Sr. Sanchez, al ménos para mí lo es, porque ántes no la he oido en la teoría, y ménos la he visto en la práctica. Nos decía que los ricos deben dar á los pobres la mitad de lo que ganan; y yo le pregunto: si tienen ese deber, ¿cómo es que, á pesar de ser tanto el poder de la Iglesia, no consigue que los fieles lo cumplan? ¿Cómo es que no se emplean para este fin los medios puestos en prác-

tica para alcanzar el cumplimiento de deberes de otro género?

Otro contraste buscaba el Sr. Sanchez entre la conducta de su escuela y las opuestas, cuando decía: «el Cristianismo no ha solevantado las masas.» Es verdad; pero si con esto se quiere dar á entender que de una parte ha habido siempre moderacion y de otra apasionamiento, recordaré al Sr. Sanchez que los Padres de la Iglesia han escrito acerca de la riqueza y de la propiedad cosas que nada tienen que envidiar, en cuanto á energía, á lo dicho por los socialistas y demagogos modernos; y cuenta con que hago constar un hecho, sin que sea mi ánimo censurarle, pues, aparte de ciertas exageraciones y de que confunden casi siempre la moral con el derecho, no rechazo el sentido general que los inspira. Y si atendemos á lo que pasa en nuestro tiempo, en las obras de escritores católicos y en sus Congresos podemos hallar descripciones de la condicion de los obreros que han producido entre conservadores é individualistas un escándalo que por mi parte, dicho sea de paso, no encuentro justificado; pero el hecho es que lo han producido al igual de las que hacen los socialistas.

La religion directamente sólo puede resolver el *problema social* en su aspecto religioso; los demas sólo le tocan en cuanto la piedad y la moralidad influyen en todos los órdenes de la actividad. ¿Es que puede ni debe la Iglesia ocuparse de la organizacion de la propiedad ó del crédito, ó dar su opinion favorable á la proteccion ó al libre cambio? En el fondo de

estas cuestiones no tiene para qué entrar; no hará poco si consigue que á las relaciones económicas entre los hombres presida la abnegacion y no el interes, el principio de humanidad y no el egoísmo. Y hé aquí por qué os decía al comenzar que, para resolver el problema social, el individuo debía inspirarse en la *solucion cristiana*; porque, si estimo equivocada la pretension absorbente de los más de los católicos, lo propio me parece la de aquellos que, cayendo en la opuesta exageracion, desconocen por completo la importancia de este elemento. No sucedería esto si, en vez del sentido estrecho y mezquino que se da en la práctica á la *caridad cristiana*, se enseñoreara de los espíritus el completo y acabado que de ella da el Apóstol de los gentiles, cuando dice: «Si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviera caridad, soy como metal que suena ó campana que retiñe; y si tuviera profecía y supiese todos los misterios y cuanto se puede saber, y si supiese toda la fe de manera que traspasase los montes, y no tuviese caridad, nada soy; y si distribuyese todos mis bienes en dar de comer á los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece; no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal; no se goza con la iniquidad, mas se goza con la verdad; todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.....» No es extraño que, despues de hacer esta

descripcion, diga que de estas tres cosas, la Fe, la Esperanza y la Caridad, la mayor es la Caridad. Hoy, ciertamente, no es la mayor ni la primera.

Y para que no diga el Sr. Revilla que, sobre ser una quimera y una ilusion esto que él llama *Cristianismo esencial*, es casi una singularidad mia, recordaré que escritores que no deben pasar por sospechosos coinciden en atribuir á aquél un papel importante en la solucion de los problemas sociales. Así, por ejemplo, Laveleye, que se lamenta de que la cena de los primeros tiempos del Cristianismo no es ya desgraciadamente más que una ceremonia litúrgica, un frio símbolo, en lugar de ser una realidad viva, dice que «si un soplo nuevo de *caridad cristiana* y de justicia social no viene á calmar todos estos odios, la Europa, presa de la lucha de clases y de razas, está amenazada de caer en el caos;» y Manuel Fichte afirma que «el Cristianismo lleva todavía en su seno un poder de renovacion que ni siquiera se sospecha,» y espera que llegará un dia en que «se revelará al mundo con toda la profundidad de sus conceptos y con toda la riqueza de sus bendiciones.»

Y dicho esto respecto de la escuela conservadora y de la religiosa, pasemos á la individualista, la socialista autoritaria y la socialista radical, que interesan más directamente al problema en que nos ocupamos.

XXIV.

La *escuela individualista*, la de los llamados *economistas*,—denominacion que tiene el grave inconveniente de arrojar fuera de la ciencia las doctrinas contrarias, y de aquí la absurda oposicion que se ha pretendido ver entre la economía política y el socialismo,—tiende á resolver la supuesta antinomia entre la sociedad y el individuo, origen del problema que estudiamos, desde el punto de vista del último; sostiene que el mundo económico está regido por leyes que no es dado al hombre suspender ni modificar; que el resultado que se produce cuando se las deja funcionar, es el mejor posible, siendo no sólo vano, sino contraproducente, todo esfuerzo que se dirija á alcanzar otro superior; y, por tanto, que si por *problema social* se quiere dar á entender algo que procede de imperfecciones en el organismo económico mismo, no existe; si el resultado de ciertas restricciones de la libertad, el remedio consiste en consagrar ésta por entero; y si la falta de equilibrio entre los medios y las aspiraciones, declara que sólo en parte es posible alcanzarlo, y en ésa por virtud de la reforma del individuo y del ejercicio por parte de éste de todos sus derechos, siendo el de asociarse el más importante; concluyendo, en suma, por proclamar, ya como solución única, ya como condicion precisa de la que sea posible, la famosa máxima del *laissez faire, laissez passer*.

Para apreciar con exactitud el punto de vista de esta escuela, veamos uno por uno los principales argumentos que se le han dirigido, ántes desde el campo socialista que se presentaba como el opuesto y enemigo de la ciencia económica, y hoy dentro y en el seno de esta misma por los que se han apartado de la antigua *ortodoxia*, y que cada día van siendo más numerosos.

Consiste el primero en echar en cara á los individualistas su modo de concebir las *leyes de la vida económica*, que los conduce á un verdadero *fatalismo*, pues que, con tal que por parte del Estado no se ponga obstáculo al imperio de aquéllas, lo que bajo de ellas suceda es irremediable, lo único posible y, por añadidura, lo mejor; habiendo llegado los que así arguyen hasta negar la existencia de semejantes leyes, con lo cual, si los unos han tendido á creer inútil el estudio del modo de impedir lo que estiman que es efecto inevitable de la fuerza de las cosas, los otros, por el contrario, han juzgado tanto más posible el idear reformas, cuanto que no admitían la imposición de esos supuestos límites necesarios. Yo no alcanzo cómo ha podido desconocerse la existencia de esas leyes; ¿no rigen las de la lógica la vida del pensamiento? Pues ¿por qué no han de presidir otras á la vida económica? No hay conocimiento sin actividad por parte del que conoce y sin objeto conocido; hé aquí una ley lógica, evidente. Pues tampoco hay producción sin trabajo y sin objeto natural sobre el cual recae aquél; hé aquí una ley económica igualmente mani-

fiesta. La ley es la expresion de lo permanente en medio de lo vario, y por eso es derivacion necesaria de la naturaleza de los séres, y de la del hombre se deducen todas las que presiden á su desenvolvimiento en la vida. Así, al modo que el filósofo no puede inventar arbitrariamente un método lógico, al político no le es dado idear una organizacion cualquiera del Estado, ni al economista fantasear la económica que bien le cuadre; sino que, por el contrario, cada cual patrocina y defiende una por estimarla fundada en la razon y en la *naturaleza* humana. Los individualistas, por tanto, están en lo cierto cuando afirman la existencia de esas leyes; pero se equivocan muchos de ellos: primero, cuando se imaginan que aquéllas son pocas en número, sencillas en su modo de obrar y conocidas ya poco menos que infaliblemente; segundo, cuando olvidan la combinacion de unas leyes con otras, su subordinacion respectiva, y el enlace de las económicas con las que presiden á las demas esferas de la vida; y tercero, cuando concluyen de la existencia de aquéllas la inaccion del individuo y de la sociedad, en vez de mostrarles lo infinito y vario de la obra que pueden hacer bajo ellas. Así, por ejemplo, acumulándose el capital constantemente, y no sucediendo lo mismo con el trabajo, segun una ley económica, aquél debía abaratarse y éste encarecer, porque la oferta del uno crece sin cesar, miéntras que la del otro es próximamente la misma, y sin embargo no sucede así. ¿Será porque la ley es inexacta? No; es que, por virtud de

otras leyes, el aumento de poblacion, la carestía de los alimentos, la distraccion de los capitales para otros fines, como las especulaciones de la Bolsa y los préstamos al Tesoro, etc., la relacion entre aquellos términos cambia y no es la que se suponía. Otro ejemplo: hemos visto en el día anterior que á veces la preocupacion ó la costumbre estorbaban el cumplimiento de la ley de la oferta y del pedido, como sucede en el caso de los prestamistas, á quienes muchos no hacen competencia porque repugnan ejercer esa profesion, ó como acontece en aquellas comarcas en que la costumbre determina é impone las condiciones de los arrendamientos. ¿Es que no es cierta la ley? Lo es; pero en medio de un régimen de libre competencia, en el que el interes no sea contrabalanceado por móviles de otro género. En una palabra, como dice un economista inglés, que sostiene la certeza de tales leyes, pero como *tendencias*, hay causas perturbadoras que producen modificaciones análogas á las que impiden á los astros seguir en su movimiento la línea matemática, haciéndoles oscilar á uno y otro lado de la misma. Para los individualistas, la sociedad camina dentro de esas leyes como la locomotora marcha por los rails; y yo diría que camina más bien como un carruaje por una carretera, de la cual no se sale, pero dentro de la que va haciendo curvas mayores ó menores, segun las circunstancias del vehículo, de los animales que lo arrastran y del cochero que lo guía.

Esto me conduce á examinar otro cargo que se

ha dirigido á esta escuela. Se dice: despues de afirmar este *fatalismo de las leyes económicas*, los individualistas tienen que concluir necesariamente en que nada es posible hacer para corregir esas supuestas imperfecciones sociales, y de aquí su *optimismo*, su *falta de ideal* y el ardor con que consiguientemente defienden la actual organizacion social y económica. Es indudable la tendencia de los llamados economistas á demostrar que *lo que es es lo que debe de ser*, no contentándose con hacer ver la conveniencia y las ventajas históricas del actual modo de ser de la vida económica, sino proclamándolo como esencial y único; por eso la antipatía, ó por lo ménos desconfianza, con que reciben todo conato de reforma, toda aparicion de instituciones nuevas económicas, mostrándose siempre inclinados á ver en ellas el ensueño y la utopia; por eso, por ejemplo, al ver que el salario es en la actualidad la forma predominante de retribuir el trabajo, defienden sus excelencias para hoy y para siempre, y en cambio vieron el movimiento cooperativo, nacido á pesar de ellos, con manifiesta desconfianza; y por eso forman singular contraste la energía y la eficacia de sus esfuerzos en punto á reformas jurídico-económicas con la escasa atencion que prestan á las mejoras que atañen al orden económico mismo, las cuales hoy se producen más por el movimiento instintivo y espontáneo de los pueblos que por las revelaciones de la ciencia. Un economista ha dicho, y con razon, que la ciencia económica no está más ligada á la organizacion existente de lo que lo está la mecáni-

ca al actual sistema de ferro-carriles; y así como éstos no excluyen medios de locomoción más progresivos, tampoco deben elevarse á la categoría de dogmas las condiciones particulares que se muestran en aquella de suerte que hayamos de mirar con prevención á quien pretenda su sustitución por otras. ¿Qué es la historia económica más que una serie de nuevas formas y nuevos modos de vida? Si hay en este respecto abismos entre el mundo antiguo y la Edad média, así como entre ésta y la época presente, ¿por qué nos hemos de asombrar que se anuncien para lo porvenir cosas que se diferencian radicalmente de las actuales? Bueno que se rechacen todas las que contradigan las *leyes esenciales* del organismo económico; pero no vayamos á atribuir ese carácter á *hechos* transitorios que pueden desaparecer en un período más breve ó más largo.

La consecuencia que de todo lo anterior se desprende, es el *laissez faire, laissez passer*, como principal y para algunos única solución de todos los problemas; y hé aquí el tercer argumento que á los individualistas dirigen sus adversarios. Ante todo, debo haceros notar que al argüir de tal modo, son éstos injustos con aquéllos bajo dos puntos de vista: en primer lugar, atribuyendo exclusivamente á los economistas un concepto abstracto de la libertad que ha sido característico de casi todo el liberalismo moderno hasta há poco; y en segundo, olvidando el origen y el fin de esa célebre máxima, dirigida al Estado, y sólo á él, y empleada como ariete contra la anti-

gua organizacion absorbente del mismo. Pero siendo esto cierto, no lo es ménos que los individualistas de tal suerte se preocuparon con este aspecto de la cuestion, que es esencialmente *jurídico*, y tales ilusiones se hicieron respecto de los frutos inmediatos y espontáneos de la libertad, que sólo á su falta atribuían los males existentes, y cuando aquélla se consagraba y éstos continuaban, los declaraban irremediables. En esta misma discusion oísteis al Sr. Alvarado, nuevo y noble adepto de esta escuela, que allí donde existía el *problema social*, era porque no se habían atendido los consejos de los economistas; en una palabra, porque la libertad estaba negada ó restringida; aserto manifiestamente erróneo, y ahí está para demostrarlo Inglaterra, país clásico del *laissez faire*. Esta podrá ser la solucion, repito, de la cuestion de derecho; pero despues que me *dejen* hacer, queda, como dice Laveleye, esta pregunta por contestar: y ahora ¿qué *debo* hacer? Porque los individuos y los pueblos pueden ejercitar su libertad haciendo cosas muy distintas, y de que sean libres no se deduce que sean buenas, así como de que desaparezcan todas las trabas, no se deduce que lo que resulte en el hecho sea bueno. La libertad de testar produce efectos distintos en Cataluña, en Inglaterra y en los Estados-Unidos: ¿todos son igualmente buenos? La propiedad está acumulada de un modo extraordinario en Andalucía y Extremadura y desmenuzada y pulverizada en Galicia: ¿es lo mismo una cosa que otra? La ciencia económica es la que debe guiar y aconsejar dando contestacion á

aquella pregunta, y dándola, primero, bajo el punto de vista exclusivo de su fin inmediato, que es la riqueza; y luégo, bajo el de la combinacion de este interes con todos los demas humanos; en una palabra, ella es la que debe enseñar al hombre los principios segun los que la libertad debe ser regida y dirigida para la consecucion del bien en el órden económico.

Haciéndolo así, no habrá ya ni pretexto para hacerles otros cargos, tales como el de que preconizan una armonía entre los intereses que es imposible, y que ponen por encima de todo el *interes personal*. Suelen olvidar los economistas, y más aún sus contradictores, que el ilustre Bastiat proclamó aquella armonía, pero no así como quiera, sino entre los *intereses legítimos*, término este último sobre cuya trascendencia de sentido no necesito llamar vuestra atencion, pues es visto que tal *legitimidad* arguye conformidad, no ya con la ley positiva, sino con la natural, y por tanto que equivale á decir que los intereses son armónicos cuando se subordinan á la razon, de donde se sigue que no basta para ello que haya libertad, puesto que el ejercicio de ésta puede ser *legal* y sin embargo *ilegítimo*, como lo es siempre que no nos inspiramos en móviles racionales. Reconocido esto, no se correrá el peligro de favorecer el egoísmo, como lo han hecho algunos escritores indirectamente al caer en exageraciones opuestas á las del ascetismo, y de un modo directo los que han llegado á decir en crudo el absurdo de que la Economía política es la ciencia del *interes personal*.

Y, finalmente, siguiendo por este camino dejarán de dar motivo para que se les diga que á la par que olvidan el orden moral, penetran en el del derecho, hasta el punto de ocuparse de él como si fuera el suyo propio. Desde el momento en que se convencen de que no basta proclamar la libertad, por fuerza han de sentir la necesidad de investigar los principios que deben regirla, y esto los llevará: primero, á mirar la moral, no como esfera coordinada y paralela á la económica, sino como elemento esencial y constante de ésta, á la cual debe presidir é inspirar al igual que lo hace en todas las demás en que se desenvuelve la actividad humana; y segundo, á reconocer que la cuestión de derecho sólo entra como relacion en el campo de la economía, mientras que los puros problemas económicos, los de fondo, son los propios de esta ciencia y los que reclaman la atención de cuantos la profesan.

Yo bien sé que, como decía el Sr. Rodriguez, cuando los economistas se ocupan de las relaciones del Estado con el orden económico, lo hacen como jurisconsultos y en uso de un perfecto derecho; pero la verdad es que teniéndolo igualmente para constituirse en moralistas, se han mostrado ménos dispuestos á ejercitarlo, y en cambio aquel otro lo han utilizado con tal ardor, que con frecuencia el jurisconsulto ha oscurecido al economista. Además, los largos capítulos que á menudo se encuentran en los libros de economía sobre el *derecho* de propiedad, demuestran que no se respetan siempre los límites que separan aquella ciencia de la jurídica.

Pero justo es reconocer que estos argumentos no alcanzan por igual á todos los adeptos de esta doctrina, y sí tan sólo á aquellos que yo me permitiré llamar economistas *inocentes*. Ellos han tomado de un modo mecánico las soluciones de la escuela, sin entenderlas ni profundizarlas, y con proclamar á toda hora la *armonía de todos los intereses* y presentar como panacea á todos los males el *laissez faire*, han llegado hasta á poner en caricatura á aquélla con menoscabo de la ciencia misma, porque si todas las enseñanzas de la Economía política se redujeran á esa célebre máxima, la consecuencia lógica que de aquí se desprende es que allí donde se ha realizado y es ya un hecho, ó poco ménos, como en Inglaterra, Holanda, Suiza, etcétera, es aquélla una ciencia inútil, como ha dicho Cairnes, quien se explica así cierto desprestigio en que ha caído en su país. Pero al contrario de éstos, los demas individualistas no sólo libran á la doctrina de una parte de tales cargos, sino que están en camino de salvarla de aquella otra en que pueden ser fundados. ¿No os dicen nada la entusiasta defensa que del movimiento cooperativo hacía el Sr. Pedregal, la declaracion del Sr. Alvarado, de que al período de las negaciones de la revolucion moderna debía seguir el de las afirmaciones, y las más numerosas y trascendentales del Sr. Rodriguez? Cuando éste reconocía que la sociedad era un organismo, y por tanto algo más que un conjunto ó suma de individuos; cuando explicaba cómo el carácter necesario de las leyes económicas no obsta á la libre actividad del hombre, va-

liéndose de la feliz comparacion con el buque que navega con viento por la proa; cuando repetía que el *laissez faire* era solucion del aspecto jurídico de las cuestiones económicas, y nada más; cuando confería al Estado la realizacion del derecho, el cual es algo más que la libertad, y cuando proponía por su parte los medios de resolver el problema social, cuya existencia reconocía, venía á contestar á una buena parte de los argumentos que hemos examinado. Y lo que ha pasado en este recinto, léjos de ser un hecho aislado, responde á un movimiento general en el seno de la escuela individualista.

Hace poco Courcelle-Seneuil declaraba, en la Sociedad de Economía Política de París, que los economistas no eran enemigos del movimiento cooperativo, sino que se limitaban á mostrar que los franceses no tienen hoy condiciones para el caso cuando han pasado dos siglos desde que *desaparecieron las antiguas organizaciones sin haberse creado otras nuevas*. Y Molinari, que suele ser considerado como el genuino representante del individualismo exagerado, está publicando ahora mismo unos estudios en el *Journal des Economistes*, en los cuales habla de la *opinion*, de la *costumbre*, etc., como medios que se pueden emplear para hacer que no haga cada cual lo que quiera y pueda, donde se rectifica el sentido abstracto de la libertad y se reconoce la fuerza de la sancion social; y defiende la *tutela*, esta institucion que con tanto recelo han mirado los economistas, y no habla de la permanente que se ejerce sobre menores de

edad, penados, etc., sino de la temporal y transitoria que segun el estado de los pueblos debe alcanzar á la religion, á la ciencia, á la beneficencia, etcétera; donde, no obstante ser el distinguido escritor fervoroso partidario de la libertad, ó del *self-government*, segun él dice, y enemigo del régimen de la tutela permanente, admite ésta como transicion, tomando en cuenta quizá que la Economía, como toda ciencia social, si tiene una parte de Fisiología, tiene otra de Terapéutica. Este movimiento es tanto más natural, cuanto que pecando la escuela individualista principalmente por su carácter *negativo*, más que rectificar errores, lo que tiene que hacer es llenar vacíos; y léjos de haber de renunciar al principio de que ha sido tan celosa y entusiasta propagadora, á esa libertad por cuya consagracion ha luchado con tanta energía, la obra que le cumple llevar á cabo es ayudar á ilustrarla y dirigirla, comenzando por abandonar el concepto abstracto de la misma hoy todavía reinante.

Que este movimiento de rectificacion y ensanche de doctrinas y puntos de vista en el seno de la escuela individualista ha de reflejarse en el modo de apreciar el *problema social*, es cosa clara y evidente. Cesará el optimismo de los que niegan hasta su existencia y el pesimismo de los que atribuyen todos los males existentes á la misma condicion humana y á las leyes fatales que de ella se derivan, declarándolos por tanto irremediables; se moderarán las desconfianzas respecto de los planes de reforma social; se compartirá la atencion entre las cuestiones referentes á

la producción y á la circulación de la riqueza, que han sido hasta aquí casi las únicas estudiadas, y las relativas á la distribución y sobre todo al consumo, *capítulo por escribir* de la Economía política, como dice un escritor norte-americano en la portada de un libro recientemente publicado; y léjos de decir con Coquelin: la ciencia no ordena nada, no aconseja nada, no prescribe nada,—aconsejará y prescribirá todo lo que entienda que conduce al mejor cumplimiento del fin económico, á la realización del ideal, pues, sobre haberle en esta esfera de la vida como en todas, claro es que, tratándose de un sér libre, podemos modificar y amoldar nuestros hechos á las exigencias de la justicia, de la moralidad y del bienestar general; y, por último, la actividad, ántes consagrada casi exclusivamente á investigar el papel que en medio de estos problemas tocaba hacer al Estado, se dirigirá á inquirir la obra que para alcanzar su solución corresponde llevar á cabo al individuo y á la sociedad.

XXV.

La escuela *socialista autoritaria* ó *gubernamental* comprende una variedad de matices que corresponde á la de fuentes ó causas á que debe su nacimiento. En primer lugar, encontramos en el orden de los hechos aquel que es continuación del *socialismo histórico*, esto es, consecuencia del antiguo modo de concebir el Estado, y que ha venido resistiendo todos

los embates del liberalismo individualista. Luégo, en frente de las reformas propuestas y preconizadas por éste con un sentido universal que pedía, en nombre de la lógica, la aplicación de aquéllas á todas las esferas, los que lo resistían por desconfiar de la libertad, opusieron á tales pretensiones lo que podemos llamar el *socialismo conservador*. Y, por último, en el seno de la ciencia se rompió la unidad de miras y de soluciones que hace años parecían dominantes, y al lado de la antigua *ortodoxia* economista ó individualista aparecieron tendencias disidentes, la más importante de las cuales es el *socialismo de la cátedra*.

Todos ellos tienen de comun el modo general de concebir el Estado, aunque luégo se diferencien en cuanto á los principios que deben regir é inspirar á éste, pues que si el *socialismo histórico* se mantiene por la fuerza del hecho, el *conservador* atiende principalmente al interés de las clases acomodadas y el *científico* á la mejora de la condición del proletariado. Por ello es este último el que reclama aquí nuestra atención.

Que en estos últimos años se ha verificado una transformación radical en la ciencia económica, es cosa que nadie puede poner en duda. A la unanimidad ha sucedido la discusión; á la confianza en las conclusiones consagradas, la revisión de todo lo hecho hasta aquí; á la intransigencia ortodoxa, la discusión y la tolerancia; al espíritu crítico y negativo, el positivo y reconstructor; al prurito de defender y consagrar el régimen económico existente, el vivo deseo de mejo-

rarlo; al aislamiento y predominio de la ciencia económica, la aspiración á relacionarla en estrecho vínculo con las demás; á la preocupación exclusiva por la libertad, por los problemas jurídico-económicos, el interés por las cuestiones puramente económicas; al optimismo de los antiguos economistas, las aspiraciones de los modernos á la reforma y á la mejora en este órden importante de la vida. Esto decíamos en otra ocasión, y cada día hay más motivos para repetirlo; pues si ántes señalaban más ó ménos estas tendencias Stuart Mill, Baudrillart, Dameth, Reybaud, Sbarbaro, Minghetti, List, Stein, Roscher, Knies, hoy la acentúan más y más Thorton, Cairnes y Fawcett, en Inglaterra; Bonnet y Leroy-Beaulieu, en Francia; Luzzati, Forti, Lampertico, en Italia; Nasse, Schmoller, Held, Schäfle, Wagner, Cohu, etc., en Alemania.

Viniendo al punto que nos interesa, los economistas alemanes y los italianos han planteado la cuestión en la esfera del derecho, diciendo que, á ser exacto el punto de vista de los individualistas, aquél no tendría otra cosa que hacer que consagrar la libertad; y la mayor parte de la legislación civil habría de suprimirse; afirmando ellos que, léjos de haber de ir reduciéndose y retirándose el derecho con los progresos del tiempo, habrá de suceder todo lo contrario; y concluyendo consiguientemente por rechazar la máxima del *laissez faire* preconizada y mantenida por los economistas ortodoxos. Hay en este argumento una parte que es fundada y otra que no lo es. Ciertamente que no basta consagrar la libertad, pues además de no

constituir ésta el solo contenido del derecho, sobre ella está la naturaleza misma de las instituciones jurídicas; y así, por ejemplo, el hombre no puede enajenarla haciéndose esclavo, ni vincular ó amortizar la propiedad, ni constituir un censo irredimible ó una hipoteca general y oculta, etc. Y cierto es también que, siendo el derecho condición para la vida, según que ésta se vaya haciendo más rica y compleja, ha de seguir aquél un movimiento análogo. Pero entre estos principios, que son exactos, y las consecuencias que de ellos pretende deducir el socialismo autoritario, patrocinado por los *socialistas de la cátedra*, média un abismo que la lógica no autoriza á salvar; porque de que el derecho condicione algo más que la libertad no se sigue que haya de sacrificarse ésta, y ménos que se haya de desnaturalizar aquél convirtiéndolo en *causa* de la vida; así como las nuevas exigencias de ésta llevarán consigo ulteriores desenvolvimientos jurídicos, pero habrán de conservar siempre su carácter de tales. En una palabra, el Estado se retirará, como dicen los individualistas, de los otros órdenes de la actividad en que hoy penetra de un modo directo, y en tal sentido se *reducirá* su esfera de acción, pero continuará condicionándolos todos, en cuanto institución de derecho, y en tal concepto se *ensanchará* en la misma medida que aquéllos crezcan y se desenvuelvan.

Este modo de concebir el Estado, que hoy goza de cierto favor en Alemania y que ha sostenido aquí en más de una ocasión el Sr. Moreno Nieto en los años anteriores, inspiraba en el actual al Sr. Revilla,

y principalmente al Sr. Romero Giron. Este lo des-
envolvía con toda franqueza y claridad, y así, recha-
zando el título de socialista, decía que se llamaría *es-
tadista*, si este vocablo no tuviera en nuestra len-
gua una acepción determinada y distinta de la que él
quería expresar. Veamos, pues, qué es el Estado
para el Sr. Romero Giron.

Tres funciones le atribuía: la realización del dere-
cho, el ejercicio de una tutela permanente sobre la
sociedad, y el de un como poder que llamaba de *in-
tegración*, con lo que quería dar á entender, á mi jui-
cio, que el Estado debía procurar el cumplimiento
del destino humano, no sólo posibilitándolo, sino ha-
ciéndolo efectivo allí donde por sí sólo no se realiza-
ba. Atento á demostrar, en suma, que aquél entien-
de en algo más que el derecho, nos citaba como
ejemplos la propiedad, la libertad religiosa, la perso-
nalidad, los principios morales que se aplican en los
tribunales de equidad, así como los que, junto con
los piadosos y científicos, se toman en cuenta al pro-
curar la corrección de los penados, las bibliotecas y
museos, los caminos, puertos, telégrafos y faros que
posee el Estado, etc., etc. En esta serie de ejemplos
debemos distinguir varios grupos. En primer lugar,
yo no sé cómo el Sr. Romero Giron citaba la pro-
piedad, la personalidad y la libertad religiosa como
pruebas de su tesis, puesto que no hay nadie, por in-
dividualista que sea, que desconozca que existen en
el derecho esferas correspondientes á esos objetos ó
fines. ¿Quería decir que el Estado necesitaba conocer

la naturaleza de esas cosas que en sí no son jurídicas? Eso es evidente, como que el derecho es por esencia *condicion y forma*, y por lo mismo há menester del auxilio que le prestan las ciencias que estudian el *fondo condicionado*, y así, por ejemplo, la Antropología le muestra lo que es la personalidad, y la Economía le enseña lo que es la propiedad; pero una y otra cosa las conoce en cuanto es preciso para declarar el derecho de la personalidad y el derecho de propiedad, y claro es que esto es derecho. Citaba, con motivo de la libertad religiosa, lo sucedido há poco tiempo en Chicago, donde la autoridad civil hubo de entender en una cuestion de enterramiento, resolviendo que se llevara á cabo uno contra la negativa de una Iglesia, de donde deducía el Sr. Romero Giron que el Estado entendía en un asunto que no era jurídico y sí religioso. Merece recuerdo este punto, porque se está repitiendo con frecuencia en el extranjero, y en nuestro país hay ahora, en el afan de huir del antiguo regalismo, una especie de prurito por negar al poder civil toda intervención en estas materias. El caso nada prueba, porque el Estado no resuelve en modo alguno una cuestion religiosa ni doctrinal, y sí tan sólo una de procedimiento. ¿Merece un fiel ser enterrado en la forma consagrada y admitida en su Iglesia? Este es punto que á la comunión religiosa misma toca resolver. Pero para decidirlo, la ley, estatuto ó cánón de ésta establece cierto procedimiento que es la garantía de todos sus miembros, y para hacer guardar esos trámites, para mantener esa salva-

guardia de los derechos de los asociados, para eso y sólo para eso interviene el Estado; y decir que al hacerlo resuelve una cuestion religiosa, es tan inexacto como lo sería el afirmar que la autoridad resolvía una cuestion científica si llega á zanjar una que pudiera surgir entre este Ateneo y uno de sus miembros, si por acaso lo expulsáramos de esta sociedad faltando á todas las prescripciones reglamentarias. En segundo lugar, los tribunales de equidad no aplican principios morales, pues, sin entrar ahora en el exámen de lo que aquélla es y significa en el derecho, salta á la vista que desde el momento en que un tribunal, cualquiera que sea, entiende en un asunto, éste es jurídico, y en tanto debe resolver segun principios jurídicos, ya sea ésta ó aquélla la fuente de donde se derivan. En tercero, el que el Estado tenga el deber de procurar la correccion del delincuente y haya por lo mismo de atender á su educacion religiosa, moral y profesional, no prueba que religion, ciencia, moral é industria sean fines directos para él, como no lo son la medicina y la química, aunque se valga con frecuencia de la una y de la otra en la investigacion de los delitos, puesto que así éstas como aquéllas son sólo *medios* para el cumplimiento de su fin propio. Y por último, si el Estado posee caminos, puertos y faros, ya vimos en el dia anterior cómo era ésta una propiedad colectiva necesaria, que, rigurosamente hablando, pertenece á la sociedad y no á aquél; y si posee bibliotecas y museos, explota industrias, mantiene la enseñanza oficial, etc., lo que importa demos-

trar es si debe hacerlo con carácter permanente ó sólo por efecto de la tutela, transitoria como tal, que le toca ejercer sobre todos esos órdenes de la actividad.

Porque éste es el punto grave de la cuestion. Desde el momento en que se atribuye al Estado otra mision que el cumplimiento del derecho, hay que encomendarle la direccion misma de la vida social, y en tal caso se emprende un camino en el cual no es dado detenerse allí donde mejor nos cuadre. Ahora bien, eso es lo que se hace cuando se habla de ese poder de *integracion*, cuando se presenta al Estado como lo primero, fundamental y supremo en la sociedad, y tambien cuando se suaviza aparentemente eso mismo encomendándole una *tutela* que á seguida se desnaturaliza haciéndola permanente, siendo así que la índole misma de la institucion reclama que sea transitoria.

Este sentido del *socialismo autoritario* se revela en el modo como expone y resuelve el *problema social*, aunque hay entre la parte crítica y la dogmática una notable diferencia que habeis podido ver reflejada en los discursos de los [Sres. Revilla y Romero Giron, enérgicos y con frecuencia atinados en la primera, y vagos é indecisos en la segunda, que es lo mismo que pasa á los escritores que representan esta tendencia en el mundo científico. Poderosos y abundantes en doctrina todos ellos cuando examinan el actual modo de ser de la vida económica, decaen al proponer soluciones, concluyendo á veces por declarar

insoluble el problema social, como hacía el Sr. Revilla y el mismo Sr. Romero Giron, y eso que éste propuso algunas, tales como la modificacion de las leyes de sucesion intestada, cuyo sentido general yo acepto: la desaparicion de la hipoteca, que en el dia anterior combatí; la imposicion del arrendamiento perpétuo, que llevaría consigo la exclusion forzosa de los temporales, cosa que me parece inadmisibile; el impuesto progresivo, aunque no sé si en los términos que tuve el honor de exponer al ocuparme en este punto; la regulacion del trabajo, que en mi juicio sólo es justa y conveniente respecto de las mujeres y de los niños; no sé qué reconocimiento de las mercancías ú objetos manufacturados, que, segun se entienda, ó es cosa ya prevista en los Códigos penales, ó nos conduciría á las antiguas leyes de policia; el restablecimiento de los gremios, sólo aceptable por lo que tenían de asociaciones, pero en modo alguno en lo que era efecto de un espíritu de absurda reglamentacion; y la retribucion proporcionada del trabajo, deseo excelente y justo que á rodos nos animà, incógnita que todos nos esforzamos para descifrar, pero que si lo encomendáramos al Estado, nos conduciría á una aplicacion universal de la *tasa*.

Este novísimo *socialismo autoritario* es, en la esfera de la vida, una protesta contra la estrechez del antiguo individualismo ortodoxo, y acusa, en el órden de la realidad, la necesidad de la tutela temporal del Estado; pero peca al desnaturalizar el fin de éste atribuyéndole el ejercicio de aquélla como funcion

permanente, é incurre en una grande y manifiesta consecuencia, notada por el Sr. Pisa, puesto que al modo que los conservadores individualistas cometen la de admitir en el órden económico una libertad absoluta que niegan respecto de las otras esferas de la actividad, estos socialistas liberales que, como hemos visto, la rechazan en aquélla, la piden sin límites para el arte, la ciencia y la religion. Ambos escollos se salvan manteniendo la justicia y la conveniencia de la tutela, pero en los términos que en el dia anterior tuve el honor de exponer; esto es, no caminando á una constitucion del Estado, que sería, por lo absorbente é invasora, análoga á la del antiguo régimen, aunque hubiera de inspirarse en otros principios y en muy distintos propósitos, sino facilitando y alentando la formacion de los organismos sociales que en el porvenir habrán de realizar por sí é independientemente los distintos fines de la actividad.

XXVI.

El *socialismo radical*, militante más que científico, se caracteriza por su organizacion unitaria é internacional, y porque, atento más á un interes de clase que preocupado con cuestiones de teoría ó de escuela, entra, como dice Dameth, en una campaña en la que todos marchan de acuerdo para combatir, sin cuidarse mucho del desenlace. La formacion de la *Asociacion internacional de trabajadores*, los terribles sucesos de la *Commune*, el asombroso desarro-

llo del *socialismo alemán*, la aparición del *partido obrero* en los Estados-Unidos de Norte-América, son hechos que revelan su trascendencia é importancia, y la necesidad de prestar á este movimiento una especial atención.

Esta escuela ha tenido en el presente debate un digno representante en el Sr. Borrell, de cuya presencia en este sitio debemos todos felicitarnos; porque, así como hace años, cuando más ardiente era en la Isla de Cuba la lucha, hoy por fortuna terminada, al ver el efecto favorable que en un insular había producido la amplia libertad y la ilimitada tolerancia que presiden á nuestras discusiones, decía un amigo mio: «¡Ah, si pudiéramos traer al Ateneo á todos los cubanos!...» yo digo á mi vez: ¡Ah, si nos fuera dado traer al Ateneo á todos los obreros socialistas!... Muchos errores se desvanecerían, muchas desconfianzas de clase se depondrían, y la solución del *problema social* daría un gran paso.

El Sr. Borrell comenzó tratando una cuestión prévia, que es de grandísimo interés, porque recae sobre dos de los caracteres más peligrosos de este movimiento. El proletariado, decía, nada espera de la religión ni de la política; considera á ambas incapaces é impotentes para resolver el problema; más aún, las estima como un estorbo, y por eso se pone enfrente y anatematiza todos los partidos políticos y todas las religiones, no ésta ó aquella, sino la religión misma, que llegó á declarar *inmoral* el Sr. Borrell. De aquí, por una parte, la supresión del aspecto

religioso del problema social; y por otra, la tendencia á organizar el proletariado enfrente de las otras clases, constituyendo el *partido obrero*.

Nada tendría de extraño, en medio de la profunda crisis religiosa en que estamos envueltos, que el Sr. Borrell desconfiara de esta ó aquella religion y aún de todas las existentes; de lo que no me puedo dar cuenta es de que la rechazara en absoluto, y ménos que lo hiciera en nombre de la moral, cuando precisamente la una encuentra en la otra apoyo y aliento, así en su punto de partida como en su término final. Es aquél la abnegacion, el desinterés, el cual no se explica sino partiendo de la *subordinacion* de la parte al todo, puesto que sin esto cada uno se constituiría en centro de vida al cual trataría de sujetar la restante realidad. Es éste la realizacion del bien, el cual no se comprende sino mediante el reconocimiento de un *bien absoluto* en que está comprendido el destino universal de los séres; y la religion sirve á ambos fines en cuanto nos *subordina* y nos *liga* al infinito, á Dios. Compare el Sr. Borrell la diferencia que hay entre el artesano á quien se manda levantar una pared sin decirle lo que es el edificio de que va á formar parte, y otro que, ántes de poner manos á la obra y durante ella, tiene á la vista el plano de aquél; compare la que existe entre el soldado ignorante que va á campaña y se bate sin saber la causa por que da su sangre é ignorando el objetivo de las acciones que se empeñan, con el instruido soldado alemán que luchaba hace pocos años en Francia sabien-

do lo que significaba para su patria la contienda y llevando en la mochila un plano que le permitía seguir el curso de las operaciones, y podrá sospechar la diferencia que hay entre vivir con religion ó sin ella. En un caso el hombre sabe que su obra en la vida se enlaza con la de los demas, y subiendo de grado en grado, la de un pueblo con otro pueblo, la de un siglo con otro siglo, y de esta suerte el trabajo del más humilde se dignifica y se avalora enlazándose con el de la humanidad toda; en el otro, no ve en su esfuerzo otra cosa que la condenacion de un destino ciego, y mide su eficacia por los efectos inmediatos que produce para su bien personal. Las olas son montañas de agua para el que surca el mar embravecido, y prominencias apenas perceptibles para el que las contempla desde tierra á larga distancia; las colinas de la falda del monte son alturas empinadas para el que las sube, y ondulaciones apenas apreciables para el que las mira desde las cumbres más altas; pues de igual modo las contrariedades de la vida son montañas ó granos de arena segun que las contemplamos á la luz de nuestro destino particular ó del universal de la realidad toda, á la luz de lo finito ó á la de lo infinito, segun que el sentimiento religioso está en nosotros vivo ó muerto. Un hecho referido en un libro que acaba de publicar un norte-americano sobre la historia del socialismo en aquel país, demuestra, no ya la exactitud de estas observaciones, sino que la realizacion de ciertos planes y proyectos pide ante todo la intervencion de

aquel sentimiento. De ochenta sociedades más ó ménos comunistas, fundadas en los Estados-Unidos, sólo las que han surgido de determinadas sectas cristianas, y que son las ménos, han subsistido; las demas, inspiradas por lo general en la doctrina de Owen ó en la de Fourier, todas han fracasado. El hecho vale la pena de que el Sr. Borrell medite de nuevo sobre este punto trascendental.

En cuanto al otro, esto es, á la pretension de desligarse de todas las parcialidades políticas y constituir el *partido obrero*, aparte del error de que procede y en que, por enlazarse con el modo de concebir el Estado, me ocuparé despues, tiene el gravísimo inconveniente de que lleva á sustituir los principios por el interes, en cuanto tiende directamente á hacer de una clase un partido. Son los partidos un elemento necesario de la actual vida política, puesto que sólo mediante ellos es posible la realizacion práctica del *self-government*; pero salta á la vista que lo que les ha de servir de núcleo, de bandera, de aspiracion, tiene que ser una *idea*, la que sus adeptos deseen hacer encarnar ó mantener en las leyes, y por tanto, que el requisito para formar parte de éste ó de aquél ha de ser el aceptar aquélla, no el de pertenecer á una ú otra clase social. Proclamar esto último equivale á declarar que no se trata del interes supremo de los principios, cuya justicia puede ser comprendida por todo hombre y por cuya realizacion todos pueden trabajar, sino de un interes de más ó ménos individuos y á cuyo triunfo han de contribuir los que lo

tengan, y de aquí el carácter *individualista* que veía el Sr. Pisa en el socialismo moderno, aunque haya una aparente contradicción en los términos. Que si se realizara semejante pretensión, quedaría rota la unidad jurídica y retrocederíamos á las enconadas luchas de clases de otro tiempo, perdiendo todo lo ganado hasta aquí, son cosas harto manifiestas. Además, yo, que en otra ocasión he reprobado la supuesta *ilegalidad* del partido socialista, la persecución de la Internacional y la ley de absurda represión que en estos momentos agita á Alemania, porque los condenados al silencio y á la inacción se dicen vencidos y oprimidos, miran como opresores á los que llaman privilegiados, echan en cara á éstos que utilizan el poder, garantía de todos, en beneficio y provecho propio, y así vuelve la sociedad á resultar dividida en clases; debo decir también que, si los conservadores cometen una torpeza al seguir este camino, el proletariado ha dado pruebas de que no es la persecución la que le arrastra por aquella senda, puesto que precisamente en los Estados-Unidos, país que goza de una amplísima libertad, es donde se presenta ya con caracteres alarmantes la constitución del *partido obrero*, y allí no tiene excusa alguna, ni disculpa, ni pretexto.

En cuanto á las doctrinas del *socialismo radical*, en medio de la variedad de matices que comprende, desde el puro comunismo hasta los confines del socialismo autoritario, las que hoy privan en el espíritu del proletariado se resumen en estas dos palabras: *mutualismo* y *colectivismo*. Con aquél pretenden re-

resolver el problema, hoy al parecer insoluble, de la equivalencia de los servicios, mediante una fijacion absoluta de los precios en vista del trabajo prestado, y prescindiendo, por consiguiente, de la relacion entre la oferta y el pedido; y no necesito decir, despues de lo expuesto en otro lugar, cómo por ese camino no se alcanzará aquello á que se aspira. Con éste se proponen resolver el problema de la apropiacion de la tierra y del capital que entregan á colectividades ó asociaciones de obreros para que mediante el trabajo de éstos adquieran aquéllos el poder productor que por sí solos no tienen. Aparte de la doctrina referente á la legitimidad de la renta y del interes, este último propósito no estaría fuera de lugar si no se pretendiera imponer por la fuerza, y de tal suerte que nadie podría quedar fuera de esas agrupaciones ni producir por sí, puesto que resulta la extraña contradiccion de que la tierra y el capital, que es dado utilizar y aprovechar á aquéllas, habrían de permanecer estériles en manos del individuo. Es verdad que el Sr. Borrell reconocía tres formas de propiedad: la individual, la social y la colectiva; cosa en que todos estamos conformes, aunque no siempre empleemos los mismos términos; pero la cuestion estriba en discernir las cosas que pueden ser objeto de cada uno de estos tres géneros de propiedad. El Sr. Borrell admite la individual, pero, al parecer, ésta la constituye tan sólo el fruto del trabajo de cada uno dentro de la respectiva asociacion, y del cual puede disponer para consumirlo, pero no para emplearlo como medio

de produccion; y luégo incluye en la social ó comun todo lo que es gratuito ó de uso comun, como el aire, la tierra inapropiada, los caminos, etc., pero añadiendo que ninguna de ellas pueda llegar á ser propiedad del individuo en caso alguno; sólo lo pueden ser de las agremiaciones, únicas dueñas de la tierra y del capital, y de aquí la llamada *nacionalizacion* de la tierra. Pero ¿cómo llevar á cabo esta expropiacion universal? Sin indemnizacion sería una iniquidad; con ella, ¿de dónde se sacaría el capital para adquirirla? El interes que devengare el tomado á préstamo para este fin, ¿quedaría cubierto con la renta que produjera la tierra al Estado? Y luégo, ¿cómo haría éste la distribucion entre las asociaciones? ¿Sería posible impedir la competencia entre ellas, para que no surgieran los tan temidos inconvenientes de la concurrencia? El Sr. Borrell no dejó de utilizar los trabajos de distinguidos escritores que han defendido la propiedad colectiva, y así nos recordaba el *allmend* suizo preconizado por Laveleye, y áun por Stuart Mill; pero una cosa es mostrar que en la historia es aquella propiedad anterior á la individual, que ésta predomina hoy de tal modo que puede envolver ciertos peligros, que conviene que las sociedades y los pueblos en que la tierra se ha de distribuir y organizar como de nuevo, por ejemplo, en Australia y en los Estados-Unidos, tomen en cuenta todo esto, y otra el pretender destruir la organizacion existente, imponer las agremiaciones de oficios con menoscabo de la individualidad, y al fin y al cabo convertir al

Estado en único productor y propietario universal.

Porque éste es el momento de hacer notar que, por más que el socialismo radical parezca que niega el Estado, en realidad de verdad sucede todo lo contrario, sin que haya una diferencia tan esencial, como á primera vista parece, entre las dos fracciones en que aquél está dividido: *municipalistas* ó *comunalesistas* y *anarquistas*. Estos, uno de ellos el Sr. Borrell, dice, en efecto, que quieren suprimir el Estado; pero luégo resulta que cada una de esas corporaciones ó asociaciones de oficios será necesariamente un Estado, como el municipio ó el *comun* de los otros; así como en ambos casos las relaciones entre unos y otros círculos, llámense como se quiera, habrán de determinar la formación de otros superiores, es decir, el Estado provincial y el nacional. Cabe discutir si esto habrá de verificarse de abajo arriba, ó al contrario, si partiendo como base del *pacto* ó de otro principio, etc.; pero la existencia de aquél en sus diversos grados es tan evidente é ineludible, que ni siquiera se pondría en duda si no se confundiera su esencia con las formas transitorias que reviste, y si no se le identificara con los poderes oficiales que son sólo una parte del mismo. *Ubi societas, ibi jus*; ante esta verdad axiomática, todas esas negaciones se desvanecen. Pero repito que todo es pura apariencia, pues precisamente lo que se intenta hacer es una serie de Estados productores; y, como dice el Sr. Reynals, ya sabemos lo que es el Estado productor.

Además, este movimiento iniciado y sostenido

por el socialismo radical y militante se caracteriza: por la importancia predominante, casi exclusiva, que da al fin económico, por la antipatía á todo lo que sea jerarquía, por el interes de clase en que se inspira y por el espíritu revolucionario que lo anima.

Por lo primero, reniega de la religion y de la política, y si pide la instruccion *integral*, es en cuanto este auxilio de la ciencia y del arte es un medio para la produccion económica. Por lo segundo, aspira á una igualdad utópica é imposible, pareciendo á veces desconocer que si los tiempos han concluido con muchas aristocracias, con muchas jerarquías, hay una que se funda en el propio y peculiar modo de ser de cada uno, que es imborrable; otra que es producto del ejercicio de las facultades, medios y energías de cada cual, que subsistirá siempre; y otra, por último, que se asienta sobre éstas y además sobre el mérito contraido en la obra de la vida, la aristocracia del carácter, la de la virtud, en una palabra, la del prestigio; y de aquí esos *Santos de la Humanidad* cuyo recuerdo y apología han estado á punto de hacer del Sr. Revilla, no un santo, sino un mártir. Por lo tercero, se organiza el proletariado enfrente de las otras clases sociales, como si se preparara á vengarse de éstas, é incurre en la extraña inconsecuencia de proclamar, acá en el viejo mundo, la union entre los obreros todos, y declarar la guerra, allá en el nuevo, á los pobres chinos, como si la solidaridad de intereses hubiera de detenerse ante esa diferencia de raza ó de color. Y por lo último, todo lo espera y todo lo

aguarda de la revolucion violenta, olvidando que ésta es buena para destruir, para apartar obstáculos, pero que no lleva en sí misma el poder de reconstruccion. Nada tan frecuente como el oír decir: si la clase media transformó la antigua propiedad revolucionariamente, ¿por qué no ha de poder el proletariado transformar la actual del mismo modo? Por dos razones: la primera, porque allí donde la revolucion política, coetánea de aquella otra social, se ha llevado á cabo, tienen hoy todos los individuos y todas las clases medios pacíficos de hacer triunfar las reformas, medios que no daba ciertamente el antiguo régimen; y segundo, porque, como en otro lugar queda dicho, el problema social de entónces era por esencia *negativo* y consistió tan sólo en quitar á la propiedad de la Iglesia y de la nobleza los caractéres de amortizada y vinculada que por excepcion tenía y hacerla entrar en las condiciones del *derecho comun*, miéntras que ahora lo que pretenden esos mismos que tanta fé tienen en la eficacia y omnipotencia de la revolucion es nada ménos que la creacion de un nuevo derecho de propiedad. Es esto tan exacto, que yo estoy seguro de que si el Sr. Borrell, que sinceramente declaraba las dudas que abrigaba respecto de las excelencias de su sistema, tuviera en su mano el hacer esa revolucion, no dejaría que se desencadenara; porque caería en la cuenta de que con ella iba á surgir la necesidad de concretar sus principios dándoles aquella condicion de *gacetales* que le exigía, aunque en vano, el Sr. Revilla.

Estas doctrinas, estas aspiraciones, estos caracteres del socialismo radical y militante son los de la conocida *Asociacion internacional de trabajadores*, fruto y criatura del movimiento iniciado y mantenido por aquél. Representando y siendo una protesta viva contra la actual organizacion social y un ensayo de reconstruccion sobre nuevas bases, muestran sus adeptos más conformidad al hacer la crítica de lo existente que al afirmar y desenvolver sus propios principios, pues que la práctica muestra cuán pronto han comenzado las divergencias cuando se ha llegado á desentrañar lo que encierran los términos *mutualismo* y *colectivismo*, y más aún al precisar el concepto del Estado que los ha dividido en *municipalistas* y *anarquistas*. Constituida la famosa *Asociacion* para dar al proletariado una organizacion que sirva así para la defensa como para el ataque, inspírala el estrecho interes de clase, alimenta deseos de venganza, aspirando á supeditar á los elementos conservadores y á implantar una igualdad con la que es incompatible toda jerarquía, y proclama á toda hora y en todo momento las excelencias, la justicia y la conveniencia de la revolucion. Por esto precisamente es un peligro para la civilizacion moderna, en cuanto niega y contradice algunos de los principios más preciados por ella mantenidos. Y, sin embargo, no sólo rechazo esos procedimientos empleados para matar la *Internacional*, cuales son el de declararla ilegal ó el absurdo de crear un derecho exclusivo para perseguir al partido que mantiene y propaga una doctrina, medidas que

sirven tan sólo para exacerbar al proletariado y dar ocasion á que se agraven los lados malos de este movimiento, sino que ni siquiera deseo su muerte ó disolucion. Es natural que ansien ésta los que la consideran como una especie de cuadrilla de bandidos ó malhechores; pero todos los que por honor de la humanidad repugnen creer que millones de hombres de todos los pueblos civilizados se asocien y entiendan para preparar y cometer crímenes, y nada más; los que reconozcan que en las quejas del proletariado hay mucho de exacto y de atendible y que el que él se equivoque al describir la enfermedad y al proponer el remedio no es razon para que deje de estudiarse la índole de aquélla y la posibilidad de éste; los que admitan que, cuando ménos, hay en la *Internacional* una cosa que con razon elogiaba el Sr. Rodriguez, la de haber hecho la aplicacion más extensa hasta hoy conocida del principio de asociacion; los que, por último, vean cómo la libertad, la justicia y la tolerancia han convertido en Inglaterra á las *trades unions*, responsables ántes de no pocos desafueros, en asociaciones lícitas, cuyo influjo, reconocido y respetado por todo el mundo, hace que sean al presente un elemento importantísimo y poderoso de aquella sociedad; ninguno de éstos se sorprenderá de que yo desee, no que muera la *Asociacion internacional de trabajadores*, sino que viva y se reforme deponiendo su fácil asenso á las utopias, renunciando al estrecho interes de clase, rechazando ciertos procedimientos que la conciencia moral no consiente, y sustituyendo el espíritu revo-

lucionario por la fe en la propaganda pacífica. Desgraciadamente, este deseo no lleva trazas de realizarse, porque si de un lado los políticos del continente siguen, por lo general, una conducta opuesta á la observada en este punto por los de la Gran Bretaña, de otro los obreros más tocados de aquellos vicios y prejuicios miran hasta con desden á aquellos de sus compañeros que para resolver estos graves problemas utilizan la asociacion, la cooperacion, la lucha pacífica y tranquila, sentimiento que expresaba cruda y brutalmente un trabajador de París en 1868, diciendo: «el obrero que ahorra, hace traicion á sus hermanos.»

Y hé aquí lo que me proponía deciros acerca de las escuelas que han tenido voz en esta discusion. De propósito me he concretado á hacer las más veces sólo consideraciones generales, porque habría tenido que repetir mucho de lo dicho en el dia anterior si hubiera examinado de nuevo el punto de vista de cada una respecto de las cuestiones allí dilucidadas. Que lo uno sirva de complemento á lo otro; así y todo, no son pocos los vacíos que de seguro habréis de hallar.

Réstame, ántes de concluir, ver qué enseñanzas podrémos sacar todos de este prolongado é importantísimo debate.

XXVII.

Lo puesto en cuestion es el valor, la justicia y el

fundamento de la actual organizacion social. El individualismo tiende á defenderla y ensalzarla, incurriendo con frecuencia en el error de atribuir al estado de hecho de las instituciones económicas las virtudes y excelencias que encuentra en ellas cuando las estudia en su pura esencia. El socialismo tiende á censurarla y atacarla, incurriendo á menudo á su vez en el error de concluir del estado histórico de aquéllas la imposibilidad de otro mejor, y por tanto su condenacion en absoluto. El individualismo la considera como fruto de la libertad, y sólo por esto la estima buena; el socialismo sostiene que, destruida la antigua, es preciso sustituirla con otra, en vez de contentarse con la atomística que hoy existe, para llegar así al reinado de la igualdad. Y en medio de estos opuestos y parciales sentidos, el instinto de la humanidad y los esfuerzos de algunos pensadores pugnan por encontrar la armonía que se presiente entre el todo y la parte, entre el individuo y la sociedad, entre la libertad y la igualdad, entre la autonomía personal y la organizacion social; tendencia que lleva á proclamar la necesidad de reconstituir esta, substituyendo las antiguas instituciones con otras que se refieran á los varios fines de la actividad humana; caminando á *la libre organizacion de la igualdad*; reemplazando las antiguas jerarquías históricas con las permanentes que se fundan en la virtud, la ciencia, el carácter, en una palabra, en el prestigio; y manteniendo la libertad conquistada, pero dándole una direccion ética en el sentido que piden á la vez la razon y el bien comun.

Por todo esto os decía al comenzar que, en mi juicio, para resolver el *problema social*, se han de inspirar: el individuo, en la solución cristiana; la sociedad, en la solución socialista, y el Estado en la solución individualista; por esto entiendo que si el ilustre Rossi daba muestras de su perspicacia cuando hace cuarenta años declaraba que el Código Napoleón era molde estrecho para la nueva vida social, veía con no menos claridad el camino por que se debía marchar cuando decía: «en las sociedades modernas el individuo está demasiado aislado, demasiado concentrado en sí mismo; y esta misma independencia personal que lo eleva, se convierte en una causa de debilidad y de atraso para todos. El correctivo se encuentra en las *asociaciones voluntarias*, que multiplican las fuerzas por la unión, sin quitar al poder individual su energía, su moralidad, su responsabilidad.» «La asociación, escribía otro ilustre economista, M. Chevalier, ahuyentará el pauperismo, y reunirá en un orden social regular los elementos, *hoy sin cohesión*, de las sociedades modernas. El principio de asociación dará al mundo la paz de que está tan sediento.» En efecto, la asociación libre, si en cuanto es *libre* deja á salvo nuestra sustantividad, nuestra condición de personas, en cuanto es *asociación*, responde á todas las exigencias de nuestra naturaleza social, á nuestra condición de miembros de un todo, y puede servir por lo mismo para la constitución de los nuevos organismos.

La humanidad camina á esta armonía para resol-

ver la antinomia ó contraste que hay entre las condiciones de la vida social de los primeros tiempos de la historia y las que reviste en los presentes. Predomina en aquéllos lo comun, lo total, lo homogéneo, como diría Herbert Spencer; el *status*, como dice Sumner Maine; en éstos, lo particular, lo libre, lo heterogéneo, el contrato; en los unos la familia ó la tribu es la unidad fundamental de la sociedad, mientras que en los otros lo es el individuo; y por ello á éste se le vé hoy por todas partes, entónces en ninguna; ántes el todo le imponía su condicion y modo de ser; hoy, él se los crea á sí propio. Ahora bien; lo que tiene de esencial cada época de la historia es bueno, y por lo mismo útil y aprovechable; lo que importa es completarlo con la obra igualmente valiosa, aunque igualmente parcial, de los demas; cosa que toca tanto más hacer á la presente, cuanto que si de un lado durante ella ha surgido una nueva vida social, de otro es la síntesis de toda la producida en el tiempo; ella ha utilizado los elementos sanos de la civilizacion romana, de la germana y de la cristiana, cuya lucha y combinacion constituye el fondo de la Edad Média; ha aprovechado los de la griega que le reveló el Renacimiento, y comienza ahora á sacar enseñanzas de la de Oriente, ántes desconocida y menospreciada, y de la de los comienzos de la vida que tanto interes despierta al presente, entre otros motivos, por ese contraste que forma con la actual, por esa como antinomia entre lo comun y lo libre, lo total y lo particular, lo homogéneo y lo heterogéneo,

el *status* y el contrato, que ha de resolverse en una armonía que sea composición de lo esencial que expresan unos y otros términos.

Del carácter general del *problema social* y de la actitud de las escuelas y de los partidos respecto de él, tal cual se ha reflejado en este mismo debate, se desprenden dos enseñanzas: una para la democracia en particular, otra para cuantos se interesan en los destinos de la humanidad. Permitidme que sobre ellas diga dos palabras para concluir.

Cuando fijo los ojos en las complicaciones políticas y sociales en que estamos envueltos, no puedo ménos de recordar que un filósofo antiguo, Platon, decía que en cada Estado griego había dos Estados: el de los pobres y el de los ricos; que un publicista moderno, Maquiavelo, escribió estas palabras: «cuando triunfa la democracia de la aristocracia, queda la cuestión entre pobres y ricos;» y que un escritor contemporáneo, Laveleye, afirma que «las democracias que no llegan á conservar la igualdad de condiciones, y donde dos clases hostiles, ricos y pobres, se hallan frente á frente, llegan al despotismo pasando por la anarquía;» y recuerdo estas frases, que son como avisos que se repiten á través de la historia, porque esos peligros que se denuncian puede desencadenarlos hoy la democracia moderna lo mismo negando la existencia del problema social y declarándose individualista á *outrance*, que enarbolando la bandera contraria y declarándose abierta y resueltamente socialista. Si hace lo primero, rompe todo vínculo con el cuarto

estado y lo lanza á formar el *partido obrero*, contribuyendo así á perpetuar las antiguas luchas de clase, cuando es uno de sus más imperiosos deberes el hacerlas imposibles en lo futuro; si lo segundo, comete el gravísimo error de formular un programa vago é indefinido que cada cual interpretará como mejor le cuadre, y que servirá grandemente para despertar recelos y temores en las clases conservadoras, y engañosas ilusiones en el proletariado. Hoy por hoy, la democracia, como partido gobernante que es ya en unos países y que lo será más pronto ó más tarde en todos, no puede ni debe aceptar ni rechazar estas ó aquellas soluciones del problema social; ántes bien proclamar la conveniencia de que á la sombra de la amplia libertad que ella garantiza se discutan todas á fin de que llegue así á constituirse y desenvolverse la ciencia social, apénas hoy formada, como decía con razon el Sr. Simarro, sin perjuicio de ir entre tanto llevando á cabo reformas parciales y sucesivas en aquellos puntos concretos en que la reclama la opinion pública reflexiva é ilustrada.

Y hé aquí la otra enseñanza que, como os decía, debemos sacar todos de este debate. Los más de los oradores han mostrado desconfianza y descontento de sus propias soluciones; y á diferencia de lo que sucedía cuando en años anteriores discutíamos otros problemas, al dilucidar éste, en todos los discursos, y en este mio más aún que en los vuestros, ha reinado una vaguedad y una especie de palidez que acusan la indecision del espíritu; por lo cual no es

maravilla que el último día cerraran esta discusión los Sres. Revilla y Sanchez, declarando aquél que el problema social es insoluble, y éste, que el enfermo existe, pero que no se conoce el modo de curarlo. Pues si es tal el estado de la cuestión, que apenas hay quien vea ó crea ver claro en ella, y al mismo tiempo todos han venido á convenir en que existe, y si nadie puede ya desconocer que no son hoy él sacerdote, ni el guerrero, ni el rey, ni el sabio quienes resuelven tales problemas, y sí la sociedad misma, mediante el concurso de todos sus elementos, energías y organismos, esto es, dando voz y voto á todas las clases, á todas las escuelas, á todos los partidos, á todas las instituciones; ¿no es claro como la luz del mediodía que en medio de tantas dudas y de tantos diversos puntos de vista, hay una cosa en que todos debemos convenir, que es la necesidad de autorizar la *libérrima discusión del problema social*? ¡Ojalá se convenzan todos de que ésta es la condición primera é ineludible para llegar á una *solución de paz y de justicia!*



APÉNDICE PRIMERO.

Origen y carácter del problema social.

I.—*Origen del socialismo en el orden de las ideas.*

Así como la cuestión de las relaciones entre la Economía y la ciencia del Derecho pudimos incluirla entre las consideradas en el segundo estudio (1), lo mismo cabe decir de la presente, puesto que al lado de los ataques dirigidos por el ascetismo y por el escepticismo á la Ciencia económica, no habrían estado fuera de su lugar las censuras que los economistas han merecido á los socialistas, principalmente con motivo del modo de considerar y resolver aquélla el *problema social*, cuestión gravísima en la que se refleja el distinto concepto que de la Economía tienen una y otra escuela (2). Pero el interés creciente de

(1) Se alude á uno en que se estudia el carácter y naturaleza de la ciencia económica.

(2) Aparte de cuestiones particulares importantísimas, en que

esta cuestion nos ha movido á tratarla por separado, á fin de poder así darle alguna más amplitud, aunque no tanta como la que por su trascendencia requiere.

En otro lugar hemos visto cómo en la naturaleza humana se daban un elemento individual y propio, otro comun y social; y cómo en la sociedad se encontraban armonizados estos dos elementos. Pues bien, del desconocimiento de uno de ellos proceden el socialismo y el individualismo; aquél, teniendo sólo en cuenta lo social y comun, traza ideales (1) para la organizacion social, cercenando ó anulando la personalidad, sacrificando el individuo al cumplimiento del fin del todo, como si fuera un puro accidente y no

tambien difieren, como las relativas á la nocion de la utilidad y del valor, á la division del trabajo, á las máquinas, á la concurrencia, al comercio, al crédito, á la poblacion, á la propiedad, etc.

(1) "A cuya necesidad, continuamente y más por instinto que por reflexion sentida por la inteligencia humana, la de trazar un modelo ideal á la sociedad, el pensador de Palermo (Emerico Amari) atribuye el origen de todas las utopias de perfeccion civil, desde la Atlántida de Platon á la iglesia de Saint-Simon; desde la isla Pancaya de Evemero á la Occéana de Harmigton; desde las visiones de los Millenarios al falansterio de Fourier; desde la Ciudad del Sol de Campanella á la nueva Armonía de R. Owen; desde el libro de Tomás Moro á la colonia del pobre O'Connor; todas presentes en la historia del espíritu humano para testificar el eterno deseo de lo mejor, la perpetua agonía de lo perfecto, que fatiga solamente á la especie que es capaz de concebirlo, la sed inextinguible en lo infinito, y que son, si no me engaño, una sublime protesta contra las imperfecciones de la existencia social, etc." SBARBARO.—(*Filosofia de la riqueza*, pág. 92.)

un sér con destino propio (1); éste, desconociendo la raíz que el elemento social tiene en la naturaleza del hombre, que mediante su razon ve su destino propio íntimamente enlazado con el de sus semejantes y con el de los demás séres, juzga que esta solidaridad é intimidad y esta unidad son creacion arbitraria del mismo hombre, y sólo ve por lo mismo el individuo frente al individuo.

II.—*Orígen histórico del socialismo moderno.*

Pero si en el órden de las ideas es éste el origen del socialismo, y por tanto en todos tiempos encontramos doctrinas que parten de dichos principios, históricamente considerado este sistema, el de los tiempos presentes tiene un carácter señalado y un punto de arranque conocido.

Comienza con motivo de lo que Dameth llama (2)

(1) Y de aquí las aspiraciones de algunas de estas escuelas á una igualdad mécanica y absurda. "La igualdad entre los hombres, dice MINGHETTI (*De la Economía política y de sus relaciones con la Moral y con el Derecho*, página 423), está en el origen y en el fin, en la ley moral que en todos impera, en el derecho que todos tienen á desenvolver sus propias facultades, en el respeto debido á la persona y á sus atributos esenciales. Pero al lado de esta igualdad hay la desigualdad del entendimiento, de la fuerza, de la belleza, de todas las dotes del cuerpo y del alma; y esto origina naturalmente diversidad de produccion y de adquisicion, de goces y de derechos.."

(2) DAMETH.—(*Lo justo y lo útil*, pág. 15.)

dos *signos del tiempo* en el siglo XIX: el prodigioso desarrollo de la industria y la reivindicacion del derecho. Blanqui dice que no basta que se produzca mucho, sino que se distribuya bien, y que es preciso que presidan á esta distribucion las leyes eternas de moral y de justicia; y con Blanqui, Sismondi, Droz, Villeneuve-Bargemont, Ch. Comte, Dunoyer, descubren lo que se ha llamado una de las llagas más profundas de nuestras sociedades, y más tarde esta llaga es estudiada y disecada por las escuelas socialistas y comunistas, que tanto remedio han propuesto para su curacion, debi endo tenerse en cuenta que, como dice un escritor (1), «aunque se haya hecho tabla rasa del socialismo como doctrina, como secta, y sus batallones no existan más que como residuos, quedan disposiciones generales en la opinion.» Ciertamente que no vemos las escuelas fuertemente constituidas de otro tiempo, ni escritores tan señalados como Fourier, Saint-Simon, Owen, Cabet, Proudhon, etc.; pero quedan aquellas disposiciones que Dameth expresa de la manera siguiente: desconfianza invencible respecto de la libertad; confianza ciega en el gubernamentalismo; queda del socialismo, segun Minghetti (2), una parte crítica, una protesta en favor de las clases pobres y una aspiracion á su mejoramiento; y quedan estas tendencias y estas aspiraciones, porque mientras esté puesta una cuestion habrá quien proponga soluciones,

(1) DAMETH.—(*Lo justo y lo útil*, pág. 13.)

(2) Obra citada, pág. 427.

y todavía está en pié la más importante de nuestros tiempos, el llamado *problema social*. Un ilustre economista italiano dice: «el problema social lo tenemos al lado y en torno nuestro; y lo sentimos y conocemos en la confusa agitación de la desgraciada muchedumbre; en el grito de dolor de millones de hambrientos, de la plebe sumida en el lecho del *pauperismo* y en el fango de la barbarie; en el *salario* insuficiente; en las crisis comerciales; en los sufrimientos de los *obreros* con motivo de las revoluciones industriales; en las *coaliciones*, en las sociedades de prevision, de socorros mutuos; en los bancos de crédito popular; en las sociedades *cooperativas*.... en todos estos *signos del tiempo*, en todas las múltiples manifestaciones de una vida que se extingue y de una vida nueva que aparece (1).»

Pero en medio de tantos temores y tantas esperanzas, bien podemos hacer nuestras, como las hace suyas el economista citado, unas palabras de la Farina: «Sí, aquí hay algo que se descompone y se disuelve para dar lugar á otras creaciones alumbradas por un nuevo sol. No falta la luz en medio de las tinieblas de la noche, ni tampoco la vida en el silencio de los sepulcros.»

III.—*Carácter complejo del problema social.*

Y si consideramos todos los elementos del proble-

(1) SBARBARO.—(Obra citada, pág. 59.)

ma, los propósitos que se muestran, los remedios que se proponen, su carácter, su naturaleza, sus relaciones, etc., veremos que este *problema*, que esta gran crisis, es producida por el nacimiento de una clase á una nueva vida, por el advenimiento del *cuarto estado* á la *vida social* en todas sus manifestaciones. Por esto el problema tiene varios aspectos, tantos como fines la actividad; por esto es ociosa la cuestion relativa á determinar qué ciencia es la competente para resolverlo. El problema *social*, bajo el aspecto económico, es el problema de la *miseria*; bajo el científico, es el de la *ignorancia*; bajo el religioso, el de la *impiedad* ó de la *supersticion*; bajo el moral, el del *vicio*, etc. Y la cuestion está planteada en todas estas esferas, sólo que en unas con más energía que en otras. Nadie, por ejemplo, se ocupa del problema social bajo el punto de vista del *arte*, y no es maravilla que así suceda, cuando las clases más ilustradas aún miran este fin de la vida, no como un bien especial de ella, sino como un puro entretenimiento. Apenas si se habla del aspecto *religioso*, en parte, porque la Religion cristiana tuvo siempre abiertos sus brazos á todos los hombres, que proclamó iguales ante Dios; y, en parte, porque la crisis profunda que se está verificando en las ideas religiosas de los obreros, principalmente en Inglaterra, en los Estados-Unidos y en Francia, por ejemplo, es demasiado reciente para que haya podido preocupar la atención de la sociedad (1). Oyése decir

(1) Y tambien, preciso, aunque triste, es reconocerlo, porque

con frecuencia, pero como de pasada, algo de la *ignorancia* y del *vicio*, de cuyos brazos hay que rescatar á la plebe; en lo que se reconoce los aspectos *científico* y *moral* de la cuestion. Pero los dos predominantes, que han dado lugar á que la Economía y el Derecho se disputaran la competencia para la resolucion de este problema, son el *económico* y el *jurídico*, por lo mismo que, segun ántes dijimos, el prodigioso desarrollo de la industria y la reivindicacion del derecho son como dos signos del tiempo en nuestro siglo.

IV.—*Soluciones propuestas para el problema social.*

Y de aquí que miéntras por una parte se confundía la cuestion *jurídica* con la *social*, y se pretendía buscar la solucion en el Derecho y encomendarla al Estado (1), por otra se confundía con la *económica*, y

la sociedad actual, y principalmente las clases acomodadas, se comueven más cuando oyen gritar: *la propiedad es un robo*, que cuando oyen decir: *no hay Dios*.

(1) SBARBARO (obra citada, pág. 60) dice con razon, discutiendo la opinion de Chevalier, que concede á la política la primacia en la solucion del problema social, que lo sucedido en Francia en 1848 es una demostracion de los peligros de este modo de ver; y que cuando Chevalier combatía las utopias reinantes en su *Carta sobre la organizacion del trabajo*, lo que tenía enfrente de sí era la política que él mismo había proclamado al decir que el fin y la mision del Gobierno de 1848 era la solucion del problema social.

la Economía aspiraba á estudiar el problema bajo todos sus aspectos; y si los unos, teniendo en cuenta que las condiciones jurídicas se prestan necesariamente, y que, por tanto, el Estado las hace efectivas por la fuerza, pensaron resolver del mismo modo, esto es, mediante el Estado, el problema todo; los otros, persuadidos de las excelencias de la organizacion natural en el órden económico, y de que el principio salvador era el *laissez faire, laissez passer*, lo aplicaron á todos los órdenes sociales (1).

Y por lo que hace á la esfera económica, que es la que nos toca considerar, aparecieron por un lado los proyectos de falansterios, talleres nacionales y demas creaciones socialistas y comunistas; y por otro lo que llama Dameth (2) un *hosanna perpetuo sobre la belleza así moral como natural del mundo*, sobre la armonía providencial que proporciona á cada sér su parte de felicidad sin detrimento alguno de la felicidad de los otros séres. Y si á estas soluciones añadimos la de la Iglesia, podríamos decir con un economista italiano que las tres propuestas para resolver el problema de la miseria son: la *organizacion* del Socialismo, la *libertad* de la Economía política y la *resignacion* de la Iglesia.

(1) "La comunidad de las conclusiones en todos los órdenes sociales, por ejemplo, el *laissez faire, laissez passer*, aplicable á todos, ha sido quizá causa de que, dando una desmedida extension á la Economía política, se pretendiera buscar en ella la solucion del problema social."—(S BARBARO, obra citada, pág. 54.)

(2) DAMETH.—(*Lo justo y lo útil*, pág. 60.)

Estas escuelas se dividen hoy el campo, lo mismo que hace pocos años, cuando dos hombres ilustres (1) contendían en la nación vecina sobre estas importantes cuestiones. Hoy continúa vivo el socialismo gubernamental y administrativo y vivo el socialismo revolucionario, y hoy continúan muchos economistas fiándolo todo al *laissez faire, laissez passer*, á la libertad (2). Pero también es cierto que cada día se muestra con más energía una tendencia armónica y racional, así en la ciencia como en la vida. Dameth sosteniendo la doctrina liberal, rechaza el optimismo

(1) MINGHETTI (obra citada) hace una concienzuda crítica de las *contradicciones* de Proudhon (págs. 374 á 379) y de las *armonías* de Bastiat (págs. 109 á 402), á quien con razón hace un cargo porque da la primacía á la Economía política sobre las demás ciencias sociales, lo cual le lleva á desconocer la verdadera misión de los principios de la moral y del derecho en la vida. “Una cosa es decir á los hombres: haced libre y espontáneamente lo que vuestro *interés* os exija y os encontraréis de acuerdo con el bien público y con la ley moral, y otra cosa decirles: buscad vuestro *interés*, pero subordinadamente al bien, y si encontráis contradicción entre uno y otro, sabed postergar sin vacilación la *utilidad á la justicia*..”

(2) DAMETH (*Lo justo y lo útil*, pág. 123), no obstante rechazar el optimismo, frecuente en los que no ofrecen otra solución que la libertad, viene á hacer lo mismo cuando dice: “la última palabra de las ciencias médicas es hacer inútil su intervención, previniendo la enfermedad, reemplazar la terapéutica por la higiene; ¿y cuando la enfermedad existe? También Dameth incurre en el error de sacar de sus límites propios á la Economía, cuando dice que sólo él, “puede resistir las tendencias socialistas... porque posee, respecto de la misión del Estado en las naciones civilizadas, una noción razonada y precisa.” Si la Economía se ocupa de la misión del Estado, ¿de qué se ocupa la *Política*?

isentimental de algunos economistas (1); Minghett afirma que ni los unos, al proponer arreglos y combinaciones, ni los otros, al resolverlo todo con la libertad, se hicieron cargo de que sin ciertas condiciones morales y civiles el curso económico de la sociedad no podía proceder regularmente (2); Sbarbaro dice que la solución está á un tiempo en la *organization* de los socialistas, en la *libertad* de los economistas y en la *resignacion* de la Iglesia (3); Baudrillart rechaza la idea del hombre aislado del siglo XVIII (4); Chevalier más de una vez ha encarecido la necesidad de distinguir y combinar el elemento *personal* y el elemento *social* de la naturaleza humana (5); Hamon

(1) DAMET (*Lo justo y lo útil*, pág. 60).

(2) Obra citada, pág. 347.

(3) Obra citada, pág. 361.

(4) *Manual de Economía*, pág. 16.—“La idea del hombre aislado, en el siglo XVIII, se encuentra en todas partes: en metafísica es el hombre-estatua de Condillac; en moral es el hombre egoista de Helvecio; en política es el hombre salvaje de J. J. Rousseau: este hombre, anterior á la propiedad y á la sociedad, que consiente hacerse sociable, como si no lo fuera naturalmente. Según la profunda y exacta observacion que se ha hecho (por Chevalier), esta tendencia á ver en el hombre el lado individual más que el lado social, ha tenido en las ideas y hasta en las leyes una lamentable percusion, y quizá la economía social en sus teorías y en sus aplicaciones no ha sabido siempre huir de esta pendiente, por la que se deslizó el siglo XVIII.

(5) Chevalier ha citado más de una vez el decreto de 1791 sobre abolicion de los gremios, en el cual se prohibía á los maestros y á los obreros *asociarse para sus supuestos intereses comunes*.—BAUDRILLART (*Manual*, pág. 16).

dice que la civilización se nos presenta como una serie de transacciones entre el principio de solidaridad y el de independencia absoluta (1); en Alemania, huyendo la Ciencia económica de la consideración abstracta de la riqueza, atiende al fin de ella y al de la vida toda, adquiriendo así un carácter ético (2); y por todas partes se proclama como solución de armonía, que arranca de la naturaleza humana, que conforma con el carácter orgánico de la sociedad, y comprende y explica las soluciones extremas, la *asociación libre*, la cual, en cuanto es *asociación*, responde al elemento común y social de nuestro ser, y en cuanto es *libre*, responde al elemento individual y propio (3).

Y en la vida nótanse iguales síntomas. Por una parte la asociación cada día es llevada á cabo con más empeño y aplicada á mayor número de esferas. El movimiento *cooperativo*, no bien estimado por

(1) *Ensayo sobre el progreso de las instituciones económicas*, página 2.

(2) AHRENS.—*Filosofía del Derecho*, tomo II, pág. 492. "Sin este carácter ético se cae en la consideración abstracta del orden económico, y á los que, haciendo esto, no miran más allá de la producción, como si con ese requisito todo estuviera conseguido, y como si no pudiera á veces perjudicar al fin de la vida, puede decirseles: *propter vitam, vitae perdere causas.*."

(3) "Queremos la asociación libre, no impuesta por la ley; la queremos tal, que el individuo encuentre en su seno nuevas razones de dignidad y nuevos auxilios para el incremento de la propia espontaneidad, no el *sepulcro de su nativa autonomía.*"—(S BARBARO, obra citada, pág. 315.)

cierto por los individualistas (1), es, por los resultados que ya ofrece y por las esperanzas que en él se fundan, de tal importancia, que es objeto de la preocupacion general; el capital y el trabajo se unen y asocian de diversas maneras y no pasan por injustas todas las quejas de los obreros; y la preocupacion que llevaba á los pueblos á esperar todo del Estado, como si fuera un *Deus ex machina*, pronto á acudir á todas partes y atender á todas nuestras necesidades, va desapareciendo de día en día.

En una palabra, la Ciencia hoy proclama con los individualistas la *libertad* como condicion necesaria para la vida económica, y en tanto rechaza la intrusion del Estado en el cumplimiento directo de este fin; proclama con los socialistas la existencia del *problema social*; cree que la libertad es una *condicion pa-*

(1) En el *Journal des Economistes* de Octubre de 1867 publicóse un artículo de M. Duval sobre sociedades cooperativas, el cual terminaba diciendo, que el *movimiento cooperativo* tenía por *padre* al *socialismo* y por *madre* á la Economía política; y M. Garnier, director de la *Revista*, creyó necesario escribir unas cuantas líneas á continuacion, en las cuales se leen estas palabras: "sin entonar un *magnificat* permanente, el *Journal des Economistes* da á este movimiento, un poco *artificial*, la atencion que merece." En el número de Julio de 1868, Clement escribe ya un artículo contra las sociedades cooperativas; "organizaciones artificiales, fundadas sobre reglamentos preconcebidos, sean autoritativos, sean *convencionales*," y en el que regatea á los célebres obreros de Rochdale la gloria que conquistaron con la conocida *sociedad cooperativa* con que se inició este movimiento.

ra que sea resuelto (1); pero cree además que es preciso hacer y obrar y no cruzarse de brazos, esperándolo todo de la acción benéfica del tiempo. Toca hacer algo al individuo, toca hacer algo al Estado, toca hacer algo á la sociedad: que no son ésta y aquél una misma cosa (2), sino al contrario, distintos como el todo y la parte, y á la sociedad corresponde hacer mucho de lo que los socialistas con mal acuerdo quieren que haga el Estado. «Hay sin duda, dice un jurisconsulto alemán, algunas medidas de carácter exterior que pueden ser adoptadas por el Estado sin peligro, sea para remover injustas trabas impuestas al libre movimiento de las cosas, sea para prohibir ciertos abusos patentes mediante reglamentos de policía, sea para establecer impuestos según la fortuna de las personas. Pero estas medidas son por completo insuficientes para procurar una mejora notable ó una más justa distribución de los bienes entre las diversas clases de la sociedad. El medio principal de alcanzar reformas

(1) Pero no basta; «los economistas promulgando la libertad de trabajo y la abolición de todos los monopolios y de todas las restricciones que alteraban el desenvolvimiento natural y armónico de los intereses humanos, dijeron mucho y bueno, pero no lo dijeron todo.»—(SABBARO, obra citada, pág. 306.)

(2) Confundido el Estado con la sociedad, y asumiendo aquél por lo mismo funciones extrañas, todo bien se esperaba de él. Al cambiar este modo de ser del Estado, quitándole aquellas funciones, se cree por algunos, imbuidos en aquel error, que sólo por el hecho de transformarse el Estado, se ha de transformar la sociedad; lo cual no puede tener lugar sino transformándose, á la par del orden jurídico, los demás órdenes sociales.

sérias y durables será siempre el propagar principios justos; inspirar convicciones morales más profundas; reanimar tambien, con relacion á la propiedad, el sentimiento de los deberes que todos tienen que cumplir: deberes individuales de moderacion y de templanza en el uso de los bienes; deberes sociales de beneficencia, de ayuda, de socorro de los ricos para con los pobres; en fin, deberes de probidad, de lealtad y de justicia en todas las asociaciones, que tienen por objeto la produccion, la adquisicion y el cambio de los bienes (I.)»

(1) AHRENS.—(*Filosofía del Derecho*, tomo II, págs, 121 y 193.)

APÉNDICE SEGUNDO.

El problema social de ayer y el de hoy.

I.—*El problema social y la historia.*

Si la organización de la sociedad está sujeta, como todo lo humano, á la ley del desarrollo progresivo, no ha de ser cosa exclusiva de nuestra época la existencia del llamado *problema social*. En todos tiempos han cambiado las relaciones entre los elementos que constituyen aquélla, y á veces ha sido la transformación, por su trascendencia, una verdadera crisis en la vida de los pueblos. Pero si los hechos y las situaciones se repiten constantemente en la historia con un fondo comun, tienen en cada caso forma y accidentes propios que los distinguen y caracterizan; y de aquí la necesidad de estudiar las pasadas crisis para resolver las de los tiempos presentes, evitando á la par el prejuicio de considerar un problema como completamente nuevo y sin precedentes en la historia, y el de asimilarlo á los anteriores, como si entre ellos no hubiera diferencia alguna.

En efecto, nada más frecuente que incurrir en uno ú otro de estos errores. Unas veces se repugna volver la vista atrás, se desdeña la historia, y se estiman en poco sus enseñanzas, como si los hechos pasados se hubieran verificado fuera de toda ley, y los presentes no tuvieran con ellos relacion ni semejanza alguna. Otras se equiparan los conflictos de una época á los de otra, se les atribuye un mismo carácter, y se propone igual remedio é idéntico procedimiento para su resolucion, como si no fuera distinta la idea que, segun los tiempos, inspira á los pueblos, distinto el medio social en que aquélla ha de encarnar, y distintos los fines á cuya realizacion se aspira.

No hay para qué hacer notar las consecuencias de tales extravíos. El uno nos conduce á romper la unidad de la historia, á desconocer las leyes que presiden al desenvolvimiento de la vida de la humanidad y á desestimar todo el trabajo de las generaciones pasadas, cuyos dolores y cuyos esfuerzos, no ménos que el fruto de éstos, no creemos dignos de ser comparados con los nuestros. El otro, por el contrario, nos lleva á buscar con ánsia el camino que ha seguido la civilizacion, á convertir precipitadamente cada accidente de la vida en una ley de la historia, y como consecuencia, á copiar hoy en el fondo y en la forma todo lo que se hizo ayer, para resolver cuestiones que se consideran como absolutamente idénticas é iguales.

Pues bien: con el *problema social* acontece esto mismo con frecuencia; y así para unos es por su gra-

vedad y trascendencia un fenómeno que no tiene precedentes, y que no puede ser comparado ni siquiera con aquellas crisis supremas que hacen época en la vida de la humanidad, mientras que para otros es tan sólo una transformación social análoga á las anteriores, y sobre todo á la llevada á cabo en los últimos cien años, y con la que ha dado comienzo esta época llamada con razón de las revoluciones.

Ahora bien: ¿tienen iguales caracteres el problema social que resolvieron nuestros padres y el que nos toca resolver á nosotros?

II.—*El problema social de ayer.*

Tenía aquél, en nuestro juicio, los siguientes. En primer lugar, era su fin remover obstáculos, destruir privilegios y reparar injusticias, que tenían su sancion y fundamento en la *ley*. La organización social estaba basada, por lo que hace al derecho privado, en el régimen feudal, vivo y en pie en esta esfera, no obstante los esfuerzos de los reyes y de los legistas; y por lo que respecta al derecho público, en los principios que habían servido de fundamento á la monarquía patrimonial y absoluta. A estos principios se opusieron: en el orden público, el de libertad; en el privado, el de igualdad; y fundaron nuestros padres, de un lado el sistema representativo y constitucional, y de otro llevaron á cabo la abolición del derecho privilegiado, la *desvinculación* y la *desamortización*. Ahora bien,

todas estas instituciones: absolutismo, vinculacion, amortizacion, y todos los privilegios, por la *ley* fueron creados, y por ella estaban mantenidos y consagrados.

Consiste el segundo carácter en que fué *negativa*, esencialmente negativa, la solucion dada al problema de entónces. Se repararon injusticias, se removieron obstáculos y se suprimieron privilegios creados por la ley y acumulados por el tiempo, pero dejando en cierto modo intacto el fondo sobre que se asentaba todo cuanto se quería destruir. Se quitó al poder su carácter despótico y absoluto, pero quedó la monarquía, y aún puede decirse que su condicion de representativa no era del todo nueva ni creada á la sazón. Se *desvinculó* la propiedad de la nobleza, y se *desamortizó* la de la Iglesia; pero no se creó un derecho de propiedad, sino que se redujo todo á someter aquélla en masa al derecho comun, como lo está mostrando la misma construccion gramatical de las dos palabras que sintetizaban las aspiraciones de aquellos tiempos: *des-vinculacion*, *des-amortizacion*, dos negaciones.

Por esta razon juegan tan importante papel en las reformas de la revolucion pasada elementos puramente tradicionales: en el órden político, los recuerdos de la monarquía limitada de la Edad Média, mantenida en Inglaterra y oscurecida en los demas pueblos; y en el órden civil y social, los principios de igualdad cristiana en cuanto al derecho de la personalidad, y los del dominio absoluto y unitario de Ro-

ma en cuanto al derecho de propiedad. Los reformadores y los filósofos habrían sido entónces impotentes para llevar á cabo la revolucion, si no hubieran encontrado un punto de apoyo en estos recuerdos y tradiciones que guardaban, ya los pueblos en su corazon, ya los legistas en su espíritu. Se quería rescatar los perdidos dogmas de la libertad y de la igualdad, destruyendo cuanto había venido á oscurecerlos y pervertirlos, y principalmente la obra del feudalismo, de este fenómeno que, al decir de Montesquieu, no se ha de repetir nunca más, y que, segun Sumner Maine, constituye como una gran interrupcion en la historia del derecho.

De aquí tambien lo que era otra nota distintiva del problema social de entónces: su carácter negativo de un lado, y la circunstancia de responder á necesidades por todos sentidas de otro, hicieron que fueran muchos los esfuerzos aunados y manifiesto el fin de los mismos. Había, es verdad, un partido y una clase que tenazmente se oponían á las reformas; pero enfrente había otra clase y otro partido con un sentido unánime, y con una bandera comun, en la que se leía un lema por todos aceptado: *desvinculacion, desamortizacion*. Así las instituciones antiguas cayeron á impulsos de un esfuerzo verdaderamente social, fruto de convicciones universales y de sentimientos profundamente arraigados en el corazon de los pueblos, de donde resultaba que las aspiraciones generales tenían un objetivo fijo y preciso.

III.—*El problema social de hoy.*

¿Tiene el problema social de los tiempos presentes los mismos caracteres? En nuestro juicio, tiene precisamente los contrarios.

En primer lugar, no se trata ahora de destruir una organizacion del Estado incompatible con la libertad, que es condicion necesaria para la vida individual y social. De un lado, los obstáculos y privilegios de la sociedad antigua han desaparecido casi por completo; la revolucion ha borrado ántes las diferencias, estableciendo un derecho comun y nivelador, y de lo que se trata ahora, una vez que el camino está ya desembarazado, es de transformar ese derecho igual. De otro, la sociedad antigua tenía como base fundamental y casi única al Estado, verdadero centro de aquella organizacion; pero arrancadas una tras otra las prerogativas mediante las que era aquél como el supremo rector de la vida, la sociedad se encontró sin aquella organizacion y sin otra que la reemplazara, viniendo así á caer desmoronada, como se desmorona la bóveda cuya clave desaparece y no es sustituida por una nueva; y si de una parte aún queda algo de la constitucion absorbente del Estado, de otra la de la sociedad peca más de atomística é individualista que de socialista. Consecuencia de esto es la necesidad, hoy vivamente sentida, de una nueva organizacion; mas como no es posible in-

currir en los errores de pasados tiempos, volviendo á constituir el Estado en centro único de la misma, no se ha de llegar al fin apetecido de otro modo que *posibilitando* y facilitando que la sociedad por sí misma se organice y constituya. En una palabra, los vicios sociales de los tiempos presentes no están, en lo general, en las *leyes*, como los de los anteriores, y sí en la *sociedad* misma.

De aquí otra diferencia, que es un corolario de la anterior. Si las reformas de la anterior revolucion tuvieron un carácter esencialmente negativo, aquellas á que hoy se aspira lo han de tener, por el contrario, esencialmente *positivo*. Nuestros padres destruyeron el derecho civil del feudalismo y el derecho político de la monarquía absoluta, sustituyendo aquél con el derecho comun, romano ó germano, pero de todos modos *tradicional* é histórico, y éste con un derecho *nuevo*, pues apénas podían encontrar en lo pasado principios que fueran garantía eficaz de la libertad política. A nosotros toca completar la obra, y esto es fácil en una de dichas esferas, en la política, porque lo principal está hecho, y para llevar á cabo lo que resta, la ciencia nos da bastante luz y la vida social bastantes elementos; pero no sucede lo mismo con la otra, pues se trata nada ménos que de crear un *derecho civil*, es decir, aquella rama de la legislacion que se refiere á la familia, á la propiedad, á las instituciones más importantes de la vida y de la sociedad. La tarea de ántes era llana, pues que consistía sólo en remover obstáculos, y aún el borrarlos no tuvo gran-

des inconvenientes; la de ahora está erizada de peligros, porque se trata de edificar y es menester contar previamente con elementos y materiales, y lo que importa tanto ó más, con una luz y una guía, que hoy por hoy bien puede afirmarse que la ciencia no es capaz de dar. La negacion era fácil, la afirmacion es difícil; y sólo el que esté cegado por la pasion puede dejar de conocerlo.

La misma diferencia puede notarse respecto del tercer carácter. No sólo no hay hoy tendencias bien definidas en lo que respecta á la solucion del problema social, sino que hay escuelas y clases que niegan ciegamente hasta la existencia del problema mismo, lo cual sería un inconveniente ménos grave, si entre los que la admiten hubiera aspiraciones é ideas comunes. Pero ¿dónde están éstas? Hay un deseo universal de procurar alivio á dolores cuya gravedad es por unos mermada y por otros aumentada, pero con los que todos simpatizan; hay un espíritu de crítica que ha puesto de manifiesto algunos de los vicios de la actual organizacion social; pero así como los partidarios de ésta no encuentran otro medio de defenderla que la fuerza del hecho, la razon de la existencia, los que aspiran á su renovacion no nos muestran los principios que han de servir de base á ésta, no nos presentan despues de la crítica ninguna afirmacion seria y fundada; y si no encontramos estos principios ni aún en la esfera meramente científica, ménos los hallamos encarnados en la sociedad, sirviendo de núcleo á elementos y fuerzas que aspiren á realizarlos y des-

envolverlos en la vida. Si imparcialmente miramos hoy en torno nuestro, sólo encontraremos dos soluciones del problema social que reúnan más ó ménos esta condicion: la de la *Internacional*, que es absurda, y la de la *Iglesia*, que es incompleta.

Ahora bien; las cuestiones que afectan á la sociedad no las resuelven hoy por sí solos ni el sacerdote, ni el guerrero, ni el rey, ni el jurisconsulto, ni el filósofo; las resuelve la sociedad misma; y como ésta no puede obrar sino conforme á las leyes que presiden á la vida humana, necesita para dar solución á cualquier problema: primero, tener conciencia de que el mal existe y conocer su extension y naturaleza; segundo, abrazar con el pensamiento y con el sentimiento un ideal que le dé el criterio para obrar en cada caso; y tercero, aunar esfuerzos y organizar los elementos necesarios para producir una acción verdaderamente social. La sociedad es como el individuo; y así como éste, cuando enferma, no se pone en cura mientras no tiene conciencia de su padecimiento, ni se medicina en tanto no se asegura de la naturaleza de éste, de igual modo aquélla necesita convencerse en todas ó las más de sus esferas de la existencia del problema social, luego estudiarlo, despues trazarse un plan para su resolución, y por fin, proponer el remedio y llevarlo á cabo.

Es decir, que hoy no encontramos, como al verificarse la anterior revolucion, convicciones, sentimientos y aspiraciones generales que tengan un objetivo fijo y preciso.

IV.—*Diferencias y consecuencias.*

Como de todo lo que antecede se desprende que la solución del actual problema social no es en modo alguno fácil, ni en estos momentos quizá posible, no faltará quien se niegue á reconocer la necesidad de moderar impacencias generosas que hoy conmueven á la sociedad. Sin embargo, sentados ciertos principios y ciertos hechos, es necesario aceptar sus lógicas consecuencias.

Es preciso, hoy por hoy, contentarse con *afirmar* el problema social, haciendo penetrar la verdad y la realidad de los dolores de ciertas clases en la conciencia y en el corazón de aquellos que aún se obstinan en considerarlos como pura creación de imaginaciones calenturientas; con poner á contribución en esta crisis suprema todos los elementos, todas las energías y todas las fuerzas de la sociedad, si el resultado ha de corresponder á lo grande de la empresa; y con llevar á cabo tan sólo aquellas reformas, cuya bondad ha sido reconocida por la ciencia y cuya necesidad y conveniencia son sentidas por los pueblos; que no son pocas las que, por encontrarse ya en este caso, sería político y conveniente realizar, si no fuera además justo y necesario.

Es imprescindible aceptar las condiciones de la época en que se vive, y por tanto, así sus ventajas como sus inconvenientes. La nuestra es una época crí-

tica, y no ya como lo han sido otras de la historia, sino que la crisis de los tiempos actuales es total; abarca la vida por completo: industria, arte, moral, religion, derecho. Ahora bien; así como para el individuo es una necesidad en los conflictos de su existencia hacer alto en ciertos momentos para meditar y resolver, no lo es ménos para los pueblos y para la humanidad, sobre todo en las crisis supremas como la presente, madurar en la esfera del pensamiento y animar en el sentimiento público los medios de resolver problemas que son verdaderamente pavorosos; y si álguien dijera que es cosa triste esperar padeciendo, le contestaríamos que la sociedad que por este motivo resolviera y obrara con precipitacion, sería tan insensata como el enfermo impaciente que prefiriera medicinarsé á tontas y á locas á esperar á conocer su padecimiento ántes de procurarse el remedio oportuno.

Y ménos disculpable sería tal precipitacion en estos momentos, en que la lucha de tantos egoísmos y de tantas pasiones parece amenazar con una de aquellas guerras de clases que, si tienen su explicacion en tiempos pasados, serían hoy un absurdo y una cosa contraria á las tendencias de la civilizacion moderna y á los principios sanos de la revolucion; y cuando de otro lado, en medio de esta noche de angustias y temores, que origina el conflicto entre un mundo que nace y un mundo que muere, se vislumbran puntos brillantes que hacen abrir el pecho á la esperanza de que la humanidad camina á encontrar

la armonía entre principios, ideas y elementos de la vida que han venido riñendo hasta ahora ruda batalla; en el orden religioso, entre el racionalismo y el cristianismo; en el filosófico, entre el espiritualismo y el sensualismo, el empirismo y el panteísmo; en la esfera del arte, entre el realismo y el idealismo; en la económica, entre el capital y el trabajo; en la jurídica, entre la autoridad y la libertad, la tradición y el progreso; y en el *problema social*, en fin, entre la *organizacion* de los socialistas, la *libertad* de los economistas y la *resignacion* de la Iglesia.

APÉNDICE TERCERO.

Observaciones sobre el modo de considerar y resolver últimamente el problema social.

Uno de los caracteres de la época novísima, es la tendencia á completar y corregir las doctrinas que inspiraron las reformas llevadas á cabo en la inmediatamente anterior en las esferas jurídica y económica, principalmente en lo relativo al llamado, como por antonomasia, *problema social*.

I.—*Respecto de la extension y carácter de dicho problema.*

Lo primero en que se descubre esta tendencia es en el modo de estimar la extension y carácter de dicho problema. Producido éste en medio de circunstancias históricas, en las que el prodigioso desarrollo de la industria y la reivindicacion del derecho eran, como ha dicho Dameth, dos signos del tiempo, no se vieron en él otros aspectos que el *jurídico* y el *económico*; jurisconsultos y economistas se atribuyeron la

exclusiva competencia para resolverlo; y aunque partiendo de distintos puntos, vinieron los unos y los otros á coincidir en proponer, como solución única y total del problema, la *libertad*. De aquí nacieron dos errores de gran trascendencia; pues que, de un lado, considerando la libertad como fin y no como medio, como causa y no como condicion, se esperaron de su proclamacion y reconocimiento frutos que no había de dar; y de otro, se atribuyó á la vida económica una importancia desmedida, viéndose en el desarrollo de los intereses materiales como la mejor y más excelente muestra de la civilizacion, y olvidándose que «el fin de la libertad es la virtud y no la riqueza (1).»

Cuando se hubo comprendido que el derecho, sobre todo cuando se le confunde con la libertad, es tan sólo un medio y condicion para la vida, y por tanto la necesidad de que en el seno de aquélla sea ésta dirigida por principios, y no dejada á la arbitraria y caprichosa voluntad de los individuos, se conoció que al desarrollo económico y jurídico debía acompañar otro análogo en los órdenes científico, moral y religioso; por consiguiente, que este *problema*, que esta gran crisis producida por el advenimiento del cuarto estado á la vida social en todas sus manifestaciones, es compleja y tiene varios aspectos; y que no basta,

(1) "El fin supremo de la libertad es la virtud y no la riqueza. Cada día estoy más convencido de que la inteligencia de esta verdad contiene en germen toda la ciencia social.," LE PLAY.—*Reforma social*, tomo II, pág. 8, 4.^a edicion.

por tanto, reparar la injusticia y remediar la miseria, sino que es preciso disipar la ignorancia, desarraigar el vicio y matar la impiedad y la superstición. Por esto se proclama por todos la necesidad de difundir la *instrucción*, y por razones puramente históricas según unos, de carácter permanente según otros, va siendo admitida por los más la instrucción primaria obligatoria. Por esto se estima como el medio principal de alcanzar reformas serias y durables el reanimar, con relación á la propiedad, el sentimiento de los *deberes* que todos tienen que cumplir; deberes individuales de moderación y templanza en el uso de los bienes; deberes sociales de beneficencia, de ayuda, de socorro de los ricos para con los pobres; en fin, deberes de probidad, de lealtad y de justicia en todas las asociaciones que tienen por objeto la producción, la adquisición y el cambio de bienes (1); y se exige, como primera condición para la reforma social, la restauración del Décalogo (2) en las conciencias, y en la vida el cumplimiento de los deberes en todos, principalmente en las clases directoras (3). Por esto se re-

(1) AHRENS.—*Filosofía del Derecho*, tomo II, pág. 193.

(2) LE PLAY, en numerosos pasajes de sus obras.

(3) Nuestro ilustre BÄLMES decía ya en su conocida obra sobre *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, tomo III, cap. 67: "Pasaron aquellos tiempos en que las familias opulentas se esmeraban á porfía para fundar algún establecimiento duradero que atestigüase su generosidad y perpetuase la fama de su nombre; los hospitales y demás casas de beneficencia no salen de las arcas de los banqueros, como salían de los antiguos castillos, abadías é iglesias.

conoce por muchos la necesidad de una renovacion *religiosa*: en el sentido del puro catolicismo, segun unos; basada sobre el cristianismo con un carácter ámplio y universal, segun otros; partiendo tan sólo de la revelacion de Dios en la conciencia, segun algunos; de todos modos, procurando á los hombres principios que no estén como postizos en el espíritu, y sí penetrando la inteligencia, avivando el sentimiento y rigiendo la voluntad (1), revelándose, en una palabra, en la vida, pues que sólo entónces la religion podría producir el efecto que hacía decir al ilustre Tocqueville: *Au même temps que la loi permet au peuple américain de tout faire, la religion l'empêche de tout concevoir et lui défend de tout oser* (2); y entónces no habrá motivo para decir que «la cena de los primeros cristianos no es ya desgraciadamente más que una ceremonia litúrgica, un frio símbolo, en lugar de ser una realidad viva» (3). Pero decíamos al comenzar, que esta nueva tendencia tenía por objeto *completar*

Es preciso confesarlo, por más triste que sea: las clases acomodadas de la sociedad actual no cumplen el destino que les corresponde; los pobres deben respetar la propiedad de los ricos; pero los ricos á su vez están obligados á socorrer el infortunio de los pobres; así lo ha establecido Dios.,

(1) *Senza fede in un principio non vi ha carattere, ne associazione, né sanità, né vigoria.*—La Scienza della Storia, por N. Marselli, prefacio, pág. 9.

(2) *La democracia en América*, tomo I, cap. 17.

(3) LAVELEYE.—*De la propiedad y de sus formas primitivas*, página 293.

el sentido que hasta aquí ha venido mostrando la revolución, porque realmente tiene este carácter y no uno puramente *negativo*. Por esto no contradicen estas nuevas exigencias la importancia que ántes se dió á los aspectos jurídico y económico del problema, sino que se limitan á levantar al lado de ellos los restantes, sin caer en el error de desconocer la virtualidad del derecho ni la utilidad de la riqueza, y por tanto el valor de las dos ciencias que estudian estos dos importantes asuntos.

II.—*Juicio de la solución dada hasta aquí.*

Conpruébase también dicha tendencia en el modo de estimar el carácter de las soluciones dadas al problema social. Los jurisconsultos, partiendo, de un lado, del estado ante-social, de la «idea del hombre aislado, que en el siglo XVIII se encuentra en todas partes; en la Metafísica, en el hombre-estatua de Condillac; en Moral, en el hombre egoísta de Helvecio; en Política, en el hombre salvaje de J. J. Rousseau» (1), y de un concepto abstracto y negativo del derecho; y, de otro, inspirándose en el espíritu unitario y de igualdad social del derecho de la Roma imperial, en odio al espíritu del feudalismo, destruyeron, con el apoyo eficaz de los economistas, aquella organización social, dejando sólo en pie, como ha dicho Mr. Renan,

(1) BAUDRILLART.—*Manual de Economía*, pág. 16.

un gigante, el Estado, y millares de enanos. Ahora bien; enfrente de este sentido vienen á colocarse á la vez conservadores y reformistas, partiendo de distintos puntos de vista y aspirando á fines á veces opuestos, pero conformes todos en afirmar que hemos llegado al *summum* del individualismo, y en reconocer la necesidad de organizar segun un ideal, histórico segun unos, racional segun otros, la sociedad, para que sea un cuerpo vivo y orgánico, y no una suma de átomos. Es excusado hacer notar esta tendencia en la escuela conservadora, puesto que desde el comienzo de la revolucion protestó constantemente contra la obra de ésta. Pero sí importa recordar aquí las aspiraciones de escritores completamente identificados con la civilizacion moderna. No es sólo Mr. Le Play, católico, conservador é individualista, el que en sus numerosas obras sobre la *reforma social* hace cargos á la revolucion por el carácter desorganizador de su obra, sino que es Mr. Laveleye el que, sin temor á que le llamen *reaccionario*, como él mismo dice, afirma «que la Revolucion francesa ha cometido la falta, cada dia más manifiesta, de haber querido fundar la democracia destruyendo las únicas instituciones que podían hacerla viable: la provincia con sus libertades tradicionales, la *Commune* con sus propiedades indivisas, los gremios, que unían por un vínculo fraternal los obreros del mismo oficio; sin que pueda estimarse como sustitucion bastante la creacion de numerosas sociedades, pues algunas de ellas, como las anónimas, por ejemplo, son hoy un medio de asociar capi-

tales, no á los hombres» (1); es Mr. Renan (2) el que dice que el Código civil de la revolucion parece hecho para un ciudadano ideal, *naissant enfant trouvé et mourant celibataire*, que hace imposible toda obra colectiva y perpetua, y que en él las unidades morales, que son las reales y verdaderas, se disuelven cada vez que muere un individuo (3); y es Mr. Lanfrey el que, al ver el estado de la familia, principalmente á consecuencia del sistema de legítimas (4), que casi en todas partes ha venido á sustituir á las antiguas vinculaciones, declara que una fuerte constitucion de la familia es condicion necesaria en una sociedad democrática que aspira á ser libre (5).

Pero aquí tambien debemos recordar la aspiracion á *componer* el sentido nuevo con el antiguo, y no á destruir éste, como lo pretendía el socialismo no há muchos años. Puede decirse que la obra de la revolucion hasta aquí consiste en la exaltacion de la personalidad y en la destruccion del régimen social antiguo, cuya base y fundamento era el Estado. Pues bien; la igualdad de derecho y el reconocimiento de

(1) Obra citada de Baudrillart, pág. 268.

(2) Bien es verdad que este escritor ha ido tan allá á veces al censurar en sus últimas obras á la revolucion, que M. P. Janet ha podido decir, que el autor de la *Vida de Jesus* daba la mano al autor de *El Papa*.

(3) *Cuestiones contemporáneas*, prefacio.

(4) Que ha reducido la familia, como dice con razon Mr. Laveleye, á ser casi solamente una organizacion para la sucesion.

(5) *Historia de Napoleon I*, tomo II, pág. 128.

todos aquellos que garantizan las cualidades y propiedades esenciales de la naturaleza humana, son principios de que seguramente no reniega la época novísima, ni ésta aspira tampoco á restablecer las cosas al ser y estado que ántes tenían, convirtiendo de nuevo al Estado en rector casi exclusivo y universal de la vida; lo que sí desea es que en el seno de la *libertad*, afirmada por la revolucion, rijan é imperen sobre la vida los principios racionales propios de todos los órdenes sociales, como ántes hemos visto, imponiéndose á las conciencias por la fuerza de su verdad y el influjo de la accion social, no por la del Estado; y que éste, á la par que con tanto empeño reconoce todos esos derechos, cuyo fin es la personalidad, cuando se trata de los *individuos*, haga lo propio cuando se trata de las *personas sociales*; y no se atribuya el derecho á intervenir en su régimen interior, como cuando se sustituye al padre en la distribucion de los bienes, ó somete á una reglamentacion absurda al municipio ó la provincia; ni la facultad de dar vida ó muerte á las sociedades particulares por una ley ó decreto, como sucede con el sistema de la autorizacion administrativa; ni el poder de reconocer unos derechos y negar ó mermar otros, como cuando limita el de adquirir de las asociaciones religiosas. Cuando estas garantías existan, será posible que espontánea y naturalmente, y aparte del auxilio que á este fin pueda prestar el Estado con carácter temporal é histórico, se produzca un movimiento de organizacion, que sin volver á los antiguos tiempos y sin

abandonar el principio de libertad (1), afirmado hasta el presente por la revolucion, dé á la sociedad actual una constitucion que responda á la par á estos dos elementos que vienen luchando perpetuamente en la historia: lo individual y lo social, lo independiente y lo uno.

III.—*La historia y el problema social.*

Nótase asimismo la tendencia que vamos examinando en el papel que ahora desempeñan la filosofía y la historia cuando se trata del problema social. Dominados por un espíritu puramente racional é idealista, filósofos, jurisconsultos y economistas, todos estaban conformes en desdeñar la historia y en negar que ni en lo pasado ni en lo actual se encontrará nada bueno y esencial que debiera componerse y armonizarse con lo nuevo que se ideaba. Hoy, por el contrario, no son sólo los conservadores los que hacen valer la tradicion pugnando por traer á la vida el espíritu práctico é histórico, sino que los reformistas, desde los más meticulosos hasta los más atrevidos, acuden á las revelaciones y enseñanzas de la historia para mostrar en los pasados tiempos elementos de vida y organizacion, algunos de los cuales eran considerados como pura creacion de la fantasía de los utopistas.

(1) *Le seul moyen de glorifier la revolution de 1789 et de la terminer.* LE PLAY.—*Reforma social*, tomo I, pág. 58.

Y no es maravilla que hayan cambiado los reformistas de armas y de campo, porque así han podido, sin que se arguyera á sus doctrinas de *irrealizables*, puesto que las muestran *realizadas*, venir á conclusiones análogas á las ántes rechazadas por utópicas. De esta suerte Mr. Le Play, huyendo con exagerado empeño de todo procedimiento especulativo, ateniéndose al de observacion, único que él admite, y estudiando la organizacion social de casi todos los pueblos de Europa y América por sí mismo, y no encerrándose en su gabinete, puede defender en nombre de la tradicion la propiedad de la familia y del municipio, formas importantes de la propiedad colectiva, y la necesidad de *acheminer* al obrero á que sea dueño de su casa y hogar; puede hacer justicia á los dolores de los trabajadores, censurando que se haya sometido á las mismas reglas la regulacion del trabajo y del salario que el cambio de mercancías, y no ocultando la responsabilidad que cabe en los conflictos producidos por el antagonismo social en los tiempos presentes á las clases *directoras*, como él las llama, al olvidar sus deberes morales y al intentar imponer al error el silencio, en vez de mostrarle la verdad; y puede, por último, pedir templanza al obrero, pero al mismo tiempo abnegacion al patrono, sentimiento de union y de solidaridad á ambos, y *neutralidad* á los gobernantes (1).

(6) *Organizacion del trabajo*, págs. 165, 185, 193, 490; *La Reforma Social*, tomo I, págs. 150, 219; tomo II, págs. 8, 11, 238,

De esta suerte, Mr. Laveleye, al estudiar las formas primitivas de la propiedad, para llegar á conclusiones bien opuestas á las de Mr. Le Play, ha podido utilizar, para el logro de su propósito, el predominio en la historia de la propiedad colectiva sobre la individual, la relacion estrecha en que se presentan en la misma la condicion de las personas y la de la tierra, y llegar así, partiendo de los hechos, á la misma conclusion que ántes llegara Mr. Vacherot, partiendo de los principios (1); y decir que «los juristas y los economistas son los que, al destruir el derecho colectivo que existía, han arrojado en el suelo conmovido de nuestra sociedad las semillas del socialismo revolucionario y violento;» ha podido, por último, hacer notar que si el *quod ab omnibus, quod ubique, quod semper*, es una razon, estaría de parte de la propiedad

464; tomo III, págs. 426, 537, 539, 549, 560, y en otros muchos pasajes de ambas obras.

(1) Esto es, que siendo la propiedad condicion para la libertad, todos han de ser propietarios de la tierra. Pero ambos escritores olvidan, como hacen otros con frecuencia, que «la posesion de la tierra no es más que uno de los medios de conservar la vida, y por lo tanto, el que no pueda adquirirla no queda privado por eso de los necesarios para cumplir su fin en el mundo.» *Ensayo sobre la historia de la propiedad territorial en España*, por D. Francisco de Cárdenas; obra que cita el mismo Mr. Laveleye en el prólogo de la suya, calificándola con justicia de excelente, pues para honra de nuestra patria bien puede ponerse al lado de las mejores que sobre este asunto se han publicado en los tiempos modernos, y tanto más estimable cuanto que puede decirse que el Sr. Cárdenas es el primer historiador de la propiedad de España.

colectiva (1); en todo caso, que evidentemente, léjos de ser la propiedad una cosa fija, ha cambiado adoptando las formas más diversas; y finalmente, que el socialismo es una cosa antigua y producto de la historia (2), y no nuevo ni efecto de las predicaciones de los utopistas (3).

Y no deben extrañarnos estas enseñanzas y deducciones que los reformistas sacan de la historia, pues los conservadores, al estudiarla, formulan juicios y sientan por consiguiente principios que pasan sin ser notados, siendo así que causarían sorpresa, y en ocasiones escándalo, si fuera un filósofo teórico ó utopista quien los consignara. Así, sólo el hablar de *reforma de la propiedad* asusta á todos aquellos que, no contentos con atribuir á este derecho el respeto á todos debido, lo declaran *sagrado* (4) y superior

(1) Dice Mr. Campbell, citado por Mr. Laveleye, pág. 350: "es preciso no olvidar que la propiedad territorial, transferible á voluntad y pasando de mano en mano como una mercancía, *no es una institucion antigua, y sí una novedad que no existe aún en algunos países.*"

(2) A este propósito, Mr. Laveleye copia un párrafo de un discurso pronunciado por D. Manuel Silvela en las Cortes, citado también por Mr. Cherbulier en la *Revista de dos mundos* (15 de Noviembre de 1873), en el que se dice que la idea socialista la hemos heredado del antiguo régimen, y no es debida en modo alguno á las predicaciones modernas ni á las promesas de los demagogos. El discurso leído por el Sr. Moret y Prendergast al recibir la investidura de doctor desarrollaba este mismo tema.

(3) Obra citada, págs. 324, 338, 350, 379 y 381.

(4) *Sacratísimo* le llama el Sr. Alonso Martinez en uno de los

hasta á aquellos que tienen por objeto garantir condiciones y propiedades tan esenciales é íntimas como la vida, el honor, la libertad, la personalidad, y elevan sobre él una como á manera de religion, convirtiendo su forma histórica presente en una especie de dogma inmóvil é inmutable. Pero si un historiador estudia las transformaciones de la propiedad, la cual, como ha dicho Lerminier, no es una entidad metafísica que no muda ni cambia, necesariamente ha de juzgar, lo mismo las formas inspiradas en un principio individualista que las que son aplicacion del opuesto ó combinacion de ambos y de estos juicios ha de resultar un criterio, segun el cual se ha de reformar lo que con él no esté de acuerdo; y áun puede suceder, por ejemplo, que estimando base fundamental de la sociedad la desigualdad de fortuna, crea que, debiendo el legislador «dictar sus mandatos de acuerdo con aquel hecho necesario y primitivo, en vez de procurar la ni-

artículos que sobre esta materia ha publicado en la *Revista de España*. Cuando uno ve esta y otras exageraciones de parte de los que llevan la voz en nombre de las clases conservadoras, ó de las clases ricas, que no es lo mismo, viene á la memoria la duda que asaltaba al espíritu de Mr. Le Play, de este escritor cuyos principios fundamentales proponía el conde de Montalembert como programa á sus correligionarios, y de quien decía Mr. Saint-Beuve que era un *Bonald rajeuni, progresif et scientifique*, cuando escribía: “al estudiar los diversos elementos de la organizacion social, me he preguntado con frecuencia, sin resolver la cuestion, si las crisis periódicas que arruinan nuestro país *deben ser atribuidas á los conservadores obstinados que no ven el mal ó á los innovadores imprudentes que reclaman remedios peligrosos.*” *La Reforma social*, tomo II, pág. 219.

velacion de fortunas, como ideal de su obra, ha de respetar su desigualdad ó *tender cuando más y siempre por medios indirectos, si es posible, á que desaparezcan con el tiempo las grandes desigualdades, que por su enormidad puedan ser peligrosas*» (1); donde, si bien con mucho miramiento y numerosas atenuaciones condicionales, se admite la posibilidad, justicia y conveniencia de reformar en ciertos casos la propiedad (2). De igual modo, siempre que los socialistas, sacando las consecuencias lógicas del principio sentado por Adam Smith y otros economistas, han hablado de los derechos que el trabajo confería sobre la tierra, causó escándalo semejante doctrina; y sin embargo, un distinguido escritor español, que no es seguramente utopista ni soñador, ha escrito, hablando de los labradores vascongados, que «el aldeano, léjos de apesarse de que sus mayores beneficiasen la casería y heredad ajena, ve en estas mejoras la prenda de su seguridad, el *lazo indisoluble* que le une al terreno, el *derecho*, en fin, *que le constituye en dueño de la finca*, haciendo imposible el desahucio para él y para sus hijos; imposible, pues si un dueño avariento y cruel lo

(1) Obra citada del Sr. Cárdenas, pág. 126.

(2) Ya no parecerá tan extraño, por ejemplo, que Mr. J. Bright llamara la atención de sus oyentes, en un discurso pronunciado en Birmingham el 27 de Agosto de 1866, sobre el hecho de estar la mitad del suelo de Inglaterra en manos de ciento cincuenta individuos, y la mitad del de Escocia en poder de diez ó doce personas. (Los datos estadísticos reunidos posteriormente demuestra que hubo inexactitud y exageracion en la afirmacion de Mr. Bright.)

pretendiera, aparte de las reclamaciones pecuniarias, se vería condenado por la opinion del país y abrumado bajo el peso de la pública execración» (1). Hé aquí una doctrina, que no aceptarán seguramente ningun economista, ni ningun legista de los partidarios del *jus utendi et abutendi* (2). Y otro escritor, tambien español, no ménos distinguido que el anterior y más conservador que él, dice: «pero como el trabajo constituye sobre la materia *una especie de derecho, que es título moral de dominio*, y la agricultura no prospera sin la seguridad y estabilidad del cultivador en la posesion de sus tierras, los beneficiados tendían constantemente á ampliar y asegurar sus precarios derechos» (3). Ni ¿cómo este mismo ilustre juriconsulto ha de juzgar de igual modo las aspiraciones del proletariado de hoy, por irracionales que puedan ser, y lo son con frecuencia, que aquellos escritores consagrados á excitar en las clases conservadoras los instintos egoistas, como los demagogos excitan en las masas otras malas pasiones, si él ha encontrado que el «lento progreso del derecho y de la autoridad del colono, á costa de la autoridad y del derecho del se-

(1) *Fomento de la poblacion rural*, por D. Fermin Caballero, página 31.

(2) Segun suele entenderse, y no como lo entendieron quizás los redactores de las *Siete Partidas*, que con profundo sentido dijeron: «Señorío es poder que ome há en su cosa de facer della, é en ella lo que quisiere, *segun Dios, é segund fuero.*»

(3) Obra citada del Sr. Cárdenas, pág. 62.

ñor, es lo que constituye á la vez la historia de la propiedad y de las clases sociales durante la Edad Média? » (1).

¿Sabrá tambien en este punto la época actual armonizar el sentido histórico y práctico con el teórico y especulativo? La verdad es que así como se nota la tendencia á prescindir de las utopias (2), no há mucho tiempo tan numerosas, apénas hay escritor, cualesquiera que sean sus propósitos y aspiraciones, que intente restablecer en fondo y forma las instituciones y sistemas de organizacion de los tiempos pasados. Lo que se desea por todos los que buscan enseñanza en el pasado con uno ú otro intento, es hacer ver cómo en la historia se encuentra constantemente ese elemento comun y social, que nunca aparece tan subordinado como en los tiempos presentes al elemento particular é individual, y por tanto la necesidad de componer y armonizar estos dos principios que corresponden á dos cualidades esenciales del hombre, sér á la par social y libre. Si á otra cosa aspiraran los que quieren que la historia contribuya á la solución del problema social; si este regreso á la

(1) Obra citada del Sr. Cárdenas, pág. 315.

(2) En uno de los Congresos celebrados por la *Internacional* apreciaron los obreros divididos en dos grupos. Uno, el de los municipalistas ó *communistes*, representado por Mr. César Paepe, pretendía hacer arrancar las reformas partiendo de lo *existente*; el otro, el de los anarquistas, representado por Mr. Schevitzguebel, proponía no dejar piedra sobre piedra de lo actual.

consideracion del camino recorrido por la humanidad envolviera el abandono de los principios y la negacion del ideal, la sociedad entraría por una senda no ménos peligrosa que la ántes seguida á impulsos de las teorías abstractas y utópicas. No basta la constante reproduccion de un hecho para erigirlo sin más en ley de la vida: siempre queda por distinguir el fondo y la forma, lo que tiene de esencial y permanente de lo que es efecto de las circunstancias en que se produce y manifestacion del espíritu y de la índole de la época en que se verifica. De otro modo vendríamos á parar, por ejemplo, en que si las cuestiones entre ricos y pobres se resolvieron á sangre y fuego en Grecia y Roma, de igual forma han de resolverse en los tiempos presentes; de que si la historia nos muestra unas clases supeditadas á otras clases, habrá de reproducirse hoy lo mismo, sin más que cambiar de papeles dominadores y dominados.

IV.—*Resúmen.*

Resumiendo lo expuesto sobre esta tendencia general á corregir y completar el sentido con que ántes se estimara la extension y carácter del problema social, podemos decir que, en suma, es el punto de vista desde el cual se estudia hoy esta cuestion, más amplio y comprensivo que aquel desde el cual ántes se considerara. No se desconoce la parte importante

que toca en la solución al Derecho y á la Economía política (1), sino que se afirma que al lado de ellas, y aún sobre ellas, la Ciencia, la Moral y la Religión tienen que contribuir al mismo fin; no se desconoce el valor y trascendencia de la obra llevada á cabo por jurisconsultos y economistas, exaltando la personalidad individual y destruyendo la organización social que descansaba en el Estado, absoluto regulador de la vida toda, sino que se afirma que la constitución atomística, que se ha originado naturalmente de la demolición de la antigua, ha de ser sustituida por otra, pero producida á impulsos del movimiento libre de la sociedad, protegido y amparado tan sólo por el Estado. No se desconoce, por último, la eficacia de los principios, ni tampoco que el ideal de la humanidad está en el porvenir y no en el pasado, sino que se afirman aquellas leyes eternas de la historia segun las cuales lo que se produce en la vida tiene algo de esencial y no es un puro accidente sin valor, habiendo de servir, por tanto, lo pasado de enseñanza y lo existente de punto de partida para emprender por nuevos caminos, siendo el cuerpo en que han de encarnar las nuevas ideas el legado que la época anterior deja á la siguiente, la cual no tiene derecho á

(1) En la sesión celebrada en Glasgow por la Sociedad de Ciencias sociales, lord Rosseberry, sir George Campbell y el doctor Playfair reconocieron que la pura Economía política no puede por sí resolver las dificultades ó problemas políticos y sociales.

destruirlo, aunque sí el de *modificar su forma y alterar su fondo* (1).

(1) "La generacion madura traspasa á la j6ven generacion este cúmulo de entidades, con la forma que en el curso de su vida al manejarlas les ha impreso, y con la huella de esta forma, que ha penetrado hasta el fondo. Pero la generacion j6ven, que si está dotada de receptividad y docilidad, está dotada tambien de espontaneidad y originalidad, al recibir este caudal, *modifica á su vez la forma y altera á su vez el fondo*. El acto de la generacion que se va es lo que más usualmente llamamos *tradicion*; el acto de la generacion que se queda es lo que llamamos *progreso*."—(Discurso leído en la Academia de Jurisprudencia y Legislacion el día 2 de Enero de 1869 por D. Antonio de los Rios y Rosas.)

(1) La agricultura en España, desde la época de la conquista hasta la actualidad, ha experimentado grandes cambios. En el primer período, la agricultura se basaba en el cultivo de cereales y ganadería extensiva. Posteriormente, se introdujeron cultivos de regadío y se desarrolló la agricultura comercial. En el presente, la agricultura española se caracteriza por su diversidad y su importancia económica.

El cultivo de cereales sigue siendo uno de los principales sectores de la agricultura española. Sin embargo, en los últimos años se ha observado un aumento en el cultivo de frutas y hortalizas. Esto se debe a la creciente demanda de productos frescos y de alta calidad. Además, la agricultura de regadío ha experimentado un desarrollo significativo, lo que ha permitido aumentar la productividad y diversificar los cultivos.

En conclusión, la agricultura española ha experimentado una evolución constante a lo largo de la historia. Actualmente, se enfrenta a nuevos desafíos, como el cambio climático y la necesidad de modernizar los métodos de producción. Sin embargo, con el apoyo de las autoridades y la inversión en tecnología, se espera que la agricultura española siga siendo un pilar fundamental de la economía del país.

APÉNDICE CUARTO.

Las jerarquías y la democracia.

No faltará quien considere estos dos términos antitéticos, suponiendo que precisamente la obra de la democracia consiste en concluir con las jerarquías. ¿No aspiramos á borrar los vestigios que aún quedan de las diferencias entre las clases altas y el estado llano, y no nos preparamos á nivelarlas á todas, confundiendo en aquéllas al cuarto estado? A esta pregunta suele darse por muchos una respuesta afirmativa y absoluta, como si no fuese posible dudar, ni necesario distinguir; de donde se originan algunas ilusiones y no escasas desconfianzas que conviene procurar desvanecer.

La progresiva realización de la igualdad es un hecho manifiesto de la historia. La esclavitud, las castas todas, así las que habían encarnado en la religión misma como las que tenían un origen puramente humano; las clases sociales, cada cual con una distinta capacidad jurídica; las distinciones de ciudadanos y extranjeros, nobles y plebeyos, ortodoxos y hetero-

doxos, que importaban una desigualdad, no sólo de poder, si que tambien de derecho, todas estas instituciones é injusticias de Oriente, Grecia, Roma, la Edad Média y la Monarquía, han caído á impulsos de la revolucion, quedando tan sólo de ellas vestigios que pronto desaparecerán de nuestra vista, puesto que están condenados á la vez por la Religion, por la Filosofía, por el Derecho y por la Política.

¿Qué género de igualdad habrá de resultar de tales mejoras y reformas? ¿Será la definitiva, ó un paso tan sólo en el camino que ha de conducirnos á ultteriores progresos? Para contestar á estas preguntas, menester es distinguir lo primero de todo la igualdad de naturaleza ó esencial, la social, la jurídica y la política.

I.

Por fortuna, ya apénas si es necesario tomarse el trabajo de fundar la primera: todos los hombres son esencialmente iguales por la sencilla razon de que tienen la misma naturaleza, la naturaleza humana; si no la tuvieran, serían séres distintos, no serían hombres unos y otros. Por esto, todos son personas, no cosas; todos tienen sentimiento, inteligencia, y voluntad; todos son activos, libres, etc. Pero al propio tiempo, como cada uno expresa de una manera propia y peculiar esa naturaleza y esencia comun, mediante una particular combinacion de los elementos de la misma, lo cual constituye su individualidad, resulta que ori-

ginariamente tiene cada cual algo diferente que, léjos de negar lo que es igual y lo mismo, se asienta sobre ello y por tanto lo afirma. Y así, al modo que todos tenemos las mismas facciones, y, sin embargo, una fisonomía propia, no hay quien no se distinga por su temperamento, su carácter, su modo de ser, y de aquí las series intermedias que se dan en este concepto entre la humanidad y el individuo, esto es, las razas, las sub-razas, las variedades, etc., puesto que lo particular decrece y lo comun aumenta segun que ascendemos del individuo á la familia, al pueblo, á la provincia, á la nacion, á la raza, á la humanidad; así, por ejemplo, Fulano de Tal, el miembro de su familia, el ovetense, el asturiano, el español, el neo-latino, el indo-europeo, todos y cada uno tienen algo propio y distinto, sin lo cual no formaríamos esos *tipos*, que no son ciertamente creacion nuestra, sino que los hallamos en la realidad, pero todos tienen de comun la naturaleza humana, el ser hombres (1). Ahora bien; como la vida no es otra cosa que el desenvolvimiento de esta esencia, el desarrollo de nuestras energías y facultades, ni puede dejar de manifestarse en aquélla

(1) Cuando el conde de Maistre decía, al ocuparse de la célebre *Declaracion de los derechos del hombre*, que no había encontrado éste en ninguna parte, pues nunca había visto más que franceses, italianos, españoles, etc., olvidaba que, si tal razonamiento valiera, podría decirsele: no he visto en ninguna parte al español; sólo he encontrado catalanes, castellanos, andaluces, etc.; y ni siquiera castellanos, sino tan sólo burgaleses, palentinos, riojanos, etc., y continuar así hasta llegar al individuo.

Lo que se da en el fondo de nuestro sér, ni puede menos de mostrarse en relacion con el modo en que se da ese fondo en cada uno. Por lo primero, no hay quien sea absolutamente extraño á esfera alguna de la actividad. Parece á primera vista que esto no es exacto, pues tan hondo consideramos el abismo que média, por ejemplo, entre el ignorante y el sabio, que suponemos á aquél por completo fuera de la ciencia; y puede estarlo en verdad, pero no fuera del conocimiento, del cual es aquélla tan sólo una parte; y así la diferencia entre uno y otro es de grado y no más; tanto que á nadie es dado fijar, en la serie intermedia que hay entre ellos, dónde comienza la ciencia y acaba la ignorancia, al modo que nadie podría decir, contemplando la distancia que média entre los sencillos dibujos de los tiempos prehistóricos y la cultura griega en este órden, dónde comienza el arte. Por lo segundo se determina lo que llamamos vocacion de los individuos y destinos de los pueblos y de las razas, esto es, la tendencia á desenvolver esa naturaleza comun bajo el predominio de lo que cada cual tiene de propio y peculiar; y así, al modo que, cuando se trata de los primeros, reconocemos la verdad de esta observacion diciendo que *servimos para esto y no para aquello*, basta atender á lo que fueron la Religion en Judea, el Arte y la Filosofia en Grecia, el Derecho en Roma, para reconocerlo tambien respecto de los segundos.

De aquí no resulta una jerarquía en el sentido que puedan darse relaciones de superioridad ó inferior-

riedad entre las distintas profesiones, cosa imposible, puesto que no se dan entre las energías correspondientes de nuestra naturaleza, no obstante lo cual las encontramos admitidas en la historia y hoy todavía hallamos restos de ellas; pero sí resulta una dentro de cada esfera de actividad, en virtud del distinto esfuerzo empleado por cada cual en la por él escogida y de la eficacia del mismo. Pues bien: bajo este punto de vista, hay que afirmar el derecho de todos á elegir libremente la profesion que estime oportuno despues de consultar su propio modo de ser, y declarar que aquéllas son igualmente dignas; pero no pretender el absurdo de que todos los hombres hayan de cultivar los mismos fines y que cada cual los cultive todos y al igual de los demas. A lo que se aspira, y con razon, es á que los elementos rudimentarios de aquella educacion comun y general de que nadie debe estar privado, por lo mismo que ántes de ser científico, artista, agricultor, se es hombre, se extienda más y más, á fin de que la tendencia que le lleva por determinado camino no se convierta de *predominante* en *exclusiva*, con lo cual llegarían á atrofiarse, hasta donde esto es posible, las restantes energías de su naturaleza con daño del mismo fin particular que persigue, que se vería estorbado, y no servido, por ellas.

II.

La igualdad *social* está íntimamente relacionada

con la esencial que acabamos de examinar. En virtud de la comun naturaleza que se da en todos los hombres, tienen éstos un mismo destino, el cual no es otro que desenvolver aquélla en todos sentidos y direcciones, y por esto la actividad, el trabajo, la libertad, etc., son leyes á que no se sustrae ninguno, y el conocimiento de la verdad, el sentimiento de la belleza, la práctica de la virtud, de la justicia, de la piedad, la adquisicion de la riqueza, cosas á cuya realizacion todos deben aspirar. Pero en virtud de lo propio é individual que en cada uno se da, no sólo se verifica esa grande division del trabajo, que origina el que sean unos científicos, otros artistas, éstos agricultores, aquéllos industriales, sino que dentro de cada órden se determinan distintos grados de desarrollo y por lo mismo una jerarquía, que comprende, en el de la ciencia, desde el más ignorante hasta el más sabio; en el del arte, desde el más torpe hasta el más inspirado; en el de la riqueza, desde el más pobre hasta el más rico, etc. Ahora bien; en este respecto la igualdad consiste en que estén á todos abiertos esos distintos caminos, á fin de que cada cual pueda escoger el que cuadre mejor á su vocacion; en que sea lícito á todos marchar por el que elijan, sin otras trabas ni obstáculos que los que nacen de lo limitado de nuestra naturaleza; y en que sean posibles la educacion comun y la cultura general que son precisas para el cumplimiento del destino particular de cada uno. La desigualdad consiste en que, despues de dadas estas condiciones, la obra de la vida depende de la actividad, de la

energía y de la eficacia de nuestros esfuerzos, y según es aquélla, así nos creamos una distinta posición social, la cual es tan diversa para cada individuo, que no hay dos que sean completamente iguales en este respecto. Y nótese que de aquí resultan, no sólo diferencias en cuanto á la *cantidad*, por decirlo así, de lo realizado, sí que también con relación á la *calidad*, y por esto, á la vez que en el primer concepto se determinan las diferencias entre el sabio y el ignorante, el rico y el pobre, etc., en el segundo se producen entre el activo y el perezoso, el débil y el enérgico, el bueno y el malo, el justo y el injusto; pudiendo ser una ú otra de estas cosas cada uno de aquéllos, pues claro es que lo mismo los ricos que los pobres pueden ser buenos ó malos, justos ó injustos. Sin embargo, entre estas categorías hay una distinción esencial que hacer, la cual consiste en que las unas son imborrables mientras que las otras pueden desaparecer; porque al paso que la actividad, la energía, la virtud, etc., son á todos posibles aunque no igualmente fáciles, la ciencia, la riqueza, etc., se encuentran en muy distinto caso, y de aquí nace el distinto valor que alcanzan, y consiguientemente el distinto influjo que ejercen en la sociedad las jerarquías que se forman en cada uno de esos respectos; esto es, de un lado, la aristocracia de los sabios, la de los sacerdotes, la de los ricos; de otro, la aristocracia de la virtud, la del carácter, la del prestigio. No depende de la voluntad del ignorante el igualarse al sabio, ni de la del pobre el ser igual al rico, y ménos de la del

fiel serlo al sacerdote, dado el modo usual de entenderse el sacerdocio; pero el malo sabe bien que puede hacerse bueno; el injusto, justo; el impío, piadoso; el desautorizado, acreditado; el débil, enérgico. Por esto es muy distinto el respeto que inspiran unas y otras aristocracias; pues mientras se debe, en parte unas veces, en todo otras, el pertenecer á las primeras á condiciones naturales y á circunstancias exteriores, se penetra en las segundas por virtud de méritos propios; y así no es maravilla que alcancen muy otro prestigio la aristocracia de la virtud y la del carácter que la del talento ó la de la riqueza, y ninguno ya hoy la de la sangre; y que al paso que aquéllas subsisten y valen por sí, éstas no cabe estimarlas sino cuando rennen á las condiciones propias las de las otras (1).

III.

La igualdad *jurídica* está en muy distinto caso, y esto por la naturaleza misma del Derecho. Cada hombre es libre de escoger la esfera en que ha de desenvolverse su actividad, y según ésta sea y según sean su energía, sus medios, las circunstancias exte-

(1) "Lo que eleva á un país, dice un escritor inglés, lo que le dignifica, lo que desenvuelve su poder, crea su influencia moral y lo hace respetable, no es la aristocracia de la sangre, ni la aristocracia del talento: todo eso sólo puede hacerlo la aristocracia del carácter."

riores, etc., así será la obra que produzca. Pero para ello há menester de ciertas condiciones, que son inexcusables si ha de poder cumplir su destino, como que, á faltarle, éste se hace imposible; y que no recaen directamente sobre el fin particular que él persigue, sino que son un supuesto comun y á todos absolutamente preciso. Así, por ejemplo, el científico y el artista, el sacerdote y el industrial, necesitan de igual modo que se respete su vida, su dignidad y su honor, que se ampare su propiedad, se garanticen los contratos que celebre, etc., etc. Mas luégo, dentro de estas condiciones que el Derecho hace efectivas, cada uno determina las que son propias y peculiares de su fin, el cual se ha de cumplir *libremente*, mientras que aquéllas se prestan *necesariamente*. Por esto la igualdad *jurídica* no implica la igualdad *social*; pues de que se garantice á todos, por ejemplo, la libre actividad, no se sigue que se haya de determinar para todos una misma posicion en el mundo; ésta será fruto del ejercicio de aquélla, del cual es el Derecho *condicion*, no *causa*. Precisamente las injusticias históricas en este punto, desde la que llevaba á los indos á negar á ciertas castas la participacion en el culto religioso, hasta los títulos profesionales de nuestros días, proceden de que el Estado, desnaturalizando el carácter propio del Derecho, designaba más ó ménos la esfera de accion de cada cual, señalando á éstos una profesion, prohibiendo otra á aquéllos, y además pretendiendo seguir y determinar la vida en todas ellas, en lugar de limitarse á condicionarla, lo cual ha con-

ducido á la Religion impuesta, á la ciencia oficial, á la industria reglamentada, etc. Pues bien; preguntar si debe reconocerse y consagrarse la igualdad *jurídica*, equivale á decir: ¿debe haber un Código civil para todos los miembros de un Estado, ó uno para cada clase? La contestacion no es dudosa, pues no hay quien pretenda que se rijan por unas leyes los nobles y por otra los plebeyos, por unas los ciudadanos y por otras los campesinos, aunque de una y otra cosa quedan aún no pocos vestigios en Europa. En una palabra, la *capacidad jurídica* corresponde por igual á todos, la tiene el hombre por serlo; y por eso van desapareciendo las diferencias ántes consagradas en este punto, y segun las cuales era y es aún distinta aquélla segun que se trata de libres ó esclavos, ciudadanos ó extranjeros, varones ó hembras, ortodoxos ó heterodoxos, nobles ó plebeyos, miéntras subsisten y subsistirán perpetuamente las referentes al *ejercicio* de esa capacidad (*facultas agendi*) que da lugar á las reconocidas entre mayores y menores de edad, cuerdos y locos, presentes y ausentes, etc.

IV.

La igualdad *política* puede ser considerada bajo tres distintos aspectos, segun que se refiera al ejercicio de derechos, al cumplimiento de deberes ó á la participacion en el poder. Por lo que hace al primero, la igualdad consiste en que todos los ciudadanos, sólo por serlo, son miembros del Estado, y por tanto,

pueden y deben contribuir á determinar el régimen de su vida (1); respecto del segundo, en que las cargas que el mantenimiento de aquél lleva consigo, sean soportadas por todos en proporcion de las fuerzas y recursos de cada uno; y en cuanto al tercero, en que á todos sea igualmente posible el ejercicio del poder, esto es, que se exijan condiciones de aptitud que cada cual pueda adquirir por su propio esfuerzo.

Por esto han desaparecido en gran parte las divisiones en *órdenes*, *estados* ó *brazos*, que implicaban una distinta dignidad, y, en tanto, distintos derechos políticos; por esto se ha consagrado la obligacion en todos de levantar las cargas del Estado, á diferencia de aquellos tiempos en que, como ha dicho un escritor, unos pagaban y trabajaban y otros gozaban; por esto, en fin, se ha reconocido en todos el derecho á aspirar al desempeño de los cargos públicos.

Pero importa no confundir el alcance que tiene la igualdad en cada uno de estos respectos, puesto que en los dos primeros es, por decirlo así, real, y en el tercero, sólo posible. Para determinar la marcha política de un Estado, como ella ha de ser productó del pensamiento comun y de la voluntad general en cuanto debe estar aquél organizado sobre la base del *self-government*, es claro que no hay individuo á quien no asista el derecho de influir en la opinion pública, á fin de que ésta señale este ó aquel derrotero,

(1) *Omnes aliquam partem habeant in principatu*, dice Santo Tomás.

y de aquí que racionalmente no pueden exigirse determinados requisitos de capacidad para el ejercicio de los derechos de expresion del pensamiento, de reunion y asociacion y de peticion. Y de igual modo, claro es que no caben distinciones ni diferencias en cuanto á sobrellevar las cargas del Estado, pues la diversidad de pareceres, respecto de este punto, recae sobre las condiciones que deben reunir los impuestos para que respondan realmente al principio de igualdad proporcional por todos admitido. Pero lo contrario sucede respecto del poder, pues salta á la vista que el ejercicio del mismo pide condiciones de aptitud, en cuanto se trata del desempeño de una funcion y no del ejercicio de un derecho. Así, al paso que el de propiedad es lo mismo para todos sin distincion de edad, sexo ni capacidad, para votar en los comicios se exige, por lo ménos, cierto número de años; y para desempeñar un cargo administrativo ó judicial, conocer la legislacion administrativa o la civil y criminal. Pero estas condiciones todos pueden alcanzarlas, á diferencia, por ejemplo, de la antigua *limpieza de sangre*, que en pasados tiempos se requería para poder ocupar determinados puestos, los cuales eran por ello inasequibles en absoluto para muchos. Puede decirse que el poder *indirecto* se ejerce igualmente por todos, en cuanto no hay nadie á quien no sea lícito influir en la opinion pública y mediante ella en la vida y régimen del Estado; pero el poder *oficial y directo*, el correspondiente á las funciones que desempeñan el elector, el jurado, el dipu-

tado, los empleados todos, se ejerce por los que tienen la aptitud que respectivamente es necesaria para el caso.

V.

No negarémos que hay quien entiende la igualdad de un modo distinto de aquel en que la hemos explicado en estas brevísimas indicaciones. La *esencial* ó metafísica la desnaturalizan ciertos sistemas filosóficos que, al desconocer el fundamento permanente de la individualidad, concluyen por atribuir las desigualdades que de ella se derivan á las condiciones en medio de las que cada uno se desenvuelve, y aspiran por lo mismo á hacer que aquéllas desaparezcan mediante la modificación de éstas. La *social* la desnaturalizan los que pretenden el imposible de que todos y cada uno obtengan un mismo resultado práctico y efectivo en todas y cada una de las distintas esferas de la actividad. La *jurídica* la desnaturalizan los que quieren que el Estado garantice, no sólo las condiciones que está obligado á hacer exigibles, sino también aquellas que cada cual debe procurarse. Y, por último, no falta quien desconozca la naturaleza propia de la *política*, confundiendo el derecho con la función, la libertad con el poder, y pidiendo en consecuencia para unas esferas la igualdad que sólo es justa y posible en otras.

Pero no es ménos cierto que del lado opuesto, no obstante lo mucho que por la igualdad han hecho el Cristianismo desde hace diez y nueve siglos, la legislación romana hace siete, y la filosofía y el derecho en los últimos cien años, todavía hay en Europa *razas proscritas* y esclavitud en América; todavía la preocupación atribuye distinta dignidad á las diversas profesiones sociales; todavía la nacionalidad, la religion y el sexo entrañan distinta capacidad jurídica; y todavía hay instituciones, como las quintas, é impuestos, como el de consumos, que arguyen una distribución desigual de las cargas del Estado; y trabas y prohibiciones que ponen el poder político, así el directo como el indirecto, en manos de determinadas clases ó partidos y excluyen á los demas del ejercicio del mismo.

Las jerarquías de los tiempos pasados son en verdad incompatibles con el espíritu moderno; pero no lo son las que tienen su fundamento en la misma naturaleza humana. Desaparecerán por completo los antiguos *órdenes*, las antiguas *clases* sociales con sus límites infranqueables y sus privilegios, y las antiguas distinciones de capacidad jurídica; pero, al lado de la igualdad que se deriva de nuestra condición de *hombres*, subsistirá la desigualdad que se deriva de nuestra condición de *individuos*; aquellos organismos sociales, que hoy no tienen ya razón de ser, serán substituidos por otros de carácter permanente, como que tendrán por objeto la realización de los fines particulares de nuestra actividad, la Religion, la Ciencia, etc.;

y las jerarquías fundadas en el azar del nacimiento y en la supuesta diferencia de dignidad entre las profesiones, serán reemplazadas por las jerarquías que determinan en el seno de las sociedades la aptitud, el carácter, la virtud, el prestigio, en suma.



APÉNDICE QUINTO.

Un libro nuevo sobre la cuestion social.

Cuando comenzó á imprimirse éste nuestro, no había visto aún la luz el que nos obliga á añadir un apéndice á los anunciados en el prólogo, y que se titula: *La cuestion social: cartas á un obrero y á un señor*, por Concepcion Arenal. Sabíamos que un hombre desinteresado, propagador de buenas ideas y ejecutor de buenas obras (1), había pedido autorizacion á la conocida escritora para imprimir esas dos series de cartas, la primera de las cuales, la dirigida á un obrero, la habíamos visto cuando se publicaron por primera vez en la *Voz de la Caridad*; pero ignorábamos que tan pronto iban á salir de la prensa los dos volúmenes de que consta la obra. Si lo hubiéramos sospechado, tal vez habríamos caído en la tentacion de esperar para ampliar, corroborar y robustecer lo poco que decimos en el texto, sin más que poner por nota aquí y allá algo de lo mucho bueno, acertado y

(1) D. Tomás Perez Gonzalez.

bello que en ese libro encontramos (1). Pero si esto no ha sido posible, tampoco lo es que nos despedamos del lector sin decirle que aquél ha venido al mundo; porque, sobre convenir siempre ayudar á la propaganda de producciones como ésta, nos ha de sér doblemente grato el hacerlo en esta ocasion por la conformidad que hay entre el sentido general que se muestra en el libro de la Sra. de Arenal y el que inspira nuestro humilde trabajo. Escrita toda la obra, y más singular-

(1) Para que el lector forme aproximado juicio de su gran alcance, insertamos el siguiente resúmen de los asuntos en que se ocupa:

Cartas á un obrero.—La fuerza: enlace entre la cuestion social y la religiosa: la resignacion: la pobreza: la miseria: subsistencias: el pauperismo: el trabajo: el capital: las huelgas: el derecho: el socialismo: la asociacion: el progreso: nivel moral é intelectual del obrero: asociaciones cooperativas: prevision y sacrificio: los impuestos: la Internacional: la igualdad: la justicia: el cuarto estado: las revoluciones: la familia: la propiedad: el comunismo: la autoridad: la patria.

Cartas á un señor.—La verdad: los pobres y los señores: la cuestion religiosa, la moral y la política: deshonestidad: ociosidad: el juego, y especialmente el de la Bolsa y la Loteria: modos de adquirir, de gastar y de divertirse, particularmente en las corridas de toros y en los teatros: la vanidad y el lujo: el arte: deberes domésticos y sociales: lo que se puede y lo que se debe: la libertad y la fraternidad: la enseñanza: la ignorancia: las contribuciones: los gastos públicos: el libre-cambio y el proteccionismo: la herencia: la libertad económica: la fuerza armada,

mente el primer tomo, que comprende las cartas á un obrero, con el criterio de la escuela individualista, pero rectificado y ampliado en la forma que en la última parte del resúmen pedimos; sentida, si cabe expresarse así, al modo socialista por las profundas simpatías que á la autora inspiran los proletarios, y dirigida en primer término á despertar en la conciencia de éstos, y más aún en la de los ricos, energías que están dormidas ó atrofiadas, parécenos que la distinguida escritora no ha de tener inconveniente en aceptar, en su sentido general, la fórmula en que resumimos nuestro punto de vista diciendo: *que, para resolver el problema social, deben inspirarse: el individuo, en la solución cristiana; la sociedad, en la solución socialista; y el Estado, en la solución individualista;* así como por nuestra parte aceptamos casi todo cuando dice en su excelente obra, la cual esperamos con fundado motivo no ha de ser la última que publique sobre estos gravísimos problemas.

Bajo aquellos tres puntos de vista examina la cuestión social, aún cuando no esté la materia dividida en relación con ellos; pero es sin duda el más importante y el de más interés, por lo mismo que es el ménos dilucidado por los escritores, el que se refiere al *deber*, al orden moral; ocupa una buena parte de las *Cartas á un obrero*, y la mayor de las *Cartas á un señor*. La virtualidad de la ley moral, según la cual «cuando el jornalero no halla un especulador que le ocupe, puede y debe hallar un hermano que le consuele y le ampare;» el tributo de simpatía que se

tributa al que, «alejándose de las ganancias fáciles para él, estériles ó perjudiciales para la sociedad, va á buscarlas entre luchas y dificultades sin cuento, y da trabajo al obrero y beneficios á su país;» la salvédad de que el cálculo, bueno como todas las facultades que hemos recibido de Dios, «sólo es malo cuando abusamos de él, convirtiéndole en un instrumento de ruina ajena, atropellando las leyes de equidad, sin otra mira que el provecho propio;» la afirmacion de que la obediencia á la ley del amor es la medida del progreso; y «que miéntras la fraternidad no sea más que una palabra, no se puede llamar un bien á la riqueza;» la esperanza de que se modifique el salario por el sentimiento, declarada sin miedo á que se tome á burla; la energía y elócuencia con que se culpa á los abusos por parte de los propietarios de las maldiciones de que es objeto la propiedad, se distingue la esencia de las instituciones de lo que son por faltas de sus representantes, y se concluye que nada ni nadie podrá hacer que la *propiedad sea honrada* cuando *no es honrado el hombre*; la aseveracion de que sabiendo *cómo* una familia ó un país gasta lo que tiene, es fácil saber *lo que es*, y la de que podría suscribirse á que se distribuyan los bienes *de cualquier modo*, con tal que *se gastaran bien*, lo cual está fuera del alcance de las leyes, dependiendo completamente de las costumbres; la exigencia, en fin, de que el interes se subordine á la justicia, porque aquél es bueno como subordinado, pero malo como jefe: hé aquí, entre tantas otras, algunas de las doctrinas que hallamos en

las *Cartas á un obrero* (1). En cuanto á las dirigidas á *un señor*, renunciamos á hacer citas, porque, no sólo las diez (2) consagradas á la moral son un testimonio que las hacen innecesarias, sino que todo el tomo en realidad de verdad no es otra cosa que un desenvolvimiento de los *deberes positivos* de los ricos; y no hay que maravillarse de esta insistencia, pues la autora piensa, y piensa, á nuestro entender, con razon que «sin moralidad, benevolencia y abnegacion son insolubles todos los problemas sociales;» que «sin una reaccion moral fuerte, muy fuerte, continuáremos como esos dolientes á quienes se hacen operaciones dolorosas, para extirpar *síntomas* de una enfermedad que se reproduce bajo el bisturí ó la cuchilla, porque está en toda la sustancia» (3).

Muchas y buenas cosas se dicen en este libro en la esfera puramente económica y en la jurídica; pero su mérito principal consiste, á nuestro juicio, en mostrar todas las consecuencias que puede producir el ejercicio de nuestra libertad y de nuestros derechos, segun que sea bueno ó malo, debido ó indebido, torpe ó discreto, y segun que al obrar nos inspiremos en un interes egoista, ciego y estrecho, ó en los mandatos de la conciencia y de la razon. Y lo estimamos como lo más valioso, de un lado, porque en la esfera

(1) Véanse las págs. 77, 89, 107, 119, 128, 202, 225, 324, 385, 408, 411, 428, 413, 435, 443.

(2) De la 4.^a á la 13, ambas inclusive.

(3) Tomo I, pág. 107, y tomo II, pág. 59.

de las ideas, los científicos lo desatienden frecuentemente; los individualistas, llevados de un falso concepto de la libertad y de su eficacia; los socialistas, llevados de su desconfianza respecto de todo resorte que no sea el del Estado; y de otro, porque en la esfera de los hechos se muestran atrofiadas ó pervertidas esas energías que con tanto empeño trata de despertar la distinguida escritora.

¿Qué dirán las gentes, los obreros y los señores, de este libro? Si no leen más que uno de los dos volúmenes, es de temer que, según cual él sea, y también según que el lector sea pobre ó rico, pongan á la autora, como es costumbre, la etiqueta de individualista ó de socialista. El que leyere ambos, si lo hace con ánimo sereno é imparcial, reconocerá que es la obra de un espíritu independiente que *piensa alto, siente hondo y trabaja recio*.



INDICE.

Interes del tema y parte que contiene.....	7
--	---

PARTE PRIMERA.

CUESTIONES QUE ENTRAÑA EL PROBLEMA SOCIAL.

I.....—Carácter general del problema social: su origen: analogía y diferencia entre las manifestaciones del mismo en la historia: caracteres especiales que reviste en la actualidad.....	9
II.....—Concepto de la propiedad y del derecho de propiedad.	18
III.....—La propiedad es un medio necesario de vida para toda persona individual ó social.—Personas sociales necesarias; géneros de propiedad que tienen. La exclusion comienza con la familia y el individuo.—Personas sociales libres; su patrimonio.—Personas sociales económicas y no económicas.—Propiedad comun y exclusiva.....	22
IV.....—Concepto del cambio.— <i>Ley de la oferta y del pedido</i> ; observaciones sobre la certidumbre y justicia de esta ley.—Argumentos contra la <i>concurrencia</i> ...	29
V.....—Capital y trabajo.—Capacidad productiva del capital.—Clasificación de las relaciones entre capitalistas y obreros.—El <i>salario</i> : argumentos en pro y en contra del mismo.— <i>Participacion en los beneficios</i> ; ventajas de la misma.—La <i>cooperacion</i> ; excelencias de ella.—Resúmen.....	42
VI.....—Propiedad territorial.—Formas de la relacion entre el propietario territorial y el trabajador.— <i>Renta de la tierra</i> ; observaciones sobre su legitimidad;	

	el arrendamiento; sus condiciones varias.—La <i>aparcería</i> ; sus ventajas.—Labriegos propietarios.— <i>Cooperacion</i> .—Comparacion entre las tres formas.....	50
VII.....	—Cuestiones que, en resúmen, entraña el problema social.....	62

PARTE SEGUNDA.

MEDIDA EN QUE TOCA LA SOLUCION DEL PROBLEMA SOCIAL
AL INDIVIDUO, Á LA SOCIEDAD Y AL ESTADO.

VIII....	—Distincion entre el individuo, la sociedad y el Estado.....	64
IX.....	—Lo que toca hacer al <i>individuo</i> .—Relaciones entre la moralidad y la vida económica.—Trascendencia de la reforma moral respecto del problema social.....	69
X.....	—Lo que toca hacer á la <i>sociedad</i> .—Extremos que comprende este punto.— <i>Instujo de la sociedad considerada en su totalidad</i> .—Poder sancionador de la opinion pública; fuerza de la costumbre....	76
XI.....	—Las <i>clases sociales</i> ; relaciones entre ellas; su accion respecto del problema social.....	80
XII....	—Los <i>organismos sociales</i> ; cómo pueden y deben contribuir á la solucion del problema social en el órden religioso, en el moral, en el científico y en el artístico.....	89
XIII..	—Consideracion especial de lo que toca hacer á la sociedad en el <i>órden económico</i> .—Deberes generales de aquélla.—Las huelgas.—El movimiento cooperativo.—Cajas de ahorro.—Sociedades de seguros.—Sociedades anónimas.—Resúmen de lo que toca hacer á la sociedad.....	89
XIV..	—Lo que toca hacer al <i>Estado</i> .—Concepto de éste y del derecho.—Puntos de vista que hay que considerar.— <i>Reformas en el derecho</i> .—Derecho de la personalidad (personalidad; actividad; libertad; igualdad).....	99
XV. ...	—Derecho de la propiedad.—Carácter general de las reformas en este órden; el arrendamiento; el censo; la hipoteca.....	109
XVI. ..	—Derecho de familia.—Derecho de sucesiones; sucesion testamentaria; sucesion intestada.—Derecho de obligaciones; libertad de contratacion.....	116

XVII. .—Derecho penal; estafas y otros engaños; vagancia; establecimientos penitenciarios.—Derecho político; el censo; el sufragio universal y el partido obrero.....	123
XVIII.— <i>Reformas en el régimen económico del Estado.</i> —Clases de bienes; desamortización; la propiedad comunal de los pueblos; sistema de impuestos; impuesto progresivo.....	129
XIX.. — <i>La tutela del Estado;</i> fundamento de ésta; cómo debe ejercerla respecto del problema social.....	135
XX. ...— <i>Procedimiento;</i> el empirismo conservador y el idealismo revolucionario; la propaganda pacífica y la revolución.....	139

PARTE TERCERA.

CRÍTICA DE LAS ESCUELAS.

XXI. ..—Clasificación de éstas; distinto caso en que están la conservadora y la religiosa, de un lado, y la individualista, la socialista autoritaria y la socialista radical, de otro.....	146
XXII. .—Escuela <i>conservadora;</i> puntos de vista socialista é individualista; contradicción de este último; las clases conservadoras y las clases ricas.....	148
XXIII. —Escuela <i>religiosa;</i> dos sentidos; opinión de esta escuela sobre la impotencia de las otras para resolver el problema social; aspecto de éste en que toca intervenir á la religión.....	152
XXIV. —Escuela <i>individualista;</i> su punto de vista y sus soluciones; modo de concebir las leyes económicas; optimismo de los individualistas; el <i>laissez faire;</i> armonía de los intereses legítimos; tendencia á rectificar y completar el sentido individualista... ..	159
XXV...—Escuela <i>socialista autoritaria ó gubernamental;</i> diversidad de matices dentro de ella.— <i>Socialismo de la cátedra;</i> su concepto del Estado; su criterio respecto del problema social.....	171
XXVI..—Escuela <i>socialista radical;</i> su punto de vista respecto de la religión y de la política; mutualismo y colectivismo; comunistas y anarquistas; caracteres del socialismo radical; la Asociación internacional de trabajadores.....	180
XXVII.— <i>Conclusion;</i> aspiración á hallar una solución de armonía; enseñanza que de este debate debe sacar la democracia; enseñanza que deben sacar todos... ..	193

APÉNDICE PRIMERO.

ORÍGEN Y CARÁCTER DEL PROBLEMA SOCIAL.

I...—Origen del socialismo en el orden de las ideas.....	201
II..—Origen histórico del socialismo moderno.....	203
III.—Carácter complejo del problema social.....	205
IV.—Soluciones propuestas para el problema social.....	207

APÉNDICE SEGUNDO.

EL PROBLEMA SOCIAL DE AYER Y EL DE HOY.

I...—El problema social y la historia.....	215
II..—El problema social de ayer.....	217
III.—El problema social de hoy.....	220
IV.—Diferencias y consecuencias.....	224

APÉNDICE TERCERO.

OBSERVACIONES SOBRE EL MODO DE CONSIDERAR Y RESOLVER ÚLTIMAMENTE EL PROBLEMA SOCIAL.

I...—En lo relativo á la extension y carácter de dicho problema.....	227
II..—En el juicio de la solucion dada hasta aquí al mismo..	231
III.—En la parte concedida á la historia en su solucion....	235
IV.—Resúmen.....	243

APÉNDICE CUARTO.

LAS JERARQUÍAS Y LA DEMOCRACIA.

I...—Igualdad de naturaleza ó esencial.....	248
II..—Igualdad social.....	251
III.—Igualdad jurídica.....	254
IV.—Igualdad política.....	256
V..—Conclusion.....	259

APÉNDICE QUINTO.

Un libro nuevo sobre el problema social.....	263
--	-----

GRAS Y COMP.^A, EDITORES.

Teoría y práctica de la Educacion y la Enseñanza. Curso completo y enciclopédico de Pedagogía, por D. Pedro de Alcántara García, Profesor de Pedagogía en las Escuelas Normales Centrales de Maestros y Maestras.

- Tomo I. De XXI-232 págs..... pesetas..... 2,50
» II. De 608 págs..... " 5
» III. En publicacion.

Prolegómenos á la Antropología Pedagógica, por D. P. de Alcántara García. Un tomo de 100 páginas, una peseta.

EN PRENSA.

Educacion intuitiva y lecciones de cosas, por D. P. de Alcántara García.

Conferencia sobre el ahorro, por el Profesor F. Laurent. Version castellana, por F. Gillman. Un tomo de 138 páginas, una peseta.

Diálogos sobre el ahorro escolar, por Federico Gillman, segunda edicion. Un folleto de 43 páginas, 50 céntimos de peseta.

GRAS Y COMP.^A, EDITORES.

Estudio histórico de las luchas políticas en la España del siglo XIX, por D. A. Fernandez de los Rios, primer tomo, en 4.º mayor á dos columnas, ilustrado, 409 páginas, 10 pesetas: tomo II en publicacion.

Los pequeños poemas, por D. Ramon de Campoamor, edicion de lujo, completa: un tomo en 8.º mayor de 406 páginas, 6 pesetas.

GOETHE.—Ensayos criticos, por D. Urbano Gonzalez Serrano. Un tomo de 240 páginas, 4 pesetas,

OBRAS DE D. NICOLAS SALMERON Y ALONSO.

EN PRENSA.

Tomo I.—*Discursos parlamentarios.*

EN PREPARACION.

Tomo II.—*Estudios históricos.*

» III.—*Estudios filosóficos.*

» IV.—*Estudios políticos, sociales y religiosos.*

HORTALEZA, 85, BAJO.

8

